This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

189
P778
m

UC-NRLF
$B 299 480

MANUEL POLO Y PEYROLÓN

MANOJICO DE CUENTOS

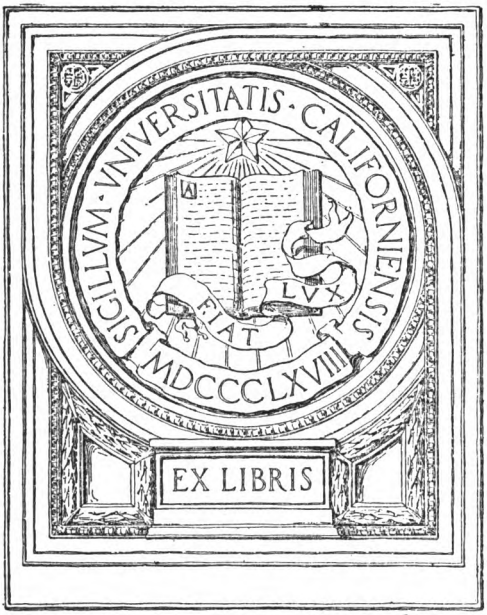
FABULAS, APÓLOGOS

HISTORIETAS, TRADICIONES Y ANÉCDOTAS

VALENCIA
IMPRENTA M. ALUFRE
1895

Digitized by Google

GIFT OF



Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIV. OF CALIFORNIA

MANOJICO DE CUENTOS

FABULAS, APÓLOGOS

HISTORIETAS, TRADICIONES Y ANÉCDOTAS

POR

D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
Lectores delectando, pariterque monendo.

Horat., *Epist. ad Pisones*, vv. 343 et 344.

La voz más armoniosa,
Si fuerza ó gracia á la expresión no añade,
Desluce el verso ociosa;
No asi la que procura,
Cual solicita abeja laboriosa,
Unir la utilidad con la dulzura.

Arte Poética, de Martínez de la Rosa.

VALENCIA
IMPRENTA DE MANUEL ALUFRE
1895

Digitized by Google

UNIV. OF CALIFORNIA

GIFT

Es propiedad del Autor.

PRESERVATION COPY ADDED NAF 6/91

Digitized by Google

AL QUE LEYERE

Que haya una colección ó manojo más de cuentos, verdaderamente no importa al mundo; pero tal vez alguno de esos lectores píos y modestos que desde el rincón de su cristiano hogar cuentan con gusto de los escritores católicos, y con solicitud amorosa leen sus escritos, dispersos aquí y allá por entre las encrucijadas y columnas de las revistas y periódicos, se alegre de que, durante los tristes ocios de penosa convalecencia, se me haya ocurrido colectar hierbas, más ó menos olorosas y flores mas ó menos feas; pero todas del huerto de casa, para reunirlas en este manojico que cariñosamente le ofrezco.

Los gacetilleros que ofician de críticos en las columnas de cualquier periódico, á cambio de los libros que en la redacción se reciben y el director les regala (¡retribución mísera!) para que sin cortarlos los elogien, si el autor es amigo político ó personal, ó para que los trituren, si el autor milita en campo enemigo; lo mismo que esos críticos demoledores que montadas tienen sobre la nariz la Iglesia católica, la moral

452447

Digitized by Google

BIBLIOTECA NACIONAL

cristiana, la tierra leonesa y la Academia Española, tal vez porque ésta les ha cerrado sus puertas, te dirán, lector benévolo, que mi pobre libro adolece de falta de originalidad en el fondo y de brillo en la forma, como que está escrito en castellano neto, tal cual en Aragón se habla, y no lo he vertido del ruso, del alemán ni áun del francés, originalidades en que ellos son maestros; que es anodino, puesto que ni pincha ni corta, ni hiere á nadie; que es soso, porque carece de la sal y sandunga de la picante desvergüenza; que su moral es casera, tan casera que ni tú ni yo hemos admitido aún el distingo archiescolástico entre la vida privada y la vida pública, ni sabíamos que el Autor del Decálogo hubiese promulgado desde el Sinaí una moral para practicarla en paños menores, ó con bata y babuchas, por lo menos, en el retiro del hogar doméstico, y otra moral más alta para uso exclusivo de los afortunados que visten uniforme, frac y corbata blanca; que sus reflexiones son vulgares, las situaciones falsas y mal comprendidas, los juicios inexactos, los hechos inverosímiles, las frases de mal gusto, pobre y monótona la invención, y hasta escandalosas y fusilables ciertas escenas, merecedoras de la Inquisición liberal, que la secta ejerce á roso y belloso, sin necesidad de hogueras ni de Santo Oficio.

Todo esto, y mucho más que no ha llegado á mi noticia, te dirán, lector amado, para que desdeñes estas páginas; pero, aunque tales censuras fuesen fundadas, el género literario de este opúsculo bajo, el asunto infantil, y poco honroso dedicarse á estas niñerías, tengo la seguridad de que tú, lector inocente, y los pequeñuelos en cuyas manos caiga mi MANOJICO

Digitized by Google

DE CUENTOS, aproximaréis el ramillete á vuestros ojos y narices con tanto gusto, cuanto que muchos de ellos colectados han sido en mis montañas y huelen á ajedrea, salvia, espliego y tomillo, perfumes campestres que van haciéndose necesarios en las librerías para desinfectarlas de los pestilentes olores que exhalan los volúmenes más en boga de la literatura naturalística hoy en uso.

Como los cuentos que componen este manojico son, unos verdaderamente populares, otros los he recogido de los mismos labios de mis conterráneos, éstos son tradiciones venerandas que no llegan á milagros, aquéllos sencillos apólogos ó fábulas, hijos de la propia ó ajena fantasía, los de más allá anécdotas más ó menos vulgares y desfiguradas, y todos, aunque con traje de mi cosecha, pudieran haber sido recogidos y hasta publicados anteriormente por otros autores, concluyo haciendo mías las siguientes palabras de Trueba, á fin de que cada uno sea hijo y responsable de sus obras y pecados, aunque al arte literario pertenezcan:

«Lo que yo hago con los cuentos populares para que no sean del todo indignos de ingresar en nuestra literatura, es conservar el pensamiento capital y la forma de los que he recogido de boca del pueblo, y dotarlos hasta donde puedo de las condiciones literarias, morales y filosóficas de que carecían, como obra de gentes completamente extrañas al arte, y sólo dotadas de cierta intuición artístico-filosófica.»

Lo mismo he hecho yo, imitando, hasta donde mi rural condición me lo ha permitido, al gran cuentista vascongado, de quien ya nadie en España se acuerda.

Digitized by Google

Si te deleito, pues, lector curioso, y alguna lección directa ó indirecta te proporcionase este manojico, daría por no perdido el poco tiempo y menor trabajo invertidos en redactar y coleccionar estas páginas, tu siempre devotísimo servidor,

Manuel Polo.

Digitized by Google

I

LA FUENTECILLA AMBICIOSA

Clara y fresca, al pié de un sauce,
del fondo de blancas guijas,
entre rosadas arenas,
brotaba una fuentecilla.
A la sombra de las flores
en las márgenes nacidas,
sobre la hierba del césped
sembrado de margaritas,
la fuente se deslizaba,
y el paso veloz torcía
por la pradera adelante.
En sus aguas cristalinas
pájaros, hierbas y flores
mirábanse con delicia,

Digitized by Google

perfumando la corriente
con sus aromas la brisa.
Bandadas de mariposas
juguetonas acudían
revoloteando á la fuente;
y pintadas avecillas,
entre trinos y gorgeos,
en sus cristales bebían.
Palomas enamoradas,
semejantes á barquillas
que por la mar se pasean,
las cabezas sumergían
en las aguas de la fuente,
y, entre arrullos y caricias,
bogaban aguas abajo
por la corriente impelidas;
Favonio galán rizaba
la superficie tranquila
del cristalino elemento;
zagalas cien muy garridas
llenaban agua en la fuente,
las rosas de sus mejillas
con el líquido regando;
no había más que sonrisas
para la fuente en el valle.
El sauce al verla, decía,
siempre corriendo, corriendo:
—No corras, no, fuentecilla;
de tu Patria no te alejes,

Digitized by Google

mira que es falsa la dicha
que esperas lograr saliendo
del valle que te acaricia.
—Calle el viejo (contestaba
la inexperta fuentecilla)
y guarde consejos rancios
para el bobo que los pida:
tiempo hace ya me voy sola.
Y cual descastada hija
siguió corriendo, corriendo,
sin previsión ni malicia.
Hollando la verde grana,
alegre, rápida, erguida,
muy pronto salió del valle,
y dábase tanta prisa
por de su Patria alejarse,
que, sin saber lo que hacía,
se arrojó desde la cumbre
de peña resbaladiza.
Siente el dolor la cuitada
y con el golpe se irrita,
ruge, y de blanca espuma
todo lo llena y salpica;
no sin murmurar, la calma
recobra, y una balsita
con sus despojos formada
al pié de la peña dicha,
—Descansad aquí en mi lecho,
buena madre (la decía);

Digitized by Google

mas desdeñosa la fuente,
vuelve la cabeza altiva
y sin dignarse mirarla
de nuevo á correr principia.
No lejos de allí, entre juncias,
un riachuelo corría.
Voló á su encuentro la fuente,
penetró por una orilla
y confundió sus cristales
con las cenagosas linfas.
Ya no hubo para la fuente
hierbas, flores ni avecillas;
ninguno volvió á mirarse
en sus aguas cristalinas:
ni los alados cantores,
ni las palomas blanquísimas,
ni el ambiente perfumado,
ni las olorosas brisas
tornaron más á la fuente.
En el arroyo escondida
se precipitó en un río.
Empujó á la pobrecilla
el río sin miramientos,
y de caída en caída,
corriendo, siempre corriendo,
llegaron á unas marismas,
y allí fuente, arroyo y río
hallaron su tumba fría.

Tal sucede al inexperto

Digitized by Google

que el plácido hogar olvida,
y en el torrente del mundo
la ambición lo precipita.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

EL PREDICADOR Y EL DULZAINERO

En la vertiente de un monte, y resguardado del cierzo por los peñascos de la cumbre, apoyábase un lugarejo de mala muerte, pero de vida alegre, llamado Peñasroyas. Los vecinos de tan mísera aldea se diferenciaban de los montañeses del contorno por su desmedida afición al vino y al jolgorio. Referíanse cosas increíbles acerca de estas sus dos pasiones favoritas.

Entre 20 mozos se bebieron 21 cántaros de vino en una sola tarde, con la particularidad de que ninguno se puso ébrio, aunque todos quedaron alegres. Por regla general, en Peñasroyas se administraba á los recién nacidos antes el vino que el agua bautismal, y de no pocos padres de familia se cuen-

Digitized by Google

ta en la aldeilla, que obligaban á sus pequeñuelos á empinar la bota á cachete limpio, como si el más feo de los vicios que pudiera adquirir el hombre desde su infancia fuese el horror al vino. La sopa en vino era para aquellos serranos el plato más delicioso, y hombres y mujeres, niños y ancianos, arrojábanse sobre aquel brevaje inmundo con frenesí de verdaderos golosos. ¿Qué más? Habia en el lugar de mi cuento varios prójimos que se jactaban de no haber probado el agua en cuarenta, cincuenta y más años.

Se pirraban también por el baile de todas clases, cantado, rezado y en silencio, con acompañamiento musical ó sin él, lo mismo de instrumentos de cuerda que de aire, y bailaban aquellas buenas gentes, no solamente como los pastores en Belén, sino todos los días, á todas horas, hombres con mujeres, hombres con hombres, mujeres con mujeres, hombres y mujeres solos, ó con una silla, ó con su misma sombra. Pero de entre todos los bailes, el que hacía sus delicias, exaltando hasta el frenesí sus piernas, era el baile de las fiestas del lugar, celebrado al aire libre y con acompañamiento de tamboril y dulzaina.

Sólo una vez al año, por supuesto, en honor de San Victorino, Patrono de Peñasroyas y de los bebedores, se celebraban aquellas celebérrimas fiestas, en cinco días consecutivos, con sus noches correspondientes, durante los cuales se obsequia-

Digitized by Google

ba sin interrupción al glorioso Santo, bebiendo y bailando sin cesar, ó bailando y bebiendo á toda hora, para que no resultase tan monótono, pero sí igualmente divertido, el espectáculo.

Digo mal; miento, y hasta calumnio sin piedad á los honrados vecinos de Peñasroyas. Luciendo los trapitos de cristianar, acudían también presurosos á la iglesia para oir los sermones del predicador forastero. Sólo que daba la maldita casualidad de que, arrullados por la tonadilla del predicador, mecidos por la desentonada salmodia religiosa, y hasta estimulados por el calorcillo de la cera y del incienso, la mayor parte se dormían como unas marmotas, ó como quien tiene la conciencia tranquila de haber pasado la noche anterior, sin ofensa de nadie, bailando y bebiendo, ó si quieren ustedes, bebiendo y bailando, por aquello de que el orden de factores no altera el producto.

Años hace aconteció, pues, en Peñasroyas, que salió clavario de fiestas el tío Perotes, uno de los vecinos más pobres, pero más entusiastas del lugar. Llegó la anhelada víspera de San Victorino, y nuestro buen clavario alquiló la mejor mula de paso que había en el pueblo para traer al dulzainero, y envió al Benjamín de su casa, con una burra matalona, en busca del predicador. Perotes, su familia, sus amigos y los chiquillos todos del lugar, cumpliendo con su deber de legítimos vecinos de Peñasroyas, salieron á esperar al gaitero, obse-

Digitized by Google

quiándole con saludos, abrazos y refrescos, mientras nadie se cuidaba del predicador, que, caballero en la consabida burra, se apeaba en casa del clavario á la vez casi que el dulzainero.

Lo mismo sucedió durante la cena: el puesto de preferencia, los más exquisitos bocados, los mejores tragos de vino, y hasta las copas más estomacales, para el gaitero; y el predicador, si quería comer que comiese, allí estaba todo á sus órdenes, y si nó que lo dejara, pues nadie había de llorar por eso.

Estaba ya hasta la coronilla el predicador de aquellos mastuerzos, sin educación ni sentido común, y meditaba en silencio la manera de castigar tanta grosería, cuando quiso Dios que el clavario invitase á sus huéspedes á descansar diciéndoles:

—Señores, aquí la voluntad es muy grande, pero los posibles muy pequeños, y no habiendo en casa más que una cama, aunque de matrimonio, se la cedemos á Uds. con gusto, pero no tienen más remedio que dormir juntos; nosotros dormiremos en la pajera.

El sacerdote torció el gesto ante la perspectiva de tener que dormir con su grosero rival; pero el dulzainero, que era sencillote y campechano, contestó al punto:

—No se apure Ud., patrón; dormiremos juntos el señor predicador y yo como unos príncipes, y aún sobrará terreno.

Digitized by Google

Dicho y hecho; la cama tenía siete colchones, por supuesto prestados por los vecinos del tío Perotes para aquella noche, y casi se necesitaba una escalera para ascender á aquel monte de lana, en peligrosa proximidad al techo del cuarto. El gaitero tomó la cama por asalto, y el predicador, antes de acostarse, advirtió á su colega:

—Soy sonámbulo, y todas las noches, durante el primer sueño, me coge una pesadilla que contra mi voluntad y hasta en perjuicio de mi salùd me obliga á levantarme unas veces, á mover las manos y los brazos otras, á decir en alta voz lo que á nadie le importa, y hasta á molestar á los que duermen conmigo; por consiguiente, si le parece á usted bien, dormiremos á ratos en la cama.

—No faltaba más, no, señor; sueñe Ud. cuanto quiera, que yo soy un leño, y en dejarme caer sobre colchones no me despiertan ni á cañonazos.

Eso quería y buscaba el predicador; acostáronse, pues, ambos juntos, y cuando más profundamente dormido estaba el dulzainero, haciendo el cura que soñaba y pronunciando entre dientes palabras ininteligibles, se sentó en la cama, buscó á tientas la boca del gaitero y le sacudió terribles puñetazos sobre los mismos labios, á fin de que durante las fiestas, se luciesen ejecutando en la dulzaina las más difíciles piezas de su repertorío. Puso el grito en el cielo el agredido, despertando á gritos al agresor, excusóse éste con su sonambulismo

Digitized by Google

supuesto, y procuraron dormir ya tranquilos el resto de la noche.

Al siguiente día predicó elocuentemente el orador sagrado contra la embriaguez y el libertinaje, entretejiendo estas amonestaciones con el panegírico del Santo Patrón, y apenas bajó del púlpito huyó de Peñasroyas sin despedirse de nadie, y previendo la tormenta que había de descargar aquella tarde.

En efecto, llegada la hora del suspirado baile con dulzaina, y estando ya la plaza llena de gente, deseosa de oir las primeras notas de la chirimía, se presentó el gaitero con los labios convertidos en morros de puro hinchados, y suplicando al pueblo que le dispensara, pues había hecho varias pruebas y le era de todo punto imposible tañer la dulzaina.

El pueblo entero de Peñasroyas quiso saber la causa de tan repentina como impertinente hinchazón, y averiguado el caso, partieron en busca del predicador para mantearle, el cual ya se había puesto discretamente en salvo á larga distancia, y se reía á mandíbula batiente de la merecida venganza que acababa de tomar de aquellos menospreciadores de la palabra divina, bebedores y bailarines sempiternos.

Digitized by Google

III

MARIQUITA LA VANIDOSA

La madre de Mariquita amaba con delirio á su hija única, niña voluntariosa, enfermiza y vana, que explotaba hábilmente este amor para satisfacer el menor de sus caprichos.

Siempre son los niños ingeniosos cuando de sus apetitos se trata.

El padre de Mariquita, hombre discreto y prudente, veía con disgusto la educación materna que recibía su hija, y amonestaba de vez en cuando á su esposa para que cambiase de táctica; pero todo inútil: Mariquita había sorbido los sesos á su mamá, y la antojadiza niña hacía y deshacía cuanto le daba la gana.

Era la vanidad su defecto dominante, y el lujo

Digitized by Google

la manifestación infantil más lógica de aquel defecto.

Sólo su desatentada madre tenía paciencia suficiente para vestir á Mariquita, prodigio de coqueterías y obra de romanos en que aquella pobre mujer pasaba las mejores horas del día.

Por lo común, Mariquita se dejaba poner la ropa blanca sin protesta, prendas interiores que eran, por supuesto, finísimas, elegantes, almidonadas, esplendentes y bordadas á realce.

La niña se miraba al espejo, levantaba sus bracitos, daba vueltas sobre sí misma, contemplando el descote y encajes de su chambra y la falda y bordados de sus enaguas, y hacía otros mil dengues y piruetas, indicio seguro de la egolatría que había de profesarse Mariquita cuando fuese mujer.

Las disputas empezaban al calzarle las botinas.

—Mamá, yo no me pongo esas botas, que tienen el tacón torcido.

—Pero, hija, ¡qué han de tener el tacón torcido si hace ocho días que las estrenaste!

—Sí, pero los botones ya no relucen.

—Porque los has deslustrado.

—Pues no quiero, no quiero, y no quiero.

Mariquita cogía las botas y de un golpe las arrojaba al rincón más distante del cuarto.

Se armaba su madre de paciencia y salía al momento con otras botas de charol. Si eran recién hechas, Mariquita permitía que se las calzasen sin chistar, y hasta toleraba que le hiciesen daño, con-

Digitized by Google

templando después su menudo pié con regocijo, dando saltos y haciendo otras mil monerías infantiles. Si no brillaban bastante, al rincón con ellas, y otras al puesto.

Sobre si se había de poner el vestido de raso blanco, el de terciopelo negro, el de moaré rosa, ó el de cendal azul, ocurrían entre madre é hija cuestiones y mimos sin cuento.

El demonio de la vanidad había tomado posesión de Mariquita y no había medio fácil de arrebatarle su presa.

Engalanada con este ó aquel traje, con tal ó cual sombrero, flores así ó asá, Mariquita se paseaba engreída como un girasol, se miraba y remiraba á los espejos, de frente y de perfil, por delante y por detrás, francamente y de soslayo, se saludaba con la mano y con inclinaciones de cabeza á sí misma, y reventando de satisfacción al ver cumplido su apetito desordenado de vanidad, abalanzábase á su madre, y cubriéndola de besos estrepitosos, decía:

—Mamá, ¡cuánto te quiero!

Aquella madre imprevisora daba con esto por suficientemente recompensados los sinsabores que le costaba el vestir á su Mariquita, y proseguía imprudente fomentando la vanidad de la niña.

El vestido de cola era uno de los sueños dorados de Mariquita, y como no tenía edad, ni mucho menos, para vestir de largo, se disfrazaba frecuentemente en su casa poniéndose vestidos de su ma-

Digitized by Google

má, que para ella resultaban de cola por todos lados.

—Mamá (le dijo en cierta ocasión Mariquita); deja que me ponga aquel vestido tuyo de gró que llevabas el día de Jueves Santo.

—No, hija, que me lo mancharás todo.

—Sí, mamá; lo arrastraré con muchito cuidado.

—Vaya, Mariquita, no te empeñes, que es el mejor que tengo.

—Pues por eso mismo lo quiero, lo quiero, y lo quiero.

La frase sacramental había sonado, y en vez de una zurra, aquella madre indiscreta dió á Mariquita el vestido de gró.

—Toma; pero paséate nada más sobre la alfombra del salón.

La niña besó á su madre y corrió á arrastrar por el salón tan lujoso vestido.

Veinte veces lo recorrió de arriba abajo contemplando con delectación pecaminosa aquella amplísima y larga cola de seda; pero como nadie la vigilaba, arrastró también el rico vestido por otras piezas de la casa, y cayó por fin en la tentación de bajar y subir la escalera, barriéndola con la majestuosa cola.

Dicho y hecho; pero no sabemos qué fué antes, si el pecado ó la penitencia.

Trabáronse los menudos piés de la vanidosa niña con la falda delantera del vestido, perdió el equilibrio, no supo ó no pudo asirse al pasamanos,

Digitized by Google

y rodó de cabeza de alto á bajo, midiendo con su delicado cuerpo la escalera toda.

No son para referidos el terror y lamentos de la criatura que, aunque no se mató, porque los niños tienen siete vidas como los gatos, quedó no obstante herida, contusa, maltrecha y magullada.

Su padre, que entraba á la sazón en casa, la recogió medio muerta, y, sangrando por varios puntos de la cabeza, la entregó á su mujer diciéndola:

—Aquí tienes el fruto de la vanidad desenfrenada de nuestra Mariquita, y de tus tolerancias y educación inconcebibles.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

EL CEÑAJO

Dan en mi país el nombre de *Ceñajo* al peñasco escueto y altísimo, cuyo acceso es por todos lados difícil y hasta peligroso, pero cuyo descenso es casi siempre mortal. Alguna que otra vez los toman por asalto las cabras, con su agilidad y atrevimiento proverbiales; pero en el pecado llevan la penitencia, y allí quedan *enceñajadas,* según la frase montañesa, balando lastimeramente en demanda de socorro, que por lo general no llega nunca, dando vueltas en torno del peñasco como supongo yo que las daría Napoleón en Santa Elena, asomándose temblorosas al precipicio que las circunda, y concluyendo, tarde ó temprano, por arrojarse al abismo,

Digitized by Google

contra el cual se estrellan, impelidas unas veces por inseguro paso, otras por el hambre, y algunas por las pedradas del pastor que se empeña en recobrar á toda costa, viva ó muerta, la res de su pertenencia, neciamente *enceñajada.*

De entre todos los ceñajos de mi tierra, sobresale uno como el cedro entre los hisopos del Líbano, tanto que carece de apellido, habiendo recibido por antonomasia el nombre seco y mondo de Ceñajo.

Y verdaderamente lo merece, porque semejante peñón de caliza, tan frágil como suave, surge á orillas de un torrente ó barranco, de una cantera cortada verticalmente, y tiende su altiva frente hacia la altura, elevándose sobre el nivel del cristalino arroyo algo más que la torre Eiffel sobre el inmoral pantano de París que le sirve de cenagoso cimiento. Da miedo mirar al peñón desde el barranco, porque parece que se nos viene encima, disponiéndose á aplastar al gusano que tiene el atrevimiento de hombrearse con el Ceñajo.

Desde el barranco es imposible *enceñajarse* ó subir al peñón calcáreo; pero no así desde la loma, sobre la cual reclina su cabeza el gigante, y desde la que tampoco es fácil el acceso, aunque no imposible.

En dicha loma pacían ordinariamente dos hatos (allí dicen hatajos) de cabras, del tío Borregas el mayor, y de Miguelillo el más pobre. Era Miguelillo un pastorcete como pocos, rubio, imberbe y agra-

Digitized by Google

ciado, aunque ennegrecido por el sol y el aire, y trajeado pobremente. El tío Borregas, por el contrario, era un pastor pudiente, dueño del rebaño que guardaba, viejo, feo y cómodamente vestido, pero tan avariento y hambrón, que no paraba hasta comerse todas las hierbas del término. Miguelillo era el único que le aventajaba en esto de llegar el primero con su hato á la dehesa desvedada, ó al rodal de pasto más recóndito y lozano.

Desde pequeñín fué siempre inteligente y travieso. Cuatro años tenía nada más cuando le llevó á confirmar su madre, con chaqueta y calzones pardos, faja y medias azules, y alpargatas abiertas, todo minúsculo por supuesto, pero del mismo corte y forma que usan los hombres, cuando al presentarse delante del Sr. Obispo, en vez de sobrecogerse como casi todos los niños, exclamó aquel serrano en miniatura, mientras contemplaba la mitra:

—¡Recorcho, qué montera más maja!

Y como el Sr. Obispo le acariciara al confirmarle, añadió:

—¡Pues no me habían dicho que me pegaría una gran bofetá! Man engañao.

Los dueños de puntas de ganado, lo mismo lanar que cabrío, disputábanse á Miguel como pastor; ¡tanta era su inteligencia, actividad y vigilancia para el oficio humilde! Pero como los pastores son hombres de carne y hueso, lo mismo que los príncipes, y quien dice hombre dice defecto, vicio

Digitized by Google

y pasión, entre el tío Borregas y Miguelillo, ya antagónicos de suyo por edad y carácter, entablóse rivalidad parecida á la que puede existir y con frecuencia existe entre artistas, poetas y prosistas. No podía sufrir con paciencia el tío Borregas que, después de haber consagrado su ya larga vida al pastoreo, viniese con sus manos lavadas un chiquillo y le echase la pata en cuanto á ganadería se refiere.

Por eso, cierto día de primavera, que madrugó al par que el lucero matutino, con el exclusivo objeto de *comerse* un rodal de estepas en flor, cuajadas de tiernos tallos que casualmente había visto en la loma del Ceñajo, al encontrar ya allí á Miguelillo con su hato, no pudo contenerse el tío Borregas, le cegó la ira, insultó á Miguelillo, defendióse éste con razones legales, no á pedradas, y prevaliéndose de su fuerza el viejo pastor, agarró al zagal por la faja y le suspendió sobre el precipicio del Ceñajo próximo, amenazándole con dejarle caer en el abismo si volvía á interponérsele en su camino.

¿Qué pasó por Miguel en aquel trance horrible? Él solo lo sabe, y hasta si me apuran ni él tampoco, porque no tuvo advertencia más que para encomendarse á Dios, cerrar los ojos para no ver su caída mortal y estremecerse de pies á cabeza con tal espanto instintivo, que entre las rubias guedejas de su cabellera presentáronse, como por arte mágica, no pocos hilos de plata.

Puede suponer el lector que el tío Borregas no

Digitized by Google

cumplió su amenaza; dejó al pastorcillo en tierra, y huyó de aquella loma para no tener el disgusto de ver á su rival.

Cuando Miguelillo se vió libre de las garras del viejo feroz, su primer grito fué para su madre, mientras se le ensanchaba el corazón y prorrumpía en salutífero llanto; pero pronto se rehizo el mozo, que no era cobarde, y juró vengarse del tío Borregas, á cuyo efecto enterró en su pecho la mala partida de que acababa de ser víctima, y ni aun á su madre idolatrada contó el horrendo trance.

Pero las madres tienen ojos de lince para con los hijos de sus entrañas, y la de Miguelillo advirtió aquella misma noche el espanto pintado en la cara de su hijo, y las canas inconcebibles en criatura tan tierna. Para explicar todo esto á su madre no tuvo Miguelillo más remedio que mentir, diciéndole que se había encontrado en el monte de manos á boca con el lobo, y el susto sin duda produjo tales estragos. El pueblo dió una batida en busca del supuesto lobo, pero la fiera no pareció.

Pasaron meses. Miguelillo y el tío Borregas se huían recíprocamente el cuerpo, pastoreando en cuartos distintos; pero como el diablo no tiene intención buena, cierto día equivocáronse ambos de rumbo, dirigiéronse los dos con su hatos á la loma del Ceñajo, y al tío Borregas se le *enceñajó* una de sus cabras más hermosas. Balaba la cabra lastimeramente desde el Ceñajo pidiendo socorro, y

Digitized by Google

el avariento tío Borregas, sin encomendarse á Dios, pero impulsado sin duda por el diablo, se encaramó en el peñón, y arrastrándose sobre las manos y rodillas intentó acercarse á la cabra para ayudarla á descender.

En tan crítico momento apareció Miguelillo, y al ver al tío Borregas en postura tan peligrosa, su corazón dió un salto de dulce venganza, sacó su certera honda del zurrón y comenzó á pedrada seca con el viejo pastor, gritándole ladrón de hierbas, entrañas de tigre, y conminándole con que se las iba á pagar todas juntas. El infeliz Borregas se asustó, se puso derecho para retroceder y arrojarse sobre el zagal; pero ó le dió un vahido, ó le falseó un pie, es lo cierto que Miguelillo le vió desaparecer en el abismo y precipitarse Ceñajo abajo como cuerpo muerto cae.

Ciertamente, Miguelillo no tenía intención de causar tan grave daño, contentándose con devolverle el susto al tío Borregas; pero el viejo pastor se abrió el cráneo contra las peñas del barranco, quedando parte de su masa encefálica pegada á la roca y destrozados y esparcidos sus miembros todos.

Por el lugar corrió muy valedera la versión de que el tío Borregas se había despeñado por *desenceñajar* una cabra, pues la avaricia rompe el saco. Desde entonces adquirió apellido el Ceñajo, que es conocido en el contorno por el Ceñajo del tío Borregas.

Digitized by Google

V

EL RÀTONCITO BLANCO

Abuelita del alma,
cuéntame un cuento
alegre, interesante,
de gracia lleno;
y el nieto tuyo
te promete de veras
estudiar mucho.

Como tú quieras, rapaz: érase un ratón chiquito, chiquirritito, poco más grande que una nuez, y blanco, blanco como el armiño. Tenía el pelo sedoso, la cola larga y delgada, y unos ojillos vivarachos y rojos, que parecían dos cuentas de coral.

Perseguido por las ratas, grandes como gatos y feas como topos, y por los ratones sucios y pardos,

Digitized by Google

que le tenían envidia pues apuraban su paciencia tanta blancura y pulcritud tanta en un bichejo, como ellos ratonil; nuestro ratoncito blanco huyó por las alcantarillas del barrio, recorriendo conductos subterráneos, saltando charcas y poniéndose como un enemigo entre las inmundicias de las cloacas.

Se extremeció de horror al verse tan sucio, él que era la pulcritud personificada, digo... ratonificada, y corrió, corrió, sin saber hacia dónde, hasta que quiso su buena estrella llevarle junto á subterránea vena de fuente cristalina, en cuyas aguas y con las precauciones debidas se sumergió al punto, bañándose y limpiándose prolijamente, tanto que quedó de nuevo limpio como la plata, limpia se entiende, y blanco, blanco, como la nieve.

En estas nimiedades de tocador se ocupaba nuestro ratoncito, cuando vió venir hacia él á un gatazo enorme de ojos relumbrantes y bigotes erizados, que ya se regodeaba con bocado tan tierno y hasta se relamía los labios de gusto. Huyó despavorido el ratoncito blanco, corrió tras él el gatazo, dando zancadas y saltos como si tratase de alcanzar y detener una pelota, y aquí te cojo y allí te atrapo, no sabemos qué hubiese sido de nuestro ratón, á no tener la suerte de dar de manos á boca, y cuando más desesperaba de salvarse, con un estrecho tubo de plomo, destinado en otro tiempo á conducir aguas potables á cierta lujosa casa de

Digitized by Google

aquellas inmediaciones, roto y vacío por lo tanto, á la sazón.

Por aquel conducto se coló el ratoncito blanco, subiendo con bastante pena tubo arriba y dejando con un palmo de narices al gatazo. Por fortuna, estaba también abierto el antiguo y ya inservible grifo de la fuente, y por él salió el ratoncito, encontrándose de un salto en seca y hermosa pila.

Grande animación había en aquella cocina, y el ratoncito blanco, que era muy astuto, se agazapó en la pila y allí permaneció inmóvil hasta que, llegada la noche, retiráronse á descansar criadas y cocineras.

¡Feliz ratoncito! Descendió con cautela de la pila, recorrió la casa entrando y saliendo en todas las habitaciones por debajo de las puertas, registró todos los armarios, metiéndose en varios cestos y royendo algunos papeles, y dió, por último, con sus huesos en la despensa.

¡Ya era hora! El ratoncito blanco estaba medio desfallecido de hambre y se dió un atracón de padre y señor mío de cuanto encontró al alcance de sus dientes finísimos. Satisfecho su apetito se puso á corretear de nuevo por la casa, y medio muerto de cansancio, se acostó en el rincón de una sala, convirtiendo en cama cierto repliegue de mullida alfombra de Bruselas.

Mucho tiempo vivió el ratoncito blanco en aquella casa opulenta, tratándose á cuerpo de rey y es-

Digitized by Google

quivando fácilmente toda persecución y hasta toda mirada indiscreta. Lo cual se explica perfectamente, teniendo en cuenta que allí no había gatos, porque la señora de la casa, que era tan limpia como nuestro ratoncito, detestaba por sucia á la gente gatuna.

Pero como la ambición rompe el saco y el que á las golosinas se aficiona en el pecado lleva la penitencia, cátate al ratoncito blanco, harto de manjares comunes, recorriendo cierta noche y en todas direcciones las tablas de la despensa, en busca de bocados exquisitos. Aquello parecía una arca de Noé y allí había de todo; pero nada gustó tanto á nuestro ratoncito como un rojizo queso de bola, lustroso é intacto, que estaba diciendo comedme.

La emprendió con él en seguida, y roe que te roerás, dentellada por aquí y mordisco por allá, hizo al fin un agujero en la dura corteza de la bola y apareció la entraña del queso, tierna y olorosa. Allí fué Troya: el ratoncito blanco se puso á comer queso con glotonería tanta, que labró poco á poco en la bola una caverna, dentro de la cual cabía holgadamente el minero ratonil.

Al día siguiente, notado el destrozo por la cocinera y ganosa de vengarse de tan atrevido ratón, colocó el queso de bola agujero abajo y en equilibrio inestable sobre una avellana. A altas horas de la noche, salió de su ratonera el ratoncito blanco, dispuesto á darse otro hartazgo de queso; se metió

Digitized by Google

en la despensa, dirigióse á la bola de sus entrañas y se quedó de piedra al notar que había desaparecido la boca de su mina. Buscó en todas direcciones haciendo un verdadero viaje de circunvalación alrededor del queso, y descubrió, al fin, la entrada de la cueva. Se encogió cuanto pudo y haciendo un esfuerzo se metió en su mina, con tan mala suerte, que en aquel momento rodó la avellana, cayó el queso sobre su base y el ratoncillo blanco quedó preso en el calabozo por él mismo fabricado.

De esta manera pagó su glotonería imprudente, pues al siguiente día la vengativa cocinera cogió al ratoncito del rabo, que asomaba fuera del agujero, lo mató de un trompazo y arrojó el cadáver al muladar.

Tal suele acontecer á los niños golosos y glotones, que tarde ó temprano se hartan de comida ó golosinas, y un cólico ó la muerte castigan su pecado.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

DON COMINO

Cuando por primera vez tuve el disgusto de verle, me pareció un viejo mugroso, ridículo, usurero y hasta beato, en la mala acepción de la palabra, al que venía de perlas el apodo de *Comino;* pero cuentan que en sus mocedades había sido militar bizarro y generoso, ascendiendo por su propio mérito y relevantes prendas nada menos que á sargento segundo de no sé qué compañía de cierto batallón, perteneciente á uno de los regimientos que, durante varios años, estuvo de guarnición en la isla de Cuba.

De allí trajo nuestro héroe la afición á los maravedises ó centavos, como él los llamaba, y 25 duros mensuales de retiro, que tranquilamente cobraba por las Cajas de Ultramar, para invertirlos en des-

Digitized by Google

plumar á sus conterráneos con devoción beatífica.

Alto, flacucho, encorvado, calvo, con ojos grises y pequeños como de cochino, nariz afilada, bigote de zapatero remendón, y hocico prominente, nadie hubiera reconocido en aquella estantigua al ex-bizarro sargento; pero difícilmente se equivocaba nadie acerca de la profesión que tan honrada como impunemente ejercía en su natal villorrio aquella lechuza.

Él mismo no tuvo inconveniente en hacer desvergonzado alarde de su oficio de la manera siguiente. Llegaron unos PP. Jesuítas con el fin de dar Misiones al pueblo, y D. Comino fué el primero que salió á recibirles, D. Comino el primero que los acompañaba desde casa del cura á la iglesia y desde la iglesia á casa del cura, y D. Comino el único vecino de aquel lugar que no dejaba vivir á sol ni á sombra á los buenos Padres misioneros, importunándoles á cada paso con la siguiente muletilla:

—Créanme ustedes, Padres; firme con la usura y los usureros; ustedes no conocen este pueblo; nada, nada, duro con ellos.

—Pues nos ha dicho el señor cura (contestaron ya hartos los misioneros) que usted es del oficio.

—Verdad es, Padres; pero se pone todo tan mal y somos tantos, que no se gana un comino.

—¿Pues qué se proponía usted conseguir con nuestras predicaciones?

—Mis intenciones no podían ser más santas: tan

Digitized by Google

sólo que se convirtieran mis cofrades para que me dejasen el campo libre.

Tanto cinismo y su aparente devoción ponía á nuestro hombre en condiciones excelentes para arruinar, con premeditación, alevosía y ensañamiento, al infeliz que caía en sus garras.

Para todos era un solemnísimo bribón el tal vejete; pero con el vulgo disimulaba sus complacencias rapaces y se hacía el pobre, repitiendo su muletilla: no se gana un comino. En cambio, complacíase en tender lazos á las personas de posición para apresurar su ruina, y se gozaba en decirlo y comentarlo.

—A Fulano de Tal (decía con frecuencia), lo tengo ya entre mis uñas, pues no le queda por hipotecar más que una finca, y ya me parece que le estoy apretando el gaznate. Por supuesto (añadía con infernal sonrisa), que él se tiene la culpa por echárselas de acaudalado y de linajudo, cuando es un pelagallos como otro cualquiera: de la misma quinta somos; los dos caímos soldados en el mismo día; yo empuñé el chopo para ganarme honradamente la vida por esos mundos; pero él se empeñó en redimir su suerte vendiendo al efecto cuatro terrones, y ahí tienen ustedes las consecuencias.

—Pero D. Comino (decíale algún atrevido), usted no debe tener corazón.

—Yo tengo mi alma en mi armario, como todo hijo de vecino; lo que no tengo son pamplinas y dul-

Digitized by Google

zainas. En el mundo no hay más Dios ni Santa María que el centavo, y á él me atengo.

—Entonces ¿para qué va usted tanto á la Iglesia?

—Siempre se caza á algún majadero; la gente de sacristía suele tener ahorrillos, sin saber en qué emplearlos.

Porque, la verdad, el D. Comino de mi cuento no estaba en condiciones de *panamizar* á usanza de esos banqueros judíos, masones, republicanos y demás calaña francesa, que tienen escandalizada á Europa si es que hay ya en Europa quien se escandalice; pero por amor á los centavos hacía á pelo y á pluma, metiéndose en toda clase de negocios, más ó menos sucios, aunque su fuerte y sus delicias estaban cifradas en la usura honrada, hija legítima de la abolición de la tasa y de las flamantes teorías económicas que han regalado al mundo moderno el pauperismo, el socialismo, la anarquía y otras zarandajas de no menor calibre.

En materias usurarias era doctor graduado no sé por qué Universidad; pero con aprovechamiento tal, que hubiera podido poner cátedra, haciendo pagar á precio alto sus lecciones. No había que soñar en que soltase la mosca en dinero contante y sonante más que con buenas hipotecas y garantizando el cobro firmas de las más acreditadas y solventes, y por supuesto al módico interés de un 40 ó 50 por 100, acumulando los intereses al capital y descontando el primer año, por lo menos, al entre-

Digitized by Google

garlo. En los préstamos á los hijos de familia, sobre todo si eran menores de edad, el buenazo de D. Comino no se contentaba con intereses parecidos, sino que llevaba su generosidad hasta el punto de entregar sólo 1.000 reales por cada 1.000 duros que figuraban en el pagaré. Prestaba también en condiciones análogas sobre herencias probables, y si algún padre, frito con las calaveradas de su hijo, declaraba por ante los tribunales pródigo al prestatario, D. Comino amenazaba á hijo y padre con una causa criminal, persiguiendo como estafador al primero, para que, tarde ó temprano, pagase el segundo.

A otras usuras de menor cuantía se dedicaba también el ex-sargento, que merecen párrafo aparte.

Prestaba trigo á los labradores, en la época de la siembra, para que le devolviesen un cuartal más por fanega, al tiempo de la cosecha, ó lo que es lo mismo, con el 25 por 100 de interés. Prestaba á los atribulados y menesterosos un duro á real por semana, que equivalía al 260 por 100 al año. Y, por último, prestaba también á las revendedoras del mercado un duro por la mañana, para que por la noche se lo devolvieran con diez céntimos de peseta encima, es decir, al 584 por 100. Préstamos todos ellos que calificaba nuestro vampiro de *obras de caridad* en la siguiente cínica forma:

—¿Conque se dedica usted ahora á las revendedoras de la plaza?

Digitized by Google

—¡Qué disparate! ¡A la vejez viruelas! ¿Quien te ha contado semejante desatino?

—Quiero decir, que es usted su banquero.

—¡Ah!, ya, por pura caridad, hijo, por pura caridad, porque están los tiempos tan malos que no se gana un comino, y hay que hacer algo por esas infelices.

—Vamos, que el 584 por 100 no es ningún comino, como usted dice.

—¡Quita allá, hijo, quita allá! ¿Qué sería de esas pobres sin la mano caritativa que diariamente las tiendo? Cierto que por la noche me devuelven el duro que les presto por la mañana con un perro grande encima; pero con el duro compran ellas verduras al por mayor, las venden luego en la plaza al menudeo, sacan el capital, el perro grande, y aún les quedan cuatro ó cinco reales á cada una para mantener la familia.

—Vaya, vaya, D. Comino; ya veo que no es tan feo el lobo como la gente lo pinta. De seguro que favorece usted también á los labradores y á los pobres.

—Ciertamente; prestándoles á los primeros á cuartal por fanega, y á los segundos á real por duro á semana; nada, hijo, todo eso vale tres cominos, y preciso es hacer alguna que otra obra de caridad, ayudándonos los unos á los otros

Con tales obras de misericordia, y por medio de procedimientos tan expeditos, D. Comino apan-

Digitized by Google

dó un capital estupendo, cuya inversión era para todos, incluso su hijo único, desconocida; pero en cambio vivía miserablemente, matándose y matando á su hijo materialmente de hambre, vistiendo andrajos y dejándose morir por no pagar al médico una visita. Por aquello, sin duda, de quien roba á un ladrón gana cien años y cien cuarentenas de perdón, máxime si se tiene en cuenta que el hijo del usurero no había aprendido indudablemente el Catecismo, el pobre muchacho robaba cuanto podía á su padre, y llegó casi á desearle la muerte para poder disponer á su gusto de los centavos paternos; pero el viejo era tan desconfiado y ladino, que difícilmente se le filtraba un céntimo, y el aprovechado joven tomaba á préstamo sobre su herencia en casa de los demás usureros de la villa, proporcionando á éstos negocios parecidos á los que realizaba su padre.

—Por Dios, compadre, no seas cominero hasta ese punto (le decía en cierta ocasión otro viejo su contemporáneo); de todas maneras tu hijo ha de derrochar en un año cuanto tú has reunido en cuarenta.

—Por grande que sea el placer (contestaba Comino) que mi hijo tenga en gastarse el caudal que le deje su padre, no igualará nunca al que yo he tenido durante mi vida en reunirlo centavo tras centavo, sin importarme de nadie ni de nada un comino.

La preocupación de sus últimos años fué ésta, sin embargo: quería evitar á todo costa que muer-

Digitized by Google

to él, su hijo derrochara aquellos caudales, á cuyo efecto redujo todo su capital á billetes de Banco, que cosió sigilosamente entre forro y paño á su mugriento traje. Llegada su última hora sermoneó á su heredero, no para que invirtiera parte de aquel dinero en sufragios por el alma del autor de sus días, sino para que no cometiera la tontería, el despilfarro mejor dicho, de enterrarle con hábito ó traje nuevo, pues quería morir como había vivido, á cuyo efecto le arrancó la promesa de que le amortajaría con el mugriento y andrajoso traje que tan buenos servicios le había prestado durante los veinte años últimos de su vida.

Así lo hizo el incauto, que al fin y al cabo era hijo; pero el cura insistió en que aquello era una indecencia, y obligó al heredero á desnudar el cadáver para ponerle otro vestido menos andrajoso. Por fortuna, éste realizó la operación por sí mismo, y como la rigidez cadavérica le obligara á dar no pocos tirones para desnudar el cadáver, en uno de tantos desgarróse el forro y apareció preñada de billetes de Banco aquella vil mortaja, por la cual nadie hubiera dado tres cominos, para emplear el lenguaje del difunto, el cual quiso defender su presa hasta después de muerto, pues uno de sus brazos yertos y rígidos, al sacarle de la manga de la chaqueta, cayó sobre el profano que, sin respeto á los capitalistas de ultratumba, intentaba apoderarse de lo ajeno.

Digitized by Google

VII

LA REINA DE LAS MADRES

MADRE es el nombre más dulce de los nombres, la primera palabra que aprende á pronunciar el niño, el talismán misterioso á que instintivamente recurre el hombre en todas sus tribulaciones.

El recuerdo de su madre es el primero que se presenta en la memoria del que padece; y es que las madres están siempre prontas á compartir las penas con sus hijos.

Todo hijo feliz saborea egoista su felicidad, sin acordarse generalmente para nada de la que le llevó en su seno; pero que se cierna la desgracia sobre su hogar, que penetre el infortunio en su casa, que

Digitized by Google

el dolor oprima su corazón, y veréis como instintivamente invoca á su madre.

Tal, al menos, era la costumbre de Rosita, niña de cierta aldea, cuyo nombre no hace al caso.

Su padre era de la misma piel del diablo, y su madre una santa.

Caminaba aquél de fechoría en fechoría, en tanto que su infeliz esposa pasaba en vida las penas del purgatorio.

Tan atribulada vivía siempre la pobre mujer, y era su piedad tan grande, que frecuentemente invocaba á la Virgen exclamando:

—¡Madre mía de los Desamparados!

Tales fueron también las primeras palabras que aprendió á pronunciar Rosita, tanto que no solamente recurría como todos los niños á su madre, sino que invocaba también en sus trabajos, que no eran pocos, á la Reina de las madres y amparo de los huérfanos.

Y aconteció que su padre, que había cometido un crimen horrendo, hizo frente á la Guardia civil que le perseguía, y murió en la refriega.

La madre de Rosita no pudo soportar tan rudo galpe, y, extenuada por el infortunio, murió también al poco tiempo.

Rosita quedó, pues, huérfana de padre y madre,

Digitized by Google

y sin más amparo que el del cielo, que á todos nos cobija bajo su manto azul.

Unas vecinas caritativas recogiéronla provisionalmente en su casa, hasta que obtenida la autorización oportuna, decidieron llevarla á la Beneficencia provincial, casa enorme situada junto á una carretera en las inmediaciones de la capital.

Llegadas con Rosita á la puerta del hospicio, hicieron alto, para descansar, sobre unos guardaruedas del camino, mientras en la oficina correspondiente se hacían los oportunos registros.

Rosita era hermosa como un ángel y blanda como una malva, así es que aquellas pobres lugareñas lloraban en silencio al despedirse de Rosita la huérfana. También ésta se había aficionado á sus caritativas paisanas, y cuando llegó el momento de la separación, se apoderó de la infeliz criatura desconsuelo tan grande, que rompió en lamentos y sollozos, sin que las piadosas mujeres pudieran arrancarla de sus brazos, ni fuesen bastante á consolarla las atenciones y caricias de las Hermanas de la Caridad, que habían salido á incautarse de ella.

Todo inútil: sobre tan triste escena dejábase oir la infantil vocecilla de Rosita, exclamando anegada en lágrimas:

—¡Madre mía de los Desamparados!... ¡Madre mía de los Desamparados!... ¡Madre mía de los Desamparados...!

Digitized by Google

Aquella fervorosa y triple invocación llegó indudablemente al trono de la Reina de las madres y amparo de los huérfanos, porque en aquel momento, un coche de lujo, que tirado por dos yeguas soberbias se dirigía al galope á la capital, recibió de su dueña orden de hacer alto junto á las lugareñas y á la huérfana, cuyos lamentos escitaron la compasión de la rica señora.

Bajó del coche y, enterada de cuanto ocurría, previas las formalidades consiguientes, prohijó á Rosita, la cual pasó de repente, por intercesión de María de los Desamparados, de la miseria á la opulencia, y de la puerta de un hospital á un palacio.

¡Feliz Rosita, que supo invocar tan oportunamente á la Reina de las madres y amparo de los huérfanos!

Digitized by Google

VIII

EL FONDO DEL PLACER

Cansado niño inocente
de contemplar una rosa,
la acarició con el dedo
escondiéndole en sus hojas;
y una abeja que en el cáliz
de la rosa miel libaba,
le picó en el dedo al niño
al sentirse molestada.
Le gusta al dolor de flores
rodearse en su sepulcro,
que del placer en el fondo
el dolor se encuentra oculto.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

IMPENITENCIA DE LORO

ERASE un loro charlatán y sin seso, como todos los loros. Repetía con facilidad suma las frases que se pronunciaban en su presencia; encariñábase, sobre todo, con la última muletilla llegada á sus oidos.

Su amo, realista por convicción y enemigo sistemático del parlamentarismo y de la charla, para librarse de las cantinelas incesantes del loro, recluíale desde muy temprano en el balcón más excéntrico de la casa, que daba precisamente á la plaza de la Constitución.

En dicha plaza los ciudadanos jugaban á los soldados; allí se reunía para hacer el ejercicio y pasar

Digitized by Google

pomposa revista la milicia nacional, y aquél, por último, era el centro de las liberalescas expansiones populares. Nada bueno, por lo tanto, pudo aprender desde su elevada tribuna el loro de mi cuento.

Poco á poco se contagió pues de la epidemia liberticida y aprendió á gritar, sin ton ni son y á todas horas:

—¡Viva Riego!... ¡Viva Riego!... ¡Viva Riego!

Advertido por el realista, dueño del loro, tan feo vicio, se desató en improperios contra la parlera y liberal ave, la encerró en el cuarto más obscuro de la casa, y de un golpe la privó de libertad y de todo trato á la vez; pero el testarudo loro continuaba gritando sin cesar desde su cárcel:

—¡Viva Riego!... ¡Viva Riego!

Entonces el realista lo sitió por hambre, suprimiéndole el chocolate matinal, que hacía las delicias del loro, y condenándole á alimentarse sólo de pan y agua.

Ni por esas: enflaqueció, se puso triste y mantudo, arrastraba las alas, y casi no podía tenerse en pie; pero apenas se le dirigía la palabra, con voz cavernosa y arrastrando las erres, contestaba:

—¡Viva Rrriego!...¡Viva Rrriego!

Con tan duros castigos se puso á morir y por falta de fuerzas, sin duda, se echó un punto en el pico y dejó de hablar y gritar por completo.

Compadecido su amo del pobre pájaro moribundo, le sacó cierto dia al balcón de la plaza para que

Digitized by Google

tomase el sol y el aire, y allí quedo asombrado y moviéndose perezosamente en su jaula.

Pero, como los españoles mudamos de gobiernos lo mismo que de camisas, había cambiado la situación política, y en la plaza, ya no de la Constitución, sino Real, pasaban revista y hacían el ejercicio los realistas, como antiguamente los nacionales.

Oir nuestro loro pasos acompasados y ruído de armas, y prorrumpir en su ¡Viva Riego! favorito y mortecino, todo fué uno.

No pudo sufrir la insolencia cierto realista exaltado, y le descerrajó un tiro á quemarropa, quedando destrozada la jaula y muerto en el acto el loro testarudo, impenitente y charlatán.

Tal suele acontecer á los hombres tercos y voluntariosos, que se agarran á sus defectos como la ostra á la roca, y oyen como quien oye llover las correcciones y advertencias.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

LOS DOS MANCOS

PARA el católico, un Dios personal y providente gobierna el universo mundo, regulando mediatamente por leyes físicas ó inmediatamente por un acto libérrimo de su voluntad soberana, hasta los hechos más triviales, de manera que sin su permiso no se mueve la hoja en el árbol. Pero la Providencia Divina, que se cierne sobre los acontecimientos todos, no siempre se manifiesta de manera ostensible, premiando lo bueno y castigando lo malo en este mundo, para que no se ponga en tela de juicio la vida futura, vida de reparación y justicia absolutas, durante la que cada cual llevará su merecido. De aquí que el insensato niegue á Dios en su corazón insipiente, y hasta el

Digitized by Google

católico tibio prescinda en sus cálculos mundanos del factor importantísimo de la Providencia. Esto no empece, para que el dedo de Dios se vea y hasta se palpe por creyentes y hasta por incrédulos en casos excepcionales, aunque no raros, durante los cuales parece que Dios se complace en patentizar su intervención soberana, demostrando que la *casualidad* es una palabra hueca, completamente exenta de razón y sentido.

Así aconteció en el siguiente hecho rigurosamente público en una villa de cierto país, cuyos nombres callo por respeto á las personas que en él intervinieron, y porque mi propósito no es mortificar á nadie, sino referir un hecho verídico, ejemplar y extraordinario.

***

Erase en la villa dicha un pobre manco y cojo á la vez, que al andar bailaba con la pierna y pie izquierdos, y exhibía su contrahecha, rígida, dislocada é inmóvil mano derecha, sin poder utilizar ni aquél ni ésta para nada. Manco y cojo de entendimiento era también un poco el pobrecillo, y tenía además la costumbre de pronunciar á cada paso la muletilla: *Es un decir... es un decir...*, frase con la que daba contestación cumplida á cuantas preguntas se le dirigían. Añádase á lo dicho que era honrado, pacífico, inofensivo, menesteroso, y se com-

Digitized by Google

prenderá por qué el pueblo todo le compadecía y respetaba. Tantas desventuras reunidas en una sola persona ablandan los corazones más empedernidos.

La regla anterior tenía, no obstante, en la villa su excepción nada honrosa. Un joven de malas entrañas se gozaba en remedar al pobre manco, cojeando como éste cojeaba, y colocando su brazo y mano derecha en la misma postura contrahecha, rígida, torcida é inmóvil que le era habitual al manco. No contento con tan repugnante farsa, saludaba siempre al desgraciado con la frase *Es un decir... es un decir...* y le perseguía haciendo el manco y el cojo en su presencia. Insulto tan continuado y procaz exaltaba al pacífico manco, hasta el punto de morderse rabioso la mano seca en presencia del agresor. Las gentes lo tomaban á broma, reían la farsa, proseguía el insulto, y el infeliz manco repetía con frecuencia:

—Es un decir... es un decir, que á nadie tengo rabia más que á ese granuja.

Con el tiempo, el tifus se desarrolló en la villa, figurando la del joven maleante entre las casas invadidas. Llegó á haber en ella dos ó tres enfermos graves, y no se sabe si tuvo también el tifus aquel desalmado. Lo que sí es público y notorio en el pueblo de mi historia, que terminada la epidemia, por las calles del lugar se veían constantemente dos mancos y cojos á la vez, estampa física, aunque no moral el uno del otro, pues los dos cojeaban y bai-

Digitized by Google

laban del pie izquerdo, y los dos exhibían torcida y manca su mano derecha. El primero era honrado, pacífico é inofensivo, y el segundo gozaba, por el contrario, de pésima reputación, tanto, que tuvo que huir á mendigar fuera del pueblo, mientras que el burlado, convertido de repente en burlador, se quedó en su lugar natal repitiendo:

—Es un decir... es un decir... qué justo castigo del cielo.

Se necesita estar ciego para no ver en este hecho verídico la acción de la Providencia, que nos obliga á exclamar á veces: *Dei digitus est hic.*

Digitized by Google

XI

¿QUÉ ES LA GUERRA?

Un pastor, rústico é ignorante como todos los pastores, pero con sus puntos y ribetes de bellaco, lamentábase amargamente en la puerta de su choza, desde donde apacentaba su reducido ganado, de lo mucho que había perdido con la guerra.

—¡Pobres ovejas mías (exclamaba el pastor), que se os han ido comiendo de una en una los lobos de los soldados! ¡Pastos verdes y lozanos hoy pisoteados y marchitos por la caballería y la artillería! ¡Cómoda y pacífica cabaña mía, por la guerra desmantelada!

—¿Tú sabes acaso lo que es la guerra?—le preguntó un viajero que á la sazón pasaba por el camino y oyó los lamentos del pastor.

Digitized by Google

—Demasiado que lo sé, señor,—contestó el pastor.

—¿Qué es, pues, la guerra?

—Deme usted algo, y se lo diré.

—Toma una peseta.

—Necesito dos.

—Tómalas.

—No tengo bastante.

—Toma tres.

—¡Ay, señor! Deme usted siquiera un duro.

—Tanta curiosidad tengo de oirte que allá va el duro.

—Es poco, señor.

—¡Tunante! ¿Cómo que es poco?

—Dos duritos lo menos.

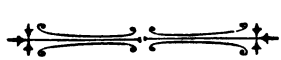
—¡Canalla! ¿Te estás burlando de mí?

—Tres duros, vengan tres duros.

El viajero ya no pudo contenerse, enarboló el bastón, y cuando lo iba á descargar sobre las espaldas del pastor, éste le detuvo impasible diciéndole:

—Aquí tiene usted la guerra, señor. Estúdiela, que no es más ni menos que esto.

El viajero se alejó pensando que el bellaco del pastor tenía razón.



Digitized by Google

XII

TIC-TAC

Tuvo la amabilidad de visitarme el Cura-párroco de un pueblo próximo al mío: después, para despedirle, le acompañé paseando fuera del lugar hasta que montara en su modesta cabalgadura, y por el camino se suscitó entre ambos la conversación que sigue:

—Es lo cierto que vivimos en pleno naturalismo, y de esta herejía universal estamos impregnados todos, los católicos inclusive.

—No diré yo tanto, D. Manuel, porque gracias á Dios, y sobre todo en los pueblos pequeños, se cree á puño cerrado en lo sobrenatural.

—Pues, amigo señor Cura, en las grandes ciudades, en esos centros que se llaman á si mismos

Digitized by Google

emporios de ciencia y de cultura, lo sobrenatural tiene la virtud de excitar, por lo menos, la sonrisa incrédula, ya que no la franca y blasfema carcajada.

—Usted es pesimista.

—No, señor; yo me trato con gentes de todo pelaje, y conozco cuanto por el mundo cunde.

—Pues no me lo explico, porque lo sobrenatural, ahora como siempre, y casi me atrevo á decir ahora más que nunca, no solamente se vé, sino que se palpa.

—Por lo visto, señor Cura, son muchos los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no quieren tocar con ellas.

—Eso sucedía también en tiempo de Jesucristo. ¡Cuántos presenciaron sus estupendos milagros, y no creyeron en él! ¡Cuántos, no sabiendo cómo explicar aquellos prodigios, atribuíanlos al poder de Belcebú! Pues lo mismo sucede ahora: para creer se necesita el auxilio de la gracia divina, no basta presenciar milagros, porque la fe es una virtud sobrenatural.

—Convenido, pero atmósfera de incredulidad como la presente, no creo que se haya respirado nunca en el orbe cristiano.

—Es que hay muchos católicos de pico nada más, protestantes prácticos, pues se imaginan que basta estar bautizados para salvarse, que dicen que creen, pero no obran en consonancia con sus creencias.

Digitized by Google

—Tan cierto es que no sabemos hacernos superiores á la atmósfera de incredulidad y de naturalismo que todos respiramos, que no es difícil tropezar por esos mundos con católicos cuya fe en lo sobrenatural es tan débil ó está tan muerta, que siempre que oyen hablar de algún prodigio se sonríen; no lo niegan, ni lo combaten de frente, pero evitan la conversación como peligrosa. Nunca nombran á los ángeles ni á los demonios, esto mucho menos; jamás atribuyen sus propias tentaciones al diablo (¡Ave María Purísima! ¡qué disparate!); culpan á lo sumo al mundo y á la carne, pero al demonio... ¡jamás! ¿Qué es esto más que neto y herético naturalismo vergonzante?

—Verdaderamente; pero no lo entiendo, pues la divina Misericordia parece que, compadecida del incrédulo mundo moderno, está echando el resto en materia de milagros; y lo sobrenatural, no solamente se ve, como decía antes, sino que se palpa y se presenta esplendoroso como nunca á la consideración del creyente de nuestros días. ¿Quién no conoce y hasta ha podido presenciar por sí mismo esa interminable serie de milagros, operados por la intercesión de María Inmaculada desde 1858 hasta la fecha en la gruta de Lourdes? ¿No ha leído usted lo que refieren estos días los periódicos de un lienzo de Nuestra Señora de los Dolores, ó de la Piedad como dicen los italianos, que llora visiblemente en la ermita de Campocaballo, parroquia de San Sabino,

Digitized by Google

cerca de la ciudad de Ossimo y en las inmediaciones de Loreto? Y sin salir de nuestra patria, bien pocos días hace que la prensa valenciana (incluso esa que ahora se llama *neutra*, sin duda porque no quiere tomar parte ni con Dios ni con el diablo, ni con el uno ni con el otro, en la gran batalla), viene refiriendo la instantánea curación de una paralítica de las manos en la capilla de la Virgen de los Desamparados.

—Todo lo que usted quiera; pero esos relatos se reciben á beneficio de inventario, y el que más, se sonríe y calla; que no faltan personas dispuestas siempre á ponerlos en música, sin tomarse siquiera la molestia de averiguar el hecho, por la razón suprema y preconcebida de considerarlo imposible.

—Son dignos de lástima.

—Y diga usted, señor Cura: en su ya larga carrera ¿no ha presenciado usted algún hecho prodigioso que venga en corrobación del orden sobrenatural?

—Uno nada más, pero temo que usted se burle de lo ocurrido y por mí mismo presenciado.

—¿Ve usted como todos respiramos el ambiente malsano del naturalismo, y en todos influye más ó menos?

—Por la misericordia de Dios, ni usted ni yo hemos dudado nunca, y paso á referir lisa y llanamente lo que ocurrió en mi parroquia, hace algunos años.

Digitized by Google

—Se lo agradezco á usted mucho.

—Pues señor, y no va de cuento, se me presentó un día una pobre viuda, que vivía sola en su casa, diciéndome: «Señor Cura, yo no puedo continuar viviendo en mi casa.—¿Por qué, mujer?—Porque me tienen aterrorizada ciertos ruídos que todas las noches me asustan y roban el sueño.—¿A estas alturas se descuelga usted, creyendo en duendes, brujas, ruídos y hechicerías?—Yo no creo en ninguna de esas cosas, señor Cura; pero le aseguro á usted que aquellos ruídos no pueden ser cosa buena.—Cosa de ratones ó gatos.—Le digo á usted que no.—Ó algún vecino mal intencionado que se divierte con el miedo de usted.—Menos todavía: quisiera que los oyera usted mismo, porque no me llega la camisa al cuerpo, y si esto sigue doy sin remedio en la hoya.—¡Vaya! pues venga usted mañana á confesarse y déjese de historias.»

Se confesó efectivamente y cesaron los ruídos durante unos días; pero al poco tiempo se presentó otra vez la viuda en mi casa, más aterrorizada aun que al principio, y rogándome que fuera por la suya. Fuí allá, pasé con ella largo rato esperando los ruídos misteriosos, que nunca llegaban; me levanté para marcharme atribuyendo á su exaltada imaginación los supuestos ruídos, á fin de tranquilizarla; me rogó, por Dios y por todos los Santos, que me esperara un poco más; y de repente sonaron dos ruídos en el cuarto próximo, el uno en

Digitized by Google

el techo y como si fuera metálico, que hacía *¡tic-tac!*, y el otro profundo é imponente, que hacía *¡pum!* en el pavimento. A nadie ni nada que pudiera explicar aquellos ruídos encontramos en el cuarto; nadie ni nada en el desván superior y nadie ni nada en la planta baja ó piso inferior. Pasamos á casa del vecino, que por cierto estaba enfermo y en cama, y lo encontramos con la misma alarma que nosotros, por efecto igualmente de aquellos extraños ruídos, que para él sonaban hacía tiempo en la casa inmediata. Todo se reconoció y registró inútilmente. Volvimos al cuarto misterioso y repetidas veces oí por mí mismo y sobreponiéndome á toda alucinación acústica, con cierto pavor es verdad, los consabidos *¡tic tac!* arriba y *¡pum!* abajo. «Por las entrañas de Cristo, señor Cura, exconjure usted la casa», me rogó la dueña. Entonces pronuncié yo estas palabras: «En nombre de Dios y como ministro suyo, aunque indigno, te mando que si eres algún espíritu, bueno ó malo, manifiestes qué es lo que deseas por medio de alguna señal clara y sensible.» Y en el acto sonó el metálico *¡tic-tac!* en pequeña arca de pino que en uno de los rincones del cuarto estaba. Como movidos por el mismo resorte, la mujer y yo volvimos los ojos hacia la arquilla. «¿Qué tiene usted ahí?» pregunté á la viuda. «Véalo usted mismo, señor.» Abrió el arca y encontramos dentro el testamento de su difunto marido y unos dineros. «¿Dejó acaso

Digitized by Google

alguna manda piadosa?—Léalo usted, señor Cura.» Lo leí, y efectivamente, el difunto encargaba á su viuda que, después de su muerte, mandara decir una novena en sufragio de su alma. «¿Ha cumplido usted el encargo?—No, señor; ¡como soy tan pobre!...—Pues ¿y esos dineros?—Para un por si acaso de apuro.—Pues, hija, ¡qué más apuro que el presente!» Mandó decir la novena y cesaron completamente los ruidos y la intranquilidad de aquella viuda infeliz. Conque aquí tiene usted, Don Manuel, un caso más, un indicio nuevo, si usted quiere, del orden sobrenatural.

Aunque histórico, como fácilmente pudiera demostrarlo citando nombres propios de personas y lugares, figura el anterior relato en este MANOJICO DE CUENTOS, porque únicamente la Iglesia puede dar carácter real á los hechos sobrenaturales, previo el oportuno expediente y decisión canónica.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIII

CABECITA DE AJO

ERASE una niña tan chiquita, tan rechiquitita, que abultaba poco más que una cabeza de ajo, y de aquí el apodo que los demás chicuelos la colgaron por burla.

Hasta sus mismos padres servíanse también del mote dicho, llamándola *Cabecita de ajo* por aquí, *Cabecita de ajo* por allá, sin acordarse de que, al bautizarla, ellos mismos suplicaron al Párroco que pusiese á la niña el hermosísimo nombre de María.

No contentos con esto, continuamente echaban en rostro á la pobre, que los pequeños para nada sirven porque nada producen, motivo por el cual nunca la encomendaban quehacer alguno.

Digitized by Google

Cierto día notó *Cabecita de ajo* que su madre se daba á todos los diablos por sus muchas y pesadas ocupaciones domésticas, y porque se aproximaba la hora de tener que llevar la comida á su marido, que labraba un pegujal del matrimonio á bastante distancia del pueblo.

La malhumorada mujer dió, al fin, de mano á lo más perentorio, aparejó la burra, colocó un seroncillo sobre la albarda, y acomodando la comida en los cujales del serón, quiso partirse en busca de *su hombre*, como ella decía. Al efecto, probó á montar en la burra á fuerza de saltos y respingos; pero la falta de ayuda y de estribos, hicieron inútiles y hasta ridículos sus intentos, y aumentaron su mal humor, que desfogaba echando sapos y culebras por aquella boca.

—Madre, yo iré;—dijo *Cabecita de ajo* al ver tan fuera de tino á la que le dió el ser.

—¡Qué has de ir tú, muñeco!

—Sí, madre, que yo puedo ir montada y usté no: métame usté en una oreja de la burra y verá qué ricamente voy.

—¡Ja, ja, ja! Y el caso es que dice bien este muñeco.

—Sí, madre; yo haré todo lo que usté mande.

—Pues anda, hija, anda: llévale la comida á tu padre, comes con él, y te vuelves con la burra.

Dicho y hecho: colocó á *Cabecita de ajo* dentro de una de las descomunales orejas de la burra; ató

Digitized by Google

el ronzal al cuello de la jumenta, le arreó un par de palos, y la burra salió pitando, digo rebuznando y diciendo para sus orejas: ¡qué animal es mi ama, mejorando lo presente!

Por el camino cuantos veían la burra sin conductor, con la cesta de la comida en un cujal y la bota en otro, acercábanse á echar un trago ó á coger comida, diciendo:

—Esta burra va sola.

—No va sola, no va sola—decía *Cabecita de ajo* con su vocecita atiplada, desde el fondo de la oreja.

Los transeuntes retrocedían asustados, no tocaban nada, y huían como alma que lleva el diablo.

De esta manera, la burra que conocía perfectamente el camino, llegó al pegujal, y una vez allí, la niña comenzó á dar voces desde el fondo de la oreja, gritando:

—Padre, paadreee, sáqueme usté, aquí vengo.

—¿En donde, Cabecita de mis pecados?

—En la oreja de la burra.

—¡Caracoles!

Allí estaba en efecto: la sacó, comieron juntos y como después de comer ni un sobrescrito leer, el labrador se acostó sobre un ribazo y se durmió.

Cabecita de ajo quiso demostrar prácticamente que también ella servía para regir el arado, se aproximó á los bueyes, empuñó la esteva y como no quería arrancar la pareja, tomó el aguijón y para pincharles se acercó tanto, que uno de los bueyes

Digitized by Google

ladeó el rabo, y... puso á la niña hecha una perdición.

Los chillidos de *Cabecita de ajo* despertaron á su padre, el cual corrió primero á socorrerla y la echó después un trepe de padre y muy señor mío; pero como la cosa ya no tenía remedio, la llevó al río próximo, la lavó detenidamente y la puso á secar al sol, por último, sobre una rama de ennhiesto álamo, que dominaba el vecino matorral de juncias y sargales.

Poco después, reuniéronse debajo del álamo y en lo más espeso del bosquecillo, un capitán de ladrones y su cuadrilla, para repartirse el producto de su último robo. Hicieron tantos montoncitos de dinero cuantos eran los ladrones, y el capitán, con voz terrible, decía tocándolos:

—Éste para tí, éste para tí, éste para tí... y éste para mí.

—¿Y para mí, que no hay nada?—preguntó de repente *Cabecita de ajo* desde el álamo.

Quedáronse los ladrones sin gota de sangre en las venas, registraron el matorral, miraron en todas direcciones, y como á nadie vieron, se sentaron otra vez para continuar el reparto.

—Éste para ti, éste para ti, éste para tí... y éste para mí.

—¿Y para mí, que no hay nada?

Nuevo susto y nuevo registro, salpicándolo con imprecaciones y juramentos; pero, como no encon-

Digitized by Google

traban ni veían á nadie, ni aquella vocecilla se asemejaba á las de este mundo, los ladrones acabaron por reirse de su alucinación, hija del miedo y prosiguieron su reparto.

Por tercera vez oyeron todos la frase de *Cabecita de ajo* y los ladrones huyeron despavoridos, sin cuidarse ni aun de recoger el botín, que esparcido estaba sobre el césped.

Cabecita de ajo llamó entonces á su padre y cargando en la burra lo abandonado por los ladrones, padre é hija regresaron á su casa más contentos que unas castañuelas. Entre las alhajas recogidas había una jarra de oro.

Cierto día, uno de los bandoleros, disfrazado de mendigo, se presentó pidiendo de beber en la puerta de *Cabecita de ajo* y como ningún cristiano niega el pan y el agua á nadie, *Cabecita*, que era vanidosa, dió de beber al postulante en la jarra de oro.

El ladrón conoció en seguida la jarra, la muchacha conoció al ladrón y recelando alguna mala partida, no quiso acostarse aquella noche. Efectivamente, los ladrones creyendo que todos dormían en la casa, intentaron recobrar lo perdido descolgándose por la chimenea.

Cabecita de ajo que lo tenía todo dispuesto y los esperaba, apenas comenzó á descolgarse el primero y le vió bajar pendiente de una soga que sostenían los demás, encendió una buena hoguera,

Digitized by Google

y el ladrón que se quemaba comenzó á jurar y á pedir socorro, le subieron á escape sus cofrades y huyeron todos por los tejados como perros con maza.

De esta manera probó *Cabecita de ajo* que también los pequeñuelos y humildes sirven de mucho y en ciertos casos hacen lo que no harían los grandes.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Digitized by Google

XIV

LA VENGANZA DE UN PERRO

El hombre, por antonomasia llamado rey de la creación, debiera dar siempre lecciones á las criaturas todas, y ocurre con frecuencia, sin embargo, que los súbditos aleccionen al soberano. ¡Menguada soberanía la de la humana razón, que tiene que avergonzarse á veces ante ciertos actos animales puramente instintivos!

Tal acontece en el presente caso, histórico hasta en sus más pequeños detalles, que para enseñanza de algunos paso á referir.

Pues señor, y no va de cuento, un joven de malas entrañas, natural de San Fernando, tenía un perro, grande y viejo, del cual quería deshacerse ahogándole en el rio Luján. Embarcose al efecto con el pobre perro condenado á muerte, en una canoa, alejose de la orilla, amarró una piedra grande al cuello del animal, y lo arrojó al rio.

Digitized by Google

Desapareció el perro en las profundidades de las aguas; pero el instinto de la propia conservación le hizo luchar á brazo partido con la piedra que le sumergía y le anegaba, consiguió al fin desprenderse de ella y, durante tan desesperada lucha, subía á veces á la superficie para zambullirse en seguida y desaparecer debajo de las aguas, hasta que quiso Dios que flotase por completo y se aproximara gozoso á la canoa. Se apoderó la ira del empedernido joven, y con el remo descargó rudo golpe sobre la cabeza del noble animal con fuerza tanta que, volcándose la canoa, perdió el equilibrio, cayó al agua, y desapareció en las profundidades.

Entonces cambió la escena por completo, convirtiéndose de cruel en sublime. Los que desde la orilla presenciaban el vergozoso pujilato, vieron cómo el perro fidelísimo se zambulló en el acto hasta el fondo del río, con los dientes agarró de las ropas á su verdugo, y bregando sin cesar y exponiéndose veinte veces á ser arrastrados ambos por la corriente, llegó al fin á la orilla, y depositó en tierra á su cruel amo, sano y salvo.

Tal fué la venganza que tomó aquel perro de un hombre que momentos antes había hecho rudos esfuerzos para ahogarle.

El natural instinto dá lecciones á la razón perturbada, y casos hay en que se avergüenza uno de ser hombre.

Digitized by Google

XV

EL PAJARO Y LA GOTA DE ROCÍO

Entre el follaje verde
de un árbol, escondido,
del día en los albores
cantaba un pajarillo.
Inmóvil, dirigía
al cielo, en su retiro,
el pájaro los ojos,
silbando dulces *píos*.
Después hinchaba el cuello,
y océanos de trinos,
de notas y gorgeos
llovían de su pico.
¡Qué tiernas melodías!
¡Qué cántico divino!
Movióse leve brisa,

Digitized by Google

y el joven arbolillo,
meciendo rumoroso
sus frescos atavíos,
dejó caer al suelo
brillantes de rocío.
Hirió de la avecilla
el ojo cristalino
del líquido una gota,
y triste el pajarillo,
dejando albergue ingrato,
huyó despavorido.

Así, niños amados,
el mundo en el bullicio
de cantos y placeres,
de locos desvaríos,
derrama gota amarga
que en fruto desabrido
convierte los más dulces,
sabrosos y exquisitos.

Digitized by Google

XVI

EL DOBLÓN DE CINCO DUROS

IERTA viuda desventurada, con dos hijos de pocos años, hambrientos y medio desnudos, pedía limosna sobre las gradas de la puerta de una Iglesia, en calle muy céntrica de la capital.

En vano imploraba la caridad públi. ca con acento que partía el alma. Gentes piadosas entraban y salían continuamente por la puerta del templo, sin reparar en la pobre viuda que no se atrevía á importunarles con lamentos exagerados; ni obligaba nunca á sus niños á que siguiesen y aún persiguiesen á los muchos transeuntes, que con paso acelerado, iban y venían sin cesar.

Así pasó el día y avecinábase la noche, sin que aquellas criaturas hubiesen probado bocado. Su des-

Digitized by Google

fallecimiento era tan grande, que apenas tenian alientos para decir al oído de su madre, confundiendo los tres sus sollozos en un solo lamento:

— ¡Madre, pan... pan... pan!...

—Por Dios, hijos, callad, que me matáis de pena.

—¡Tenemos hambre!

—¡Dios nos asista!

En aquel momento pasó por delante del grupo y acera abajo, un joven elegante, de agradable aspecto y marcial continente. Iba muy de prisa; pero la pobre viuda, aterrada por la proximidad de una noche sin amparo, dijo á sus hijos:

—Corred tras ese caballero joven, y pedidle por amor de Dios una limosna.

Los andrajosos niños no se hicieron repetir la orden, y descalzos de pie y pierna y con lágrimas en los ojos, corrieron detrás del joven gritando:

—Una limosnita, por Dios, caballero; una limosnita.

Sin detenerse y sin mirarlos casi, el elegante joven puso una moneda en la mano de uno de los niños, y prosiguió su marcha.

Volaron estos á entregar la moneda á su madre, la cual advirtió con asombro que era un doblón de cinco duros.

Se levantó inmediatamente, y aunque sus fuerzas eran escasas, corrió y corrió detrás del caritativo joven.

—Caballero (le dijo) sin duda se ha equivocado

Digitized by Google

usted, y en vez de cinco céntimos, acaba usted de dar á uno de mis niños cinco duros.

Tomó el joven la moneda que la pobre le presentaba, y reconociéndola dijo:

—Efectivamente, me he equivocado...

A la vez miraba con curiosidad y sorpresa á la pobre mujer. Tanta honradez, y desprendimiento tanto en una mendiga, le sorprendieron.

Tuvo un buen impulso y en vez de cambiar la moneda de oro por otra de cobre, entregó los cinco duros á la viuda diciéndola:

—Antes me equivoqué, es cierto; pero ahora entrego á usted este doblón con toda mi alma, y siento no poder recompensar mejor acción tan generosa.

Supóngase cuán grande sería la alegría de aquella madre, que al retirarse con las veinticinco pesetas en la mano, llevaba qué comer á sus hijos para veinticinco dias.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

EL SANTO MOLINERO

ROVERBIAL es la codicia de los molineros de los lugares, respecto á los cuales se ha dicho: «de molinero cambiarás, pero de ladrón no escaparás.» Y antójaseme que tan pícara tendencia en clase tan respetable procede de la ocasión que, como es sabido, hace al ladrón, y de ninguna manera de la corrompida naturaleza humana, pues en este último caso nos encontramos todos los hombres, y no había para qué ensañarse con los molineros, tan necesarios á las sociedades bien regidas, por lo menos, como el pan nuestro de cada día. Procede el mal de que teniendo la mano en la masa se enharinan, aunque no quieran, y hasta se equivocan de costal inocentemente, co-

Digitized by Google

mo acontecía con aquel pastor que le gritaba á su compañero desde el alto del monte, mientras el otro pastoreaba en la hondonada:

—Chico, ¿de qué pan hago sopas, del tuyo ó del mío?

—Del tuyo mismo, porque con el viento no se oye.

Cosa análoga les ocurre á los molineros cuando el dueño del trigo que muelen no está delante. Con el ruído del molino no oyen que donde quiera que la cosa se encuentre por su dueño clama, y maquilan sin compasión, dejando los costales temblando.

Aconteció, pues, en cierto lugar que no hay para qué nombrar, que todos los molineros saltaban, tarde ó temprano, del molino del pueblo por..... aficionados á la harina ajena; hasta que ya quiso Dios compadecerse de aquellos lugareños, deparándoles un molinero que tenía *gracia* por haber nacido un Jueves Santo por la tarde. Y así como, en uso de su libérrimo derecho, nuestro gracioso hombre hubiera podido dedicarse á curandero, saludador, apóstol ó político de los que hoy se estilan, si á mano viene, quiso dedicarse á molinero, é hizo perfectamente, porque de su harina salía un pan como unas hostias y nadie le mojaba la oreja en eso de la maquila, operación que, como todos los campesinos sabemos, consiste en quedarse un tanto de harina por fanega del trigo que se muele.

Digitized by Google

Tan concienzudamente maquilaba nuestro molinero, que lejos de disminuir la harina de los costales, aumentaba con asombro grande de sus dueños, y dueñas especialmente; las talegas todas regresaban á casa más llenas que cuando iban al molino, y tanto y tanto se repitió el prodigio, que las buenas gentes de aquel lugar dieron en decir que el molinero era un santo, pues de otra manera no se concebía que creciera la harina de cuantos molían en su molino, y prosperase á la vez la hacienda del molinero. Continuamente se está viendo lo contrario, sobre todo en ciertas naciones mal regidas: crece y crece como la espuma la hacienda de los gobernantes, pero baja y baja hasta los abismos de la bancarrota la Hacienda nacional, y es que sin duda no son santos, como el molinero de mi cuento, los hombres hoy día llamados á regir el mundo, es decir, á llevar el agua á su molino.

Prodigios tan continuados conquistáronle al molinero la canonización popular en vida, de manera que á muchas leguas en contorno designábasele por el Santo Molinero á secas, sin que nadie tuviera que preguntar de qué molinero se trataba; pero como también los santos mueren, cátense mis cándidos lectores con que le tocó la vez al Santo Molinero, y se despidió de sus parroquianos para siempre sin tomarse la molestia de pedirles perdón, ni de restituirles un polvillo tan sólo de harina. Un río se podría formar con las lágrimas

Digitized by Google

derramadas por aquel vecindario en obsequio de tan santo é irreemplazable varón; el pueblo entero acudió á las Casas Consistoriales para discutir la manera de honrar á difunto tan prodigioso, y todos convinieron en que era poco enterrarle en el camposanto como á los demás mortales. ¿En la ermita de San Roque? Poco también. ¿En la iglesia parroquial? Todavía no era bastante para santo tan grande, que hacía crecer la harina. ¿Qué haremos, pues? se preguntaban unos á otros indecisos, cuando uno de los presentes aconsejó que, puesto que había una mula ciega en el pueblo, se colocara el ataúd del Santo Molinero sobre la mula y se la abandonase á su propio instinto para que de esta manera quedase claramente manifiesta la voluntad de Dios respecto al enterramiento de aquel siervo suyo.

Así se hizo, y el pueblo entero, procesionalmente y llorando á lágrima viva, marchaba detrás de la mula, la cual recorrió á su antojo medio lugar y la mayor parte de los alrededores, hasta que, muerta de cansancio ó de hambre, hizo alto junto á un nogal secular de hueco tronco, que no lejos del molino lucía su soberbio ramaje. Denominábanle en el pueblo la noguera de la cueva, y en esta cavidad metió la mula la cabeza con insistencia tanta, que la comitiva entera entendió que aquel nicho natural era el destinado por la Providencia divina para guardar los restos mortales del Santo Molinero.

Digitized by Google

Dos braceros robustos procedieron en seguida á desenrunar la cueva del nogal para disponer convenientemente la sepultura del molinero; pero ¡cuál no sería el asombro de aquellas benditas gentes, cuando de entre los escombros vieron salir pedazos numerosos de talega, reconocidos en el acto por sus antiguos propietarios, que ponían de manifiesto la truhanería del hasta entonces tenido por santo! Claramente se veía allí el dedo de Dios, que no podía consentir aquellos honores tributados á un bribón; porque mientras se molía el trigo, el farsante del molinero cortaba los costales que llevaban á su molino, y quitándoles medio palmo al uno y palmo entero al otro, según las dimensiones del saco, volvía á coser el recipiente, y, claro, sobraba harina para el molinero y para el prodigio imaginario.

Indignado el pueblo, arrojó el cadáver del supuesto santo á un muladar en castigo de sus rapiñas, y quedó probado otra vez, por supuesto siempre con honrosas excepciones, el refrán consabido: «De molinero cambiarás, pero de ladrón no escaparás.»

Y para que el lector malicioso no diga que es comento, como me lo contaron se lo cuento.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVIII

MI PRIMERO Y ULTIMO CIGARRO

L prurito de hombrear antes de tiempo, pone á los niños en el caso de desobedecer á sus padres y maestros, cometiendo á la vez tonterías mayúsculas, que hacen reir unas veces y llorar otras. Pero entre todas ellas ninguna tan digna de censura como la costumbre de fumar que, aunque no dañe á la salud, sobre lo cual podría discutirse mucho, perjudica por lo menos al bolsillo y ocasiona suciedad y molestias grandes al fumador y á cuantos le rodean. Para que no incurran, pues, los niños en tan feo vicio, bueno será que lean el siguiente diálogo histórico que tuvo lugar en mi presencia:

—¿Quiere usted un habano?

Digitized by Google

—Gracias, no fumo.

—Cosa rara, en verdad. ¿Y no ha fumado usted nunca?

—Una sola vez, siendo muy niño.

—Le haría á usted daño...

—Precisamente.

—Pues yo creo que el fumar es higiénico, distraído y placentero.

—Yo opino todo lo contrario; pero, sin meterme en honduras, oiga usted lo que me sucedió cuando apenas contaba yo nueve años. Mi padre fumaba como un carretero... se entiende, respecto á la cantidad, pues en cuanto á la calidad prefería lo mejor de lo mejor, tanto que abundaban en casa los cajoncitos de habanos. Mis hermanos mayores fumaban también; pero nunca delante de mi padre. Desde mi infancia, el cigarro tuvo para mí los atractivos todos de lo vedado y la seducción imitativa. También yo quería hombrear, fumando como mi padre y mis hermanos; pero temía ser descubierto y castigado con azotes, medio educativo que no ha cabido nunca en mi cabeza, porque si el padre quiere que sus hijos no fumen, lo primero es predicarles con el ejemplo. La tentación, sin embargo, fué creciendo precisamente por el mal ejemplo que me daban mis padres y hermanos; se apoderó de mí poco á poco, y cierto día, que mi padre dejó abierto uno de los cajones de su despacho, no pude resistir ya más y, temblando como el que por pri-

Digitized by Google

mera vez comete un hurto, tomé un habano y una caja de fósforos y corrí á consumar el sueño dorado de mi infancia al lugar más recóndito y excusado de la casa. Me costó gran trabajo encender el puro; pero, á fuerza de gastar fósforos, y chupa que te chuparás, logré al fin que ardiese, y me estremecí de piés á cabeza con la primera bocanada de humo que penetró, no en mi pecho, sino en mi boca y narices. Hice de tripas corazón y seguí fumando: á la tercera ó cuarta succión, el picor que comencé á sentir en la epiglotis me produjo tos tan continuada y violenta, que lloraba y reía á la vez. Estuve á punto de arrojar el puro; pero pensé que aquello era indigno de quien, aunque muñeco, aspiraba á ser tan hombre como el que más, y continué rabiando y chupando. Chupa que te chuparás el maldito cigarro, comencé á sentir desfallecimiento, vahídos, náuseas, asco y hasta vergüenza de mi mismo. Arrojé el puro al sumidero y salí, pálido como la muerte, y tambaleándome como un borracho. Lo estaba en efecto, y el mal rato y bochorno que pasé ante toda mi familia, no se han borrado aún de mi memoria y han sido y serán siempre para mí el preservativo mejor contra el vicio del cigarro.

Que escarmienten, pues, los niños en cabeza ajena para que no fumen nunca, ni por gusto, ni por hacer el hombre.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIX

PALITROQUES

Tal era el apodo de una pobre vieja que, obligada por la miseria y para preservarse del intenso frío que reina como señor absoluto en los montes de donde era natural, veíase precisada á rebuscar leña por sí misma; y como le faltaban fuerzas para hacerla en los pinos y demás árboles del bosque, no tenía más remedio que limitarse á arrancar matas secas, recogiendo á la vez cuantos palitroques encontraba al paso dentro y fuera del lugar.

—¿Adónde va usted, buena anciana, con el cierzo que corre y la nieve que cubre los campos?

—En busca de palitroques, para no helarme de frío y comer algo caliente, señor.

Digitized by Google

—¿Tan pobre es usted que hasta leña le falta en un país que no da de sí otra cosa?

—Más de lo que usted se figura. Ya tengo setenta años, y me encuentro sola en el mundo; mire usted: primero se murió mi hombre, que era trabajador y honrado como el que más; luego dos hijos que de él tuve, como dos soles; después han ido cayendo poco á poco todos mis parientes, hasta los más remotos, y aquí me tiene usted sin más amparo que el del cielo, manto tan grande que á todos nos tapa, y el de las buenas almas, que nunca faltan en el mundo.

—¿No tiene usted absolutamente nada?

—Nada, señor; digo, sí, me queda la casuca en que vivo, que parece una corte.

—¿Por lo grande y hermosa?

—Al revés, señor; aquí decimos corte á lo que en otras partes llaman pocilga ó gorrinera.

—¡Infeliz!

—No diga usted herejías, señor; ¿por qué soy infeliz?

—Por nada, por nada; más vale que se conforme usted con su suerte.

—Mucho que me conformo, sí, señor; y no pasa día sin que dé infinitas gracias á Dios, porque no me ha abandonado un momento en vida ya tan vieja.

—Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que desea usted hoy, y á qué ha salido de casa con tiempo tan infernal?

Digitized by Google

—Deseo únicamente que me deje usted recoger palitroques en su cerrada, debajo de sus nogales.

—Ya lo sabe usted para siempre: debajo y encima de mis nogales, y en todas mis fincas, recoja usted cuanta leña seca le haga falta.

—Dios se lo pague á usted, señor: ¿vé usted como soy la mujer más feliz del mundo? ¿Ve usted como no tengo motivos mas que para dar gracias á Dios día y noche?

Y se marchó tan campante y agradecida en busca de un cesto para llenarlo de *palitroques* (como ella repetia hasta la saciedad, de donde el apodo con que la designaba todo el pueblo), es decir, de palitos secos de nogal, los cuales fué rebuscando de uno en uno entre la hojarasca y la nieve, como quien busca arenillas de oro en el cauce de río seco y aurífero.

Colmado que tuvo el cesto de leña menuda, lo colocó sobre su cabeza y se dirigió gozosa á su corte, pues para ella lo era efectivamente. La puerta de la calle ajustaba pésimamente de puro carcomida, y daba paso, no solamente al cierzo helado, sino también á los gatos todos de la vecindad, que entraban y salían en casa de la tía Palitroques como Pedro en su casa. La escalera, derrengada y obscura, daba miedo y parecía querer derrumbarse sobre el atrevido que ascendía por ella. El hogar, muerto por falta de combustible, pero limpio y sin carbones y cenizas por adorno. El ajuar todo de la

Digitized by Google

espetera reducido á media docena de platos y peroles, viejos y hasta desportillados, pero no roñosos. La casa habitable consistente en la cocina y un cuartucho próximo que servía de dormitorio, y todo á este tenor.

La tía Palitroques dejó caer en el suelo la canasta colmada de leña, respiró descansando con satisfacción suma, mientras envolvía en cariñosas miradas su tesoro de palitroques, armó con un puñado de éstos un montoncito hueco en el centro de la losa, pasó á casa de una vecina en busca de tizón encendido, con el cual pegó fuego á la leña de nogal, que comenzó á sudar agua primero, á despedir humo abundante después, convirtiéndose por último, y á fuerza de soplar con la boca la dueña de la casa, en llama consoladora que llenó de calor y de luz á la vez cocina tan negra.

La pobre vieja desentumeció sus ateridos miembros al calorcillo amoroso de aquella llama vivificante, puso un puchero con agua á la lumbre, cortó unas rebanadas de negro pan echándolas en un perolillo, roció las sopas con mísero chorrito de aceite, escaldó con el agua hirviendo del puchero el contenido del perol, y no creo que se haya comido nadie en el mundo plato más gustoso y deleitable que las sopas que, por toda cena, se tomó aquella noche la nervuda anciana.

Rezó de rodillas junto al fuego sus oraciones, apagó la lumbre, y sin miedo á indigestiones ni á

Digitized by Google

rateros, se metió en su pobre cama, olvidándose de cerrar la puerta de la calle, pero durmiendo á pierna suelta y de un tirón toda aquella eterna y fría noche de invierno, como únicamente duermen los justos y los pobres.

Sabidos todos estos particulares por persona caritativa del pueblo, quiso recompensar la conformidad cristiana de la tía Palitroques, á cuyo efecto la regaló una gran canasta de leña seca y menuda en Nochebuena, á fin de que festejara el nacimiento del Niño Dios.

Los aspavientos que la tía Palitroques hizo, y las repetidas y cordiales gracias que dió al verse entrar por sus puertas aquella bendición de Dios en forma de colmado cesto de leña, no son para referidos. Quiso desocupar en el acto la canasta para devolvérsela á su dueño; pero se opuso el fámulo mandadero, advirtiendo que su amo la regalaba también el cesto con todo su contenido, y la vieja quedó sola en su corte admirando tanta riqueza.

Vació la leña, y ¡cuál no sería su regocijo y asombro al ver salir del fondo del cesto panes, castañas, higos, una orza de manteca, y hasta un pedazo de jamón!

—¡Bendito y alabado, qué aguinaldo! ¡Bendito y alabado, qué aguinaldo!—clamaba sin cesar la tía Palitroques, no sabiendo apartar los ojos ni las manos de tan ricos comestibles.

Digitized by Google

Sesenta veces alzó los brazos al cielo, y tan grande fué su regocijo que, desaparecida la sorpresa y el asombro, se puso á bailar como una chicuela en torno del aguinaldo, que permanecía aún en el suelo, y á cantar alborozada:

Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto
Y á las doce ha de parir.

—

¡A vivir!
¡A vivir!

—

Y parirá sin dolores
Al divino Chiquitín,
Que, aunque nazca en un establo,
De la extirpe es de David.

—

¡A vivir!
¡A vivir!

—

Ya ha parido; el coro angélico
Se escucha cantando allí:
¡Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al hombre, sin fin!

—

Digitized by Google

¡A vivir!
¡A vivir!

—

Y los pastores volando
Abandonan su redil,
Para postrarse de hinojos
Ante el rubio Querubín.

—

¡A vivir!
¡A vivir!

—

También vinieron los Magos
De su lejano país,
A ofrecerle incienso y mirra
Y hasta el oro del Ofir.

—

¡A vivir!
¡A vivir!

—

Por eso esta pobre vieja
Arrodillada ante Tí,
Señor de cielos y tierra,
Te pide en gracia morir.

—

¡A vivir!
¡A vivir!

—

Digitized by Google

Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de sufrir,
Que el Redentor ha nacido.
¡Viva el Niño, y á vivir!

Digitized by Google

XX

MUERTO DE... MIEDO

León Valiente era más medroso y cobarde que un manso cordero. ¡Antifrasis chocante de los nombres propios! Éste se llama Cándido, y es un bribón de tomo y lomo; ese Rubio, y es moreno como la pez; aquél Amador, y es misántropo; el de más allá Bienvenido, y al nacer ocasionó la muerte á su madre, etc., etc. Con razón dicen los franceses que el nombre no *hace* la cosa.

Pero León no tenía toda la culpa de su miedo casi instintivo.

Desde muy niño, su madre, su nodriza y cuantas mujeres le rodearon, dominaban al pobre León con el coco, los fantasmas, los diablos, los muertos

Digitized by Google

y los aparecidos. La tierna criatura temblaba, como la hoja en el arbol, al solo anuncio de semejantes espectros; se refugiaba en el seno materno, huía de las sombras, aterrábale la oscuridad, y veía visiones por todas partes en plena luz del medio día.

Las desatentadas mujeres, que poco á poco fueron infiltrando en sus venas el virus medroso, se reían de su propia obra, y hacían befa de los temores infundados de León.

Su maestro de instrucción primaria quiso curarle tan arraigado espanto por medio de consejos oportunos, reflexiones discretas y pruebas concluyentes.

—León, si bajas á la cueva, te doy una peladilla.

—Querido León, una peseta he dejado sobre la mesa de mi cuarto: si subes de noche y sin luz por ella, para tí.

Todo inútil: la educación doméstica que recibía el niño contrarrestaba los bien intencionados esfuerzos del maestro para curarle, y León no daba un paso de noche á oscuras y solo, por todos los dulces de Jauja, ni por las riquezas todas del Potosí.

Sin embargo, miedoso y todo, llegó León á la mocedad, se casó, é hizo vida común con su suegro. Este señor madrugaba mucho, levantándose en todo

Digitized by Google

tiempo al amanecer, y para no molestar á sus hijos, salía quedo á la calle y se iba á misa del alba.

Cierta mañana, León oyó ruído sospechoso, y como soñaba siempre con ladrones, se arrojó de la cama, tomó el revólver, que, como todos los miedosos, tenía siempre cargado sobre la mesilla de noche, lo amartilló y, á ciegas y á tientas, se puso á recorrer la casa. Tropezó al poco rato con su papá político, que á oscuras se dirigía á la puerta de la calle para marcharse á misa, y fué tan grande el susto que causó á León aquel encuentro, que el revólver se le escapó de la mano, cayendo al suelo y disparándose con tan mala suerte, que hirió en una pierna al pobre viejo.

Atemorizado León con los lamentos de su suegro, y creyendo de buena fe que lo había muerto, corrió á la calle y emprendió tan desatentada fuga, que en pocos minutos se plantó á gran distancia del pueblo.

El espectro de la cárcel y aún del patíbulo no se apartaban un punto de su imaginación medrosa y calenturienta. Se propuso ganar la frontera, y cruzando montes y barrancos, sin entrar en poblado más que á deshora y sólo cuando el hambre ó el frío le acosaban, durmiendo en lo más recóndito de los bosques y esquivando, sobre todo, el encuentro con la Guardia civil, llegó á un pueblo próximo á la frontera, enclavado en los Pirineos.

Entró en el lugar al anochecer, pidió limosna, y

Digitized by Google

como de costumbre, León se retiró á un monte vecino para comer los mendrugos de su pordioseo y dormir el sueño de los infortunados.

Ya se disponía á convertir en alcoba el rincón menos duro y más oculto de aquel magnífico bosque de hayas, cuando divisó ciertas luces, que, procedentes del pueblo, avanzaban en aquella dirección.

¡Santo Cristo bendito! Indudablemente le buscaban y venían á prenderle. No apartó un momento la vista de aquellas fatídicas antorchas que avanzaron primero por el camino, dejándole al poco rato para internarse en el bosque, y á la luz de sus siniestros resplandores, parecióle á León que desfilaban procesionalmente y canturreando. Una procesión en despoblado y á tales horas, ¡imposible! Buscando de aquí para allá, se encaminaron al fin los exploradores hacia el retiro de León. Este puso piés en polvorosa y huyó aterrado; pero las antorchas le seguían y avanzaban, murmurando ó rezando frases misteriosas. León hizo un supremo esfuerzo y se detuvo jadeante, miró con el rabillo del ojo á sus perseguidores y la sangre se le heló en las venas al distinguir entre luces, por las siluetas que proyectaban, á dos guardias civiles.

Petrificado de espanto, ya no supo como huir,

Digitized by Google

ni hacia dónde. Una idea luminosa le ocurrió de repente, y como gato perseguido y sin tocar casi en el tronco, colgándose de las ramas más bajas, escaló un roble corpulento, y se escondió en lo más intrincado de su copa.

Entre tanto, la fúnebre comitiva recorría y exploraba el bosque en todas direcciones, pero sin alejarse del añoso roble que á León Valiente servía de refugio. De pronto rodean todos el árbol misterioso, y una voz fatídica exclama:

—¡Alto, señores; aquí!...

León Valiente se creyó descubierto y perdido, irremisiblemente perdido. En tono imperioso, dijo la misma voz:

—¡Podeis bajarle!

Al oirlo, León estuvo á punto de morirse; pero sacó fuerzas de su propia flaqueza, y con acento agonizante dijo:

—Yo bajaré.

Frase sencillísima, que produjo dispersión general en los de las antorchas, los cuales huyeron despavoridos por el monte, tropezando aquí y cayendo allá, hasta que se refugiaron todos en el pueblo, del cual habian salido.

El asombro y satisfacción de Valiente, que presenciaba la fuga desde su garita vegetal, no tuvieron límites; recobró el aliento; se tranquilizó poco á poco; ojo avizor esperó largo rato, y convencido, por último, de que no volvían sus perseguidores,

Digitized by Google

se decidió á volver á su primera y mullida cama de césped y comenzó á bajar del roble, con mil precauciones.

Lentamente descendia por el lado opuesto al de su ascensión, cuando al descolgarse de una rama quedó abrazado á un cadáver que pendía del roble, y fué tan instantáneo y tan grande el susto, que León Valiente cayó al suelo muerto... de miedo.

Al siguiente día, pertrechados con armas y conjuros y yendo al frente de ellos el Cura, el alcalde y toda la guardia civil de aquel puesto, acudieron al robledal los vecinos del pueblo próximo, y en vez de un cadáver hallaron y recogieron dos: el de León Valiente, víctima de su miedo cerval, y el del ahorcado, convecino suyo sin ventura, que había utilizado el corpulento y escondido roble para suicidarse, y en busca del cual salieron la noche precedente, avisados por un pastor.

Tal fué el fin desastroso del cobarde sin rival León Valiente.

Y colorin colorado, este cuento se ha acabado.

Digitized by Google

XXI

UN ESTILISTA DE ALTO VUELO

AMINÁBAMOS por el fondo de una de esas gargantas, por entre las cuales los torrentes murmuradores, riachuelos cristalinos, y ríos más ó menos caudalosos, se retuercen sobre el duro lecho del barranco, protegidos á derecha é izquierda por dos murallas de peñascos, cuyas atrevidas cumbres se perdían en las nubes, imponiéndose á nuestras miradas atónitas con su peso y volumen incalculables.

Y dijo el estilista:

—Pero, hombre, mira, mira qué *moluscos!*

—¿En dónde, en dónde?

—Pues á derecha é izquierda: ¿no te asustan esas *moles* de granito?

Digitized by Google

—¡Ah!... ya: no las había visto.

Proseguimos la marcha, declinaba el sol, y en aquellas hondonadas parecía más tarde de lo que realmente era.

Y dijo el estilista:

—¿Qué hora *posees*?

—Pues nada más *poseo* las cuatro.

Seguimos caminando, salimos de la garganta, y al pasar por una casa de campo en construcción, adornada de andamios y rodeada de materiales de todo género, pero en cuyas obras no trabajaba operario alguno, exclamó mi amigo el estilista:

—No comprendo este *paralelismo*, porque al fin y á la *postre* hoy no es día de fiesta.

—¿Pero en dónde está el *paralelismo*? Tampoco te comprendo.

—¡Qué torpeza literaria! Digo que por qué estarán *paralizadas* esas obras.

—¡Ah!... ya: pues porque hoy no convendrá al dueño que trabajen.

—¡Vaya una salida de *don Pedro* Grullo!

—¿Y quién era ese señor?

—Todo el mundo le conoce, menos tú.

—La verdad, chico, no le había oído nombrar.

—Pues no dirás que ese mozo no tiene estatura *atlántica*.

—¿Cómo *atlántica*?

– Hombre, sí, que viene de raza de *atletas*.

Digitized by Google

—Claro, como que está hecho un brazo de mar.

—Parece que estás guasón esta tarde...

—En cambio tú estás hecho *un estilista de alto vuelo*.

—Es que conozco mejor que tú las elegancias del idioma de Cervantes.

—Ya lo oigo.

Nuestro estilista de alto vuelo ni sospechó siquiera que hasta los *moluscos* de la imponente garganta riéronse aquella tarde, á mandíbula batiente, de su ignorancia y pretensiones ridículas; pero se picó lo bastante para estudiar detenidamente la primera carta que me escribió contra el nuevo Ayuntamiento de su lugar, documento literario que merece archivarse, y que, á la letra, dice así:

«Sr. D. A. B. y C.

»Muy señor mio, de mi singular aprecio y más altanera consideración: quiero darte cuenta al menudeo, para que lo trompetee la publicidad, de las bendiciones que ha de depararnos el nuevo Concejo de esta villa, aunque no Corte.

»Incoloro Municipio en localidad elegido á arduos y múltiples asuntos de competencia resolver en consecuencia á abandono de partes beligerantes; incrustados Concejales minoría en terinómetro de incompatibilidades físicas y extravecinales, reclamadas y negadas, y en mayoría de irregularidades en conocimientos; tomaron posesión de gefatura para regir patrios lares en bienio correlativo.

Digitized by Google

»Actos primeros administrativos sobre policía en estercoleros y farol en plaza pública, limpieza de calles y fregaderas y empedrado de acera á individualidad única; hicieron concebir de pronto á vecindario providencias tales chasco mayúsculo atendidas capacidades gubernamentales; pero pronto perdió aquel prematuras ilusiones en su presión de guardería rural, único sereno, placero farol, címbalo anunciatorio de agrícolas faenas y horas relojeras de Torre principal enmudecidas.

»A pujos tales administrativos de guarderil supresión, cabe rejolgorio de campesinos rateros y ganadería; en vida doméstica, en oficinas, públicos actos autoritatorios, establecimientos de enseñanza y religiosas funciones, el caos por falta de metálica lengua en orden de horas relativas á cada caso: pútridos miasmas de estercoril fermentación, baches por doquier y hoyos de desempedradas calles con aguas encenagadas, harán aspirar deletéreas emanaciones en indiferentismo de higiénica policía. Si no da reloj para qué sereno, si no sereno para qué alumbrado; lógicas consecuencias que á vecindario obligan provisión de mágicas linternas á prevenir caídas y traspiés en oscuridades nocturnas de precisa salida de hogares.

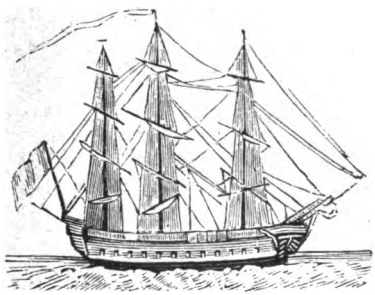
»Suprimida partida de representación municipio en fiestas civiles y la de Patronos, como también gastos de vecinales trayectos en venidero presupuesto; dígame V. si es preferible vivir en el

Digitized by Google

Congo, no ya en una cabeza de partido, norma y modelo que ser debía de subalternas limítrofes localidades.

»Se despide hasta otro día suyo,—*X*».

Me resta decir que el autor de aquellas frases y de esta carta es licenciado en Derecho civil y canónico, aunque no ejerce, y está firmemente persuadido de que es uno de los mejores estilistas de España.



Digitized by Google

Digitized by Google

XXII

EL SUSPIRO DEL HUÉRFANO

Cabe la fresca orilla
de arroyo cristalino,
un plátano se alza
frondoso, verde, altivo;
y á un pájaro siguiendo,
que en él oculta el nido,
subí de rama en rama
del plátano al retiro.
¡Cuán bien allí sentado
se estaba suspendido!
¡Qué alegre murmuraba
bajo mis piés el río!
¡Qué ramas tan galantes!
Al verme allí escondido,
sus hojas me besaban,

Digitized by Google

y á guisa de abanico
de aire perfumado
llenaban el asilo.
Del sol, con cortinaje
verdoso y amarillo,
solícitas quebraban
los rayos ofensivos.
Llegaba la avecilla,
metíase en su nido;
de rama en rama luego
saltaba en torno mío;
de un vuelo lejos iba;
después con un granito
volvía al nido amado,
y cuatro abiertos picos,
piando, sus cabezas
tendían hacia el trigo.
El pájaro llevaba
por turno á cada hijo
un grano, una semilla,
á veces un mosquito;
y luego jugueteaba
con otro pajarillo,
que oculto en la enramada
del árbol, con sus trinos
decíale á su amado:
«Ven pronto, dueño mío.»
La brisa entre las hojas
movía suave ruído;

Digitized by Google

del agua la frescura
llegaba al dulce asilo;
chillaban en su cuna
implumes pajarillos,
los padres al reclamo
volando de sus hijos;
y sólo de mi pecho
salió triste suspiro,
que sólo yo carezco
de padres y de nido.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIII

EL PERRO CAPITAN

Pues señor, el perro de mi cuento, por mal nombre Capitán, era un perrazo grande como una ternera recien nacida, y negro como los malos pensamientos. Su pelo, largo, lustroso y ensortijado, su boca negra como de lobo, su pupila del mismo color, y su cola, larga, sedosa y arrollada, pregonaban que Capitán pertenecía á esa raza legítima de perros de Terranova, tan apreciada de los apasionados por la especie canina.

No era éste, sin embargo, su principal mérito. Capitán, educado pacientemente por su amo para ciertos oficios, servía de criado fiel y diligente como pocos. Recogía los pañuelos y bastones que con intención dejaba su amo al levantarse, y paseábase

Digitized by Google

orgulloso ostentándolos en la boca hasta que era requerido muchas veces para entregarlos. Su habilidad en la materia llegó á ser tanta, que el dueño de Capitán le confiaba diariamente la compra de la carne, entregándole al efecto una cesta con el importe dentro.

Asía la cesta con los dientes y, sin detenerse, ni consentir que nadie se atreviera á mirar continente ni contenido, marchaba Capitán á la carnicería y, aunque abundara la gente, dejaba en el suelo la cesta, y anunciaba su llegada ladrando.

—¡Hola, Capitán, ahí estás tú?—decía el carnicero.

Capitán vigilaba entre tanto la cesta y los dineros, mirando en torno airado y gruñendo sordamente, hasta que recogía una y otros el carnicero, única persona á quien Capitán dejaba tomar la cesta. Por los dineros que encontraba dentro inducía el carnicero la cantidad de carne que el amo de Capitán quería, la pesaba y, envuelta en un papel ú hoja de col, la metía en la cesta y la entregaba á Capitán.

Entonces el hermoso perro sujetaba fuertemente con los dientes el asa de la cesta, levantaba la cabeza, y emprendia ese trote perruno, tan corto como rápido, no deteniéndose por nadie ni por nada, y presentándose momentos después, orgulloso, en casa de su amo.

Las diabluras que con Capitán hacían los chi-

Digitized by Google

quillos y aun los grandes del barrio para robarle la cesta, los dineros ó la carne, impidiéndole el cumplimiento de su encargo, no son para contadas.

Todo inútil: Capitán se portaba siempre como bueno, rechazando amenazador las agresiones y burlando habilidoso las artimañas.

Perrazo tan terrible era en cambio un cordero retozón, cuando de jugar se trataba. Corría como un gamo, saltaba como una cabra, mordía sin herir, y hasta aguantaba que en él montasen los muchachos, que en cambio le inferían despiadados tirones de cola y orejas.

¡Cuántos hombres cumplen menos exacta y diligentemente que Capitán sus encargos y deberes!

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIV

LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

ERASE un Emperador muy poderoso, allá en las regiones doradas donde el sol nace y se crían las perlas, el oro y los brillantes.

Y sin embargo, ni el oro con sus facilidades extraordinarias, ni el imperio con sus satisfacciones numerosas, ni la adulación, carga inherente al oficio de cortesano, tuvieron virtud bastante para distraer á Su Majestad Real é Imperial, que se moría de tristeza.

Los magos, sacerdotes de Esculapio en aquel país, declararon á la postre que únicamente sanaría el augusto enfermo en el caso de que llevase por algún tiempo la camisa de un hombre feliz.

Numerosos emisarios partieron al punto en

Digitized by Google

busca de la milagrosa camisa. Inútilmente recorrieron el vasto imperio de Oriente á Occidente, desde el Septentrión al Mediodía, preguntando por un hombre feliz para despojarle de su camisa. Toda alcurnia, sexo y edad fueron blanco de sus pesquisas, y ni el palacio soberbio del magnate, ni la casa modesta del propietario, ni el pobre hogar del artesano, ni el tugurio misérrimo del mendigo presentaron á sus ojos anhelantes lo que buscaban.

Quién más, quién menos, todos los interrogados se lamentaban de su suerte, y el hombre feliz no parecía.

Desalentados y cariacontecidos disponíanse los emisarios á regresar á palacio sin la camisa salutífera, cuando inopinadamente dieron de manos á boca con un pordiosero regocijado y locuaz, que se decía feliz.

—Pero, hombre, ¿eres completamente feliz?

—Completamente.

—¿Sin tener sobre qué caerte muerto?

—Precisamente por eso mismo. Como nada poseo, ni nada ansío, vivo sin penas ni temores, libre por completo de preocupaciones y trabajos.

—¡No pasarás pocos pordioseando!

—Absolutamente ninguno. Cómo el pan de la caridad que, aunque duro, siempre es barato y sabroso; bebo agua corriente y cristalina en la primera fuente ó arroyo que se me presentan por delante; duermo á pierna suelta y cuando tengo sueño

Digitized by Google

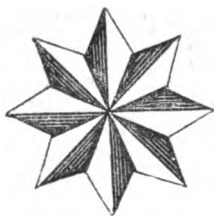
en donde la noche me coge, y se me da un ardite del universo mundo, de todos y de todo.

—¡Este es nuestro hombre! ¡Este es nuestro hombre!—exclamaron á una los emisarios del Emperador.

Se arrojaron sobre él para despojarle de la prenda milagrosa, tan recomendada por los magos; pero ¡oh desventura! por no tener nada, aquel mendigo ni tenía, ni llevaba camisa.

Inútil es añadir que el Emperador oriental se agravó poco á poco, y, menesteroso de felicidad, murió al fin de melancolía.

Esto os probará que no habita la felicidad en este mundo.



Digitized by Google

Digitized by Google

XXV

LA BRUJA

QUIÉN no ha oído hablar de brujas, magos, hechiceros, duendes, trasgos y demás seres misteriosos, sobrenaturales casi, con cuyos hechos estupendos alimenta su fantasía el pueblo de todas las edades y naciones? Cuando casi tocamos con la mano el siglo XX y las sociedades todas se encuentran saturadas de escéptico racionalismo, la superstición impera todavía en el mundo y, ¡cosa al parecer contradictoria, pero lógica en el fondo! la superstición suele estar en razón directa de la impiedad; y es que el corazón humano no palpita si no cree, y cuando no cree en el orden sobrenatural verdadero, se forja uno caprichoso y cree en todo género de falsedades y de

Digitized by Google

aberraciones. Nada de particular tiene, por lo tanto, que á pesár de la continua acción docente y conminatoria sobre el asunto de la Iglesia, ciertos campesinos ignorantes crean todavía en brujas y saludadores.

La Iglesia católica ha reconocido siempre dos clases de magia: la magia blanca, reducida á fenómenos de habilidad, prestidigitación y fantasmagoría, que naturalmente se explican con ó sin aparatos ingeniosos, magia que es completamente lícita; y la magia negra ó demoníaca, cuyos actos, no solamente son inexplicables, misteriosos y sobrenaturales, sino que claramente se presentan en contradicción con el orden natural conocido y superando todas las fuerzas físicas de que tiene noticia el hombre. A esta clase de magia pertenecen los aparentes milagros operados por Simón el Mago, de que nos habla el sagrado texto, y la magia negra ha sido, es y será siempre condenada por la Iglesia. Casos de esta naturaleza son tan excepcionales, tan poco frecuentes, que el clero católico condena sin cesar las hechicerías y supersticiones, conminando con las penas eclesiásticas á los que creen en ellas. Sin embargo, ni las continuas predicaciones de la Iglesia, ni la influencia más ó menos eficaz del racionalismo imperante, han podido arrancar del pueblo la creencia en brujas y saludadores, que son las que más resisten.

Por eso en cierto poblacho Aragonés, que no

Digitized by Google

hay para qué nombrar, muchos eran los que tenían por bruja rematada á la tía Ligoria, vieja miserable que venía luchando contra semejante sambenito, tan mortífero como invisible, durante las dos terceras y últimas partes de su ya larga existencia. ¿En qué se fundaban sus convecinos para ponerla en la elevada categoría de bruja?

Primero: en su aspecto físico, pues era alta, delg da, huesuda, apergaminada, rugosa, jorobada casi, gangosa en el decir, temblona en el moverse, de boca grande, inerme y hundida, de nariz aguileña con lunares pilosos, y tan descomunal, que se acercaba á la reluciente barbilla todo lo posible como para darle un beso; añádase á lo dicho que vestía como de limosna, es decir, de la manera más extravagante, y gastaba retorcido garrote para apoyarse. En presencia de semejante estampa, ¿quién no se sobrecoge algún tanto, aunque no crea en brujas? Cosa singular: en ninguna parte del mundo se han visto jamás brujas jóvenes, guapas y ricas.

Segundo: en las historietas que reservadamente y de oído en oído se contaban de la tía Ligoria, con tal insistencia y difusión tal, que las conocía todo el pueblo, menos la infeliz interesada; referiré algunas.

Desde luego era general creencia que la tía Ligoria *hacía mal de ojo,* y se vengaba terriblemente de cuantos intentaban causarla daño; su trato con ella era, por lo tanto, pestífero, y había que

Digitized by Google

evitar á toda costa el uso de los cacharros en que ella comía ó bebía. A este propósito se contaban numerosas y graves enfermedades que no habían tenido otro origen, cada una de las cuales resultaba un semillero de disgustos para la vieja. Fregaba su modesta vajilla, en el río, una rapaza de catorce años, desmadejada y enfermiza á todas luces; pasó por allí la tía Ligoria muerta de sed y se la ocurrió pedir de beber á la joven; vaciló ésta hasta ponerse á temblar, pero el miedo á males mayores la decidió al fin á complacer á la Bruja; llenó de agua la más roñosa y desportillada de sus tazas, y la entregó á la vieja. Por supuesto, apenas desapareció la tía Ligoria, rompió la taza su dueña; pues nada, á pesar de precaución tan discreta, la muchacha siguió cada vez más enferma, empeorando empeorando, hasta que se puso á morir. Naturalmente, ¿cómo había de estar buena si le había hecho mal la tía Ligoria al beber en la taza?; era inútil llamar al médico, pues únicamente la causante de la dolencia podía curarla; de esta manera opinaban muchas de las comadres del pueblo con insistencia y comentarios tales que, cuando el padre de la enferma se preparaba para ir á consultar el caso con el curandero, no tuvo más remedio que cambiar de rumbo, y haciendo de tripas corazón, pues no las tenía todas consigo respecto al poder omnímodo de la Bruja, presentóse en casa de la tía Ligoria y entabló con ella el siguiente diálogo:

Digitized by Google

—Ya pué usté suponer á qué vengo.

—Pues si no te explicas más, maldito si me ocurre... en qué puedo servirte.

—Demasiao que lo sabe usté; mi hija está mu malica.

—Lo siento mucho, pues es más rica que las pesetas, y no há mucho tuvo la caridá de dame agua.

—Ajajá, ajajá; ahí duele, y aquí te quería yo ver, escopeta.

—¿Que ahí duele? A mí no me duele nada, á Dios gracias.

—¿Entonces pa qué l' hizo usté mal?

—¿A quién?

—A mi muchacha.

—¿Cuándo y cómo?

—En el río, el día que le dió á usté agua en la taza.

—No digas desatinos, porque yo no puedo hacer mal á nadie con los ojos, y mucho menos en recompensa de una obra de caridá.

—Pues tó el lugar lo dice que usté l' hizo mal.

—Pues tó el lugar miente.

—Vamos, tía Ligoria, ú le güelve usté la salú á mi muchacha, ú le retuerzo á usté el pescuezo como á una gallina.

—Pero, animal, ¿te parece á tí que si yo supiera dar la salud á quien se me antojase habría enfermos en el pueblo?

—Es que tiene usté malas entrañas, y cuando la

Digitized by Google

emprende con uno no lo deja hasta que lo mete en el hoyo.

—Corriente, hijo, corriente; ¿qué quieres que haga con tu hija?

—Ponela buena nada más, y si no ya sabe usté lo que le he dicho: conque ¡al avío! y no hay más que hablar.

La infeliz tía Ligoria no encontró más salida al asunto que irse en busca del médico, consultar el caso de la joven enferma, y como éste le dijera que estaba opilada y que á fuerza de hierro podría curarse, para evitar qué el bruto del padre cumpliera sus amenazas, se fué á casa de la enferma, la mandó echar en un cántaro unos hierros oxidados y beber agua del cántaro á todo pasto, con lo cual se curó la rapaza, y se confirmó una vez más la general creencia de que era bruja, pues disponía de la salud y de la enfermedad á su antojo.

No faltaba en el lugar quien decía haber visto en sus mocedades á la tía Ligoria completamente desnuda, hasta sin camisa, manchada de sangre y montada en una marrana, lo cual era cierto y aconteció de la siguiente manera. Vivía entonces su marido, y los amigos de éste, que merendaban por turno, un día en cada casa, negábanse siempre á ir á la de la tía Ligoria, tanto por su repugnante aspecto, cuanto porque tenía fama de puerca. Llegaron estos rumores á oídos de la interesada, y se empeñó en demostrar lo contrario, haciendo el mondon-

Digitized by Google

go y los embutidos con limpieza nunca vista, á cuyo efecto, aprovechando una tarde la ausencia de su marido, se quedó en cueros vivos, y comenzó á mezclar la sangre con la pasta de los embutidos para que las morcillas salieran exquisitas; pero durante la operación le acometió cierto picorcillo cutáneo, y trompazo va y rascadura viene con las manos ensangrentadas, se puso hecha una porquería, peor aún que si hubiera reñido descomunal batalla con algura fiera. En esta disposición se encontraba, completamente sola en su casa, cuando oyó cantar por la calle, salmodiando, al cura y al sacristán del pueblo que conducían un cadáver al cementerio. La curiosidad, que ha perdido siempre á las mujeres, impulsó á la tía Ligoria y, sin considerar su estado impúdico, bajó al zaguán de su casa, entreabrió la puerta para ver pasar el entierro sin ser vista, y así las cosas se escapó una marrana que en el corral tenía, soliviantada por la operación de que había sido víctima el día anterior su compañero de glorias y fatigas el marrano, y se dirigió como un toro á la calle, enfilando por entrepiernas á la tía Ligoria y presentándola á caballo sobre el de la vista baja, y de tan lastimosa manera en medio del entierro. La comitiva se dispersó ante aparición semejante, y por más que el cura quiso explicar naturalmente el suceso, el vulgo atribuyó á brujería el casual accidente.

Persona grave aseguraba también que al regre-

Digitized by Google

sar una noche á altas horas al pueblo tropezó en las inmediaciones del castillo con la tía Ligoria, que indudablemente acudía á la cita de sus cofrades las brujas del contorno, tanto que momentos después oyó á todas juntas que con gran alborozo cantaban:

Con hachas de viento
quememos mortajas;
que arda el castillo
y hagámosle rajas.

De tal manera cundió la voz de estos y otros no menos estupendos prodigios, que la brujería de la tía Ligoria se convirtió en cosa juzgada y del dominio público, resultando para la vieja de esta fama inconcusa el provecho único de que ningún alcalde se atrevía á imponerle el menor recargo municipal, eximiéndola hasta de la contribución de consumos; pero ocupó la Alcaldía un mozo crudo y sin miedo, y contra el parecer de su mujer, que presagiaba desgracias sin cuento, embargó á la Bruja su modesto ajuar para pago de los atrasos concejiles, y como era natural y temía la alcaldesa, la tía Ligoria se vengó del temerario alcalde. Dormía tranquilamente con su mujer, cuando transformada en pajarraco de mal agüero se presentó en la alcoba la vieja, y aletazo va, y aletazo viene, llegó á atemorizar al alcalde, que no tuvo más remedio que defenderse con el rosario de la alcaldesa. Se lo echó

Digitized by Google

al cuello al pajarraco, lo derribó en tierra con este religioso auxilio, se levantó indignado y lo arrojó por la ventana á la calle. Todo esto soñó la primera autoridad municipal, entre congojas tales y puñetazos tantos á la alcaldesa, su mujer, que ésta se despertó sobresaltada, y sabedora del caso, demostró á su marido que los sueños no son sueños, sino realidades tangibles, parecer que confirmaron los sucesos, pues al día siguiente muy temprano supieron que aquella noche se había caído, escalera abajo de su casa, la tía Ligoria, quedando del porrazo magullada y medio muerta.

—Yo que la hubiese ahogado—decía el alcalde.

—No vendrían sobre nosotros las calamidades que nos esperan—contestaba la alcaldesa.

Y en efecto, aquel pobre matrimonio se arruinó con el tiempo, y todo el mundo sabía en el lugar que semejante ruina era producto de las maldiciones de la tía Ligoria, convertida en pajarraco, y de ninguna manera de los naturales desaciertos y contrariedades que tanto abundan en el mundo.

De aquí que la pobre vieja inspiraba de día en día horror más grande, sobre todo á los muchachos, que por una parte temblaban en su presencia, y por otra la perseguían á pedrada limpia y la insultaban, llamándola bruja y rebruja... por supuesto desde lejos.

Superstición tan contumaz, tarde ó temprano tenía que producir sus naturales consecuencias; y,

Digitized by Google

efectivamente, pidiendo limosna de casa en casa, se permitió la tía Ligoria, que tenía sed, echar un trago de agua en cierto botijo que al sereno estaba en la puerta de un alpargatero, el cual tenía á su joven esposa enferma. Aquel día empeoró la alpargatera, se agravó al fin, todos los remedios y medicamentos fueron inútiles y falleció, por último. No faltó en el lugar quien fuera al viudo con la historia del botijo, atribuyendo la muerte de la alpargatera á la bruja. El viudo consultó el caso con el señor cura, el cual intentó sacarle de su error con toda clase de razones y argumentos, recomendándole sobre todo que evitara el encuentro de la vieja para que no cayese en la tentación de inferirla algún daño; pero todo fué inútil. El viudo, que estaba perdidamente enamorado de su difunta, tropezó un día con la tía Ligoria, á la sazón en que, abocada, bebía agua en una de las fuentes del término, á cierta distancia del lugar, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se acercó cautelosamente, y con la larga aguja de su oficio, que siempre llevaba consigo, cosió á puñaladas á la infeliz vieja, dejándola muerta en el acto: tal fué el último de los amargos tragos de la supuesta bruja de mi cuento.

La causa se vió ante el Jurado, y el alpargatero fué condenado á cadena perpetua en castigo de su horrendo crimen, hijo de la superstición más estúpida.

Digitized by Google

XXVI

PERDIDA SEGURA

ERNESTO y Carmen, niños alegres, hermosos, sanos y obedientes, partieron con sus padres á pasar una temporada en cierta casa de campo de su propiedad, situada en despoblado y en país fresco, pintoresco y abrupto.

Levántase la casa dicha en el declive de una meseta, desde donde se domina toda la heredad, y la rodea un hermoso y pequeño parque, alfombrado de mullido césped y sombreado por copudas acacias y tilos gigantescos. Cercado está también el parque por rústica valla de madera no difícil de saltar.

En dicho parque se solazaban diariamente los

Digitized by Google

hermanitos Ernesto y Carmen, corriendo como gamos y saltando como cabritos.

—Jugad aquí cuanto queráis, hijos míos (decíales su madre); corred, saltad, sentaos en la pradera, id y venid por todas partes, pero cuidadito con saltar la valla, que hay mil peligros en el torrente próximo y en el vecino bosque.

—Descuide usted, mamá, que no saldremos del parque—contestaban los niños.

—No, hijos míos; los alrededores los recorreremos con papá los cuatro juntos.

Los primeros días, Ernesto y Carmen cumplieron fielmente su promesa: recorrieron el parque en todas direcciones, gozaron de los aires puros de la montaña y de la libertad del campo lo que no es decible, y rebosaban salud, tranquilidad y alegría por los poros todos de su cuerpo.

Acaeció, no obstante, que cierto día la niña, curiosa como mujer, preguntó al niño:

—¿Oyes? ¿Qué ruído es ese?

—Es el viento, que azota los pinos del bosque, y las ramas de los pinos que murmuran y se quejan.

—¿Y ese otro, allá bajo, allá bajo?

—Es el torrente, que ha crecido con la lluvia de ayer y se despeña rugiendo que es un gusto.

—¡Qué hermoso debe ser esconderse bajo la copa de los pinos cuando el vendaval los zarandea!

—Más me gustaría ver cómo se despeña el torrente en los abismos.

Digitized by Google

—¿Vamos, Ernesto?

—¡Quita allá! ¿No nos ha dicho mamá que no te nemos que salir del parque?

—Podemos saltar sin que mamá lo vea.

—¿Por dónde?

—Por la cerca que hay detrás de la casa.

—Tienes razón.

—¿Vamos, Ernesto?

—Pero... un ratito nada más: nos asomamos al torrente y nos volvemos en seguida.

—Corriente, y no hay que decir nada á nadie.

Triunfó, al fin, aquella Eva en miniatura, y el pequeño Adán ayudó á su hermanita á saltar la valla, saltándola él inmediatamente.

Fuera ya del parque, cogiéronse de las manos y recorrieron el bosque y las orillas del torrente en todas direcciones, con regocijo y ansiedad grandes. Por fortuna no dieron ningún mal paso ni acaecióles percance alguno. Regresaron sigilosamente al parque, saltaron la valla, aparentaron no haberse movido de allí, y cuando su mamá vino á buscarles, quedó sorprendida de su extraño aspecto.

Ernesto supo disimular menos que su hermana Carmen. El rubor de la vergüenza convirtió en un rosal su cara, fijó los ojos en tierra sin atreverse á levantarlos, y palpitó su corazón con violencia.

Entonces dijo la madre:

—Ernesto, alguna picardía has hecho.

—No, mamá.

Digitized by Google

—Te digo que sí; te lo conozco en la cara.

Dos llamaradas de sangre encendieron las hermosas mejillas del niño, y al mismo tiempo su hermana se puso extremadamente pálida.

—Decid la verdad—advirtió en tono enérgico y dulce á su vez la madre.

Ernesto no supo ni quiso mentir, y exclamó abrazando á la que le llevó en sus entrañas:

—Sí, mamá, hemos saltado la valla para asomarnos al torrente ahí cerquita; pero ni hemos perdido nada, ni nos ha ocurrido mal alguno.

—¡Ah! no; habéis perdido una cosa que vale mucho; todo por desobedecerme.

—No, mamá (se atrevió á decir Carmen), nada hemos perdido.

—Os digo que sí.

—Mira, mamá (añadió Ernesto vaciando sus bolsillos), aquí tengo mi pelota, aquí están los rosarios, aquí la cartera y el lápiz que me regaló usted, aquí... nada, absolutamente nada hemos perdido.

—Tampoco yo he perdido nada, mamá—añadió Carmen.

—Os digo que sí; habéis perdido una cosa importantísima, que difícilmente se recobra; habéis perdido la tranquilidad de la conciencia por haberme desobedecido; ¿no es verdad, hijos míos? Vuestra desobediencia, vuestra falta ¿no os ha producido verdadera confusión, vergüenza insoportable al verme llegar?

Digitized by Google

—Verdad es, mamá—dijeron los dos llorando.

—No lloréis, os perdono; pero tened entendido que siempre que se falta, siempre que se desobedece á los padres, á los superiores y á los maestros, la *pérdida es segura*, porque cuando menos se pierde la paz del alma.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXVII

EL VIEJO DE LA MONTAÑA

MILLARES de estrellas resplandecian aún en el obscuro cielo, como brillantes que tachonan inmenso manto de seda azul turquí, pero preparándose á esconderse eclipsadas por la aurora, que despuntaba por Oriente.

Dos pastorcillos, soñolientos y perezosos, con su zurrón á la espalda, el cayado en una mano y la cantarilla de barro para ordeñar las cabras en otra, salieron del lugar precedidos de otros tantos perros, que correteaban delante de sus amos, y encamináronse al monte. La noche anterior habian cerrado sus hatos de cabras y ovejas en la misma paridera.

Soltaron el ganado, y antes de que luciera por

Digitized by Google

completo el día, las ovejas rumiaban ya la fina y verde hierba de los valles, y triscaban las cabras por los peñascos, desflorando zarzales y estepas.

Comió el ganado cuanto quiso, hasta que la fuerza del sol obligó á las cabras á tenderse en la umbría debajo de los árboles y arbustos, y á las ovejuelas á formar pelotones apretados, escondiendo unas entre otras la inclinada cabeza.

Comprendieron los pastorcillos que era llegada la hora de dar sesteo y recogieron su ganado, cerrándolo en la paridera. Tomaron las cantarillas, que en un rincón estaban, ordeñaron las cabras hábil y pulcramente, taparon después las cantarillas con un manojo de florida y olorosa ajedrea, y encamináronse al lugár.

Al cruzar un barranco, les salió al encuentro el Viejo de la Montaña, anciano de blanca y larga barba, inclinado sobre su garrote por el peso de los años, y con voz suplicante y trémula les dijo:

—Pastorcillos, ¿me dáis un trago de leche, que me muero de hambre y de sed?

—No, señor, que nos zurrarán la badana nuestros padres si llevamos las cantarillas vacías.

—Os aseguro que las llevaréis llenas y muy llenas.

—Según lo que beba usted.

—Para matar la sed nada más.

—¿Y si se echa usted un trago grande, tan grande que nos deja las cantarillas secas y temblando?

Digitized by Google

—Nada de eso, amiguitos, nada de eso: un sorbo en cada una y basta... Además he aprendido mucho con los años y doy ciento por uno al que me socorre.

—¿De manera que no echarán de menos en casa la leche que usted se beba?

—Justo y cabal; pero con la condición de que no contaréis á nadie que ha bebido en vuestras cantarillas el Viejo de la Montaña, pues la mano izquierda no debe tener noticia de las buenas obras que hace la derecha.

—Corriente: beba usted pues.

Y los dos pastorcillos destaparon sus vasijas, se las entregaron por turno al Viejo, y éste se echó un buen trago de cada una, tapándolas en seguida con las matas de ajedrea, limpiándose los labios con la bocamanga, y alejándose diciendo:

—¡Dios os lo pague, muchachos, Dios os lo pague!

Los pastores regresaron al lugar temerosos y prometiéndose el uno al otro guardar el secreto.

Sus madres hicieron sopas de leche con la de las cantarillas para toda la familia; corrieron después los pequeños cántaros de mano en mano, bebieron todos hasta quedar ahitos, y nada, las cantarillas siempre llenas.

Al día siguiente hicieron cuajada, bebieron todos hasta tocarse la leche con el dedo, y nada, las cantarillas siempre llenas.

Digitized by Google

Al tercero dia, hicieron natillas de leche para todos, cada cual bebió después cuanta quiso, y nada, las cantarillas siempre llenas.

Los padres de los pastorcillos, sus familias, los vecinos, todo el lugar, en una palabra, comenzó entonces á hacerse lenguas de cantaritos tan prodigiosos, de los cuales manaba leche, como mana agua fresca y cristalina en las fuentes de aquellos montes; los pastorcillos no supieron callarse, contaron su feliz encuentro con el Viejo de la Montaña, los tragos de leche que le habían dado, y las promesas que les habia hecho.

Inmediatamente se secaron las cantarillas y nunca manó ya de ellas una sola gota de leche, para que entendieran aquellos niños charlatanes, que los consejos y mandatos de los padres, maestros y ancianos se han de poner en práctica sin discrepar un punto; que las obras buenas no deben trompetearse; que nunca se arrepiente uno de haber callado, pero sí de haber hablado; y que callando, callando, las cantarillas están siempre llenas de leche.

Digitized by Google

XXVIII

EL CANARIO Y EL VINO

Pues señor, tengo yo un canario tan amarillo, tan cantador y tan mono, que dificulto encontréis por esos mundos otro semejante, niños míos. Colocada su bonita cárcel sobre mi mesa, mientras yo escribo él canta que es una bendición: no he visto pájaro más inteligente ni más manso. Piando me reclama sin cesar, y contesta siempre á mis indicaciones más ligeras. Si aproximo el dedo á los alambres de su dorada jaula, vuela en seguida á mi encuentro, ahueca las plumas de su cuello, y picotea suavemente mi dedo, como si quisiera comérseme á caricias. Si le abro la puerta, sale inmediatamente de su jaula y hace de mi mano comedero. Vuela después por mi

Digitized by Google

cuarto, picotea los libros, corretea sobre los papeles, pósase sobre las sillas y cuadros, y descansa, por último, de sus excursiones en mi hombro ó cabeza, y á veces en la misma pluma con que escribo.

En muchas ocasiones he paseado por mi habitación con el canario en el hombro, acariciándome con su pico la oreja, y ¡cosa rara! jamás he recibido de mi avecilla la más leve inspiración. Cuando está lejos y, extendiendo hacia él mi mano, le digo *monín,* acude volando, salta, va y viene, entra y sale, desde su jaula á mi cuarto y viceversa, y se pasea por donde se le antoja como Pedro por su casa.

¿Quisierais tener vosotros, niños míos, un canario semejante? Os lo regalaría con mil amores, pero temo que para acariciarle lo toméis en vuestra manecita destructora, y tanto le oprimáis, temerosos de que se escape, que muera á impulsos de vuestras caricias.

*
* *

Pero volvamos á nuestro cuento. Comían cierto día conmigo varios amigos; á los postres se habló de mi canario, y manifestaron todos tantos deseos de verle, que lo hice traer al comedor. Abrí la portezuela de la jaula, le llamé *monín,* y de un salto se plantó en mi hombro. Mi amigo Pepe, que iba á beber y tenía al efecto la copa llena de vino

Digitized by Google

en la mano, le llamó á su vez, y de un vuelo pasó á su cabeza, saltó desde la cabeza al borde de la copa, hizo allí unos cuantos equilibrios, extendiendo y plegando alternativamente las alas, alargó el cuello, metió el piquito en la copa y bebió vino una y muchas veces.

No tardó el canario en sentir los efectos que produce la bebida, y, entontecido y borracho, después de haber hecho reir á mis comensales, regresó á su jaula.

*
* *

Algún tiempo después, quiso Pepe repetir la diversión y, provisto de su correspondiente copa llena de vino, abrió la portezuela de la jaula, llamó al canario, acudió éste presuroso, saltó sobre el borde de la copa, miró repetidas veces su contenido, y se alejó al fin sin probarle, revoloteando por el cuarto, piando bajito, y metiéndose alegre y juguetón en su casa de alambres.

*
* *

¿Por qué os parece, niños míos, que no quiso beber el canario?

Porque de los escarmentados salen los avisados.

¡Quiera el cielo que, al satisfacer todas vuestras necesidades, seáis siempre tan discretos como el canario de mi cuento!

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIX

LA NINFA MAS GRACIOSA

Só el techo melancólico
de un sauce viejo y verde,
sobre mullida alfombra
de flores y de césped,
busqué descanso un día
á orillas de una fuente.
El agua murmuraba,
la brisa suave y leve
jugaba con las hojas
del sauce, y dulcemente
besaba mis cabellos
caricias mil haciéndome.
Los pájaros cantaban
y cien sones campestres
servíanme de arrullo,

Digitized by Google

venían á mecerme.
En brazos de Morfeo
al fin doblé la frente:
mi almohada era de flores,
mi lecho era de césped.
La ninfa más graciosa
soñó después mi mente.
Yo ví cual se acercaba
de gasas y de nieve
vestida y más hermosa
que Venus de Citeres.
No sé de dó venía,
mas si que tierna al verme
soñando desvarios
de mí se compadece;
acércase muy quedo,
se aparta, luego vuelve,
y al fin sobre mis labios
estampa un beso y... fuese,
ligera más que el ave
que escapa de las redes.
Seguir quise tras ella,
mas no pude moverme;
la llamo, y no responde;
espero, y nunca vuelve.
Por fin grité entre sueños
«al menos dí quien eres:»
«*Virtud* me llamo, dijo;
yo vivo en las celestes

Digitized by Google

mansiones de la gloria;
mis besos ennoblecen,
mi amor da vida eterna;
si ser feliz quisieres
abrázate conmigo,
y nunca jamás sueñes
en ninfas seductoras,
en mágicos placeres.»
Calló; yo abrí los ojos,
y á orillas de la fuente
me vi solo y tendido:
La ninfa no parece.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXX

EL HERRERO DE PANCRUDO

En toda la provincia de Teruel es conocido este famoso herrero, porque mallando, mallando, se le olvidó el oficio; pero no todos saben las divertidas aventuras que le acaecieron en su larga vida, de las cuales acaba de darme puntual noticia una vieja, graduada hace muchos años, no sé por qué Universidad, de doctora en cuentos y consejas.

Pues señor, y no va de cuento porque aún vive quién lo cuenta, el herrero de Pancrudo era, como la mayor parte, aficionado al trago y á los juegos todos de naipes, singularmente al tute, para el cual naturaleza próvida le habia dotado de especial astucia. Estaba además perdidamente enamorado

Digitized by Google

de su hermosa herrera, llamada María; y entre la mujer, las cartas y los tragos, malla que te mallarás, se le olvidó el oficio hasta el punto de no saber calzar una reja ni hacer una herradura. Los parroquianos huyeron naturalmente de su fragua, porque les inutilizaba el hierro, en la que cada día se trabajaba menos y peor. Para ir comiendo y tirando no tuvo más remedio nuestro herrero que vender, poco á poco, las tierrecillas de pan llevar que la herrera había aportado al matrimonio, excepción de un huerto con frutales, que no lejos del lugar estaba.

La pobreza de nuestros herreros era tanta, que un día en que se entretenían marido y mujer jugando al tute en la puerta de la fragua, por falta de trabajo y de yantares, presentáronse tres peregrinos en la puerta pidiendo hospitalidad, y el herrero los despidió á cajas destempladas, asegurando que más pobre estaba él que los mendicantes. Pero la herrera se compadeció de aquellos pobres, y le propuso á su marido compartir con ellos el único pan que en la casa había. Accedió el herrero, y en amor y compaña comiéronse los cinco juntos el susodicho pan, sazonado con unos gajos de cebolla cruda del huerto de los herreros. Marcháronse los peregrinos agradecidísimos, y al poco rato retrocedió uno de ellos y le dijo al herrero, de parte de su amo, que pidiese una gracia.

—Pero qué gracia ni que ocho cuartos me ha-

Digitized by Google

báis de conceder vosotros, si aun sois más pobres que yo, que es cuanto puede decirse.

—Pida usted y no sea tonto, que mi amo y señor es muy poderoso.

El herrero riéndose y por pedir algo y acabar pronto, pidió que cuantos se sentaran en el poyo de su puerta ó subieran al peral de su huerto no pudieran moverse de allí sin permiso suyo, lo cual le fué concedido en el acto.

Pasaron años, y la pobreza del herrero de Pancrudo era tan grande, que estuvo á punto de vender el huerto con el famoso peral de mala cara y todo; pero el hombre se aguantó al fin, y contentábase con echar por aquella boca sapos y culebras, dándose continuamente á todos los diablos. Ciego ya de indignación, exclamó cierto día:

—El alma daría yo al demonio por unos cuantos miles de duros.

En el acto se hundió parte del techo de la fragua y comenzó á llover plata acuñada abundante, con alguna que otra monedilla de oro, en tanto que apuesto mancebo de fulgurantes ojos se plantaba en la puerta, papel en mano, invitando al herrero de Pancrudo á que se comprometiera por escritura á entregar su alma al demonio dentro de diez años, á cambio de todo el dinero que se le antojase. El herrero firmó como en un barbecho, desapareció el misterioso mancebo, y desde aquél día nuestro héroe y su mujer se dedicaron á comer, beber, y

Digitized by Google

jugar al tute á todas horas, sin acordarse para nada del precio de aquellos jolgorios, ni del compromiso contraído con el diablo á cambio de tan malditos dineros.

Pasaron los diez años como una sombra, y en vista de que el herrero de Pancrudo no se acordaba de cumplir el escriturado contrato entregando la prometida alma, Satanás le envió un emisario á recordarle el cumplimiento de su promesa. Se asustó el herrero ante semejante embajada, y con el pretexto de arreglar el equipaje, de saldar sus cuentas con los acreedores y hasta de preparar la merienda para el camino, entretuvo todo lo posible á aquel diablillo de menor cuantía, y le fué dando largas, hasta que, cansado el diablillo de esperar, se sentó en el poyo de la puerta.

No quería otra cosa el herrero; llamó á gritos á su María, diciéndola que trajese el mallo, lo hizo así la herrera, y entre ambos, como el pobre diablo no podía levantarse del poyo sin permiso del herrero, le dieron tal tunda de martillazos, palos y pellizcos, que prometió no volver en su vida si le dejaban levantarse de allí para regresar á los infiernos.

La rechifla que por su cobardía se llevó este diablejo en los dominios de Lucifer no es para pintada con exactos colores. Otro diablo valentón ofreciose á desempeñar mejor la embajada, y Satanás le autorizó en el acto para que trajera al herrero de Pancrudo muerto ó vivo.

Digitized by Google

El herrero recibió al segundo emisario con todo género de zalamerías, obsequiándole con partidas de tute y copas de vino generoso; pero ni por esas, el diablo aquél, que debía de ser de la misma piel de Satanás, no se dejó seducir, cargó con el herrero al hombro, y tan desesperados esfuerzos hizo éste para no dejarse arrastrar á la tierra caliente, que al pasar por la puerta de la fragua se dejó caer como cuerpo muerto sobre el poyo; se arrojó sobre él el diablo para recuperar su perdida carga, y en la lucha logró el herrero sentar al diablo sobre el poyo, visto lo cual por la herrera sacó el mallo y una tranca y molieron á palos y á martillazos al atrevido, no dejándole hueso sano ni miembro sin sangre hasta que prometió largarse por donde había venido, con juramento diabólico de no regresar nunca; á este precio únicamente le dejó el herrero levantarse del poyo mágico.

Lucifer en persona asumió sobre sí empresa tan ardúa, montó en corcel brioso, se pertrechó bien de toda clase de armas infernales, y se presentó en Pancrudo. Todos los convites y zalamerías del herrero se estrellaron contra los bríos y talento monstruoso de Lucifer, el cual tomó al herrero de una oreja, lo levantó en vilo como si fuese una pluma y le obligó á montar á grupas en el fogoso caballo, emprendiendo en seguida el trote hacia los infiernos. Al pasar por el huertecillo del herrero, tanto insistió éste para que Satanás le dejara subir al pe-

Digitized by Google

ral á coger unas peras de mala cara que estaban diciendo comedme, para el camino, que Lucifer le dejó subir al árbol, arrimando su caballo al tronco para que no se escapara el perillán del herrero.

—Vamos, herrero, ya has cogido bastantes; baja inmediatamente.

—Lo que yo siento, señor diablo, es que vuestra señoría no pruebe unas peras tan ricas como éstas.

—¿De veras son tan buenas como tú dices?

—En el mundo entero no hay otras semejantes; mala cara, pero buenos hechos.

—Echa, pues, una de las más sazonadas, porque como soy tan viejo, ya no me quedan dientes.

—Suba usted de un salto, y entre los dos las cogeremos en un periquete.

Subió Lucifer para acabar pronto, pues ocupaciones numerosas le esperaban en otras partes, y una vez en el peral, ya no pudo moverse. Se descolgó á escape el herrero, hizo una mueca de burla á Satanás, y corrió á Pancrudo, convidando á comer peras á todos los muchachos, que á la sazón salían de la escuela; acudió turba numerosa de rapaces, y apedrearon tan á su gusto el árbol, que no quedó en él pera que no viniera al suelo, ni á Satanás parte en su cuerpo que no fuera herida y magullada. Tantos y tales alaridos daba Lucifer, que los muchachos huyeron muertos de susto, y el herrero consintió en dejarle escapar, con la condición de que presentara allí mismo la escritura para ha-

Digitized by Google

cerla cien mil pedazos. De esta ingeniosa manera quedó libre de las garras de Satanás el famoso herrero de Pancrudo. Regresó á su pueblo más contento que unas castañuelas, y vivió largos años, arrepintiéndose con multitud de rezos y de buenas obras de haber vendido su alma al demonio; pero como todo llega, murió al fin, tomó sus alforjas al hombro, después de haber metido en ellas las tenazas de herrar y la baraja, y ala, ala, ala, se plantó en la puerta de los infiernos por ignorar el camino del cielo; llamó, y cuando el portero dijo que era el herrero de Pancrudo, se alborotó el cotarro, y Lucifer dió orden de que no se le abriera, temiendo alguna otra mala partida; pero un diablillo joven asomó las narices por una rendija de la requemada puerta con el solo propósito de curiosear, y el herrero echó mano á las tenazas, agarró con ellas la nariz del diablico, y á fin de que soltara le enseñó éste el camino del cielo, para donde partió en el acto nuestro herrero.

—¿Tú eres? (le dijo San Pedro al verle). No te debía dejar entrar porque le vendiste el alma al demonio por unos cuantos maravedises.

—Fueron pesos duros y no pocos, señor.

—Lo mismo dá: todo el oro del mundo vale menos, mucho menos, que un alma redimida con la sangre de Cristo.

—Sí, señor; pero me arrepentí y he hecho penitencia.

Digitized by Google

—Lo que te salva es que partiste tu pan, cuando eras más pobre, con aquellos peregrinos.

—¿Quiénes serían hombres tan poderosos?

—Cristo Nuestro Señor en persona, y dos de sus más queridos Apóstoles.

—¡Ave María Purísima! Y yo que me figuré que serían algunos hambrones.

—Es que Dios da ciento por uno, y aquella limosna te abre ahora las puertas del cielo; entra, pues, pero quédate el último, aquí, junto á la puerta.

—Muchas gracias, señor San Pedro.

Allí se aposentó nuestro herrero; y al poco rato invitó á su vecino á echar un tute. Negóse éste por falta de baraja; pero sacó de las alforjas el herrero la suya, y no sabiendo qué jugarse, se jugaron el puesto. De esta manera, y ganando siempre puestos, porque era gran jugador, el famoso herrero de Pancrudo, aquel que mallando, mallando, olvidó el oficio, fué avanzando, avanzando, por aquellos mágicos salones del cielo, hasta que vino á colocarse para siempre nada menos que debajo del mismo Trono de la Trinidad Beatísima.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Digitized by Google

XXXI

BESO OPORTUNO

En Sprinfield, población de la Pensilvania en la América del Norte, nació el año de 1738 un niño llamado Benjamin West, sin que llamara por ningún concepto la atención de nadie. Ya crecidito, quedó cierto día y por encargo de la madre al cuidado de su hermano menor, que dormitaba en la cuna; y no solamente lo custodiaba, sino que observábale amorosamente y se complacía en mirar y remirar aquella carita sonriente y á medio dormir.

—Si yo supiera hacer su retrato—pensó Benjamín.

Y viendo sobre la mesa pluma, papel y tintero, puso manos á la obra.

Digitized by Google

Cuando regresó su madre el niño la presentó su diseño, rogándola á la vez que no se incomodara por haber tocado la pluma, el papel y el tintero para hacer aquel borrón.

Advirtió la madre que el retrato se parecía al original y se alegró tanto, que tomó á Benjamín en brazos y le dió un beso. Entonces le mandó que copiase unas flores que tenía en la mano; y así de ensayo en ensayo, y esforzándose para hacerlo cada vez mejor, llegó á ser pintor, con el tiempo.

Para perfeccionarse en la pintura marchó á Italia, en donde estuvo tres años; después se estableció en Londres, eclipsando á todos los grandes artistas de Inglaterra en la pintura de hechos históricos, tanto que fué nombrado presidente de la Academia de pintura, escultura y arquitectura.

Vivió muy celebrado alcanzando la edad de 80 años, y murió en 1820. Hasta los últimos días de su vida dijo siempre á sus amigos:

—Un beso de mi madre me hizo pintor.

Digitized by Google

XXXII

EL SASTRE DEL CAMPILLO

Todos saben que el sastre del Campillo trabajaba de balde y ponía el hilo, circunstancia que presenta al héroe de nuestro cuento por un lado nada más de su carácter enteco y simplón, con apariencias ruidosas de valor, energía y talento que se adjudicaba á sí mismo el majadero del sastre susodicho, representando tan admirablemente la comedia, que le reconocía también dichas cualidades la pública voz y fama, es decir, el vulgo, siempre insolente y necio.

—¿Tienen ustedes sastre en el Campillo?—preguntaba cualquiera á los vecinos de aquel lugar.

—¡Ah!, sí señor, muy valiente y muy listo—contestaban indefectiblemente los campilleros.

Digitized by Google

El mismo sastre llegó á creérselo, hinchándose de tal manera y alabándose pública y privadamente, siempre que de estos particulares se trataba, con tanta frescura, que se hacía insoportable para cuantos le conocían á fondo.

Paseaba cierta tarde por las orillas de una grande acequia de molino, en compañía de varios vecinos del lugar y de un sargento de la Guardia civil, retirado, é iba como de costumbre, el sastre á vanguardia, charlando por los codos, contando mil mentiras hazañosas, dándose charol y diciendo:

—Todavía no ha nacido de mujer el que á mí me la pegue.

—Pues del sastre del Campillo dicen por esta tierra que trabaja de balde y pone el hilo—dijo el sargento.

—Eso no reza conmigo; sería mi antecesor. ¡Pues bonico soy yo para sufrir semejante asnada!

—Hombre, yo soy forastero; pero me han asegurado que á usted cualquiera lo engaña.

—¡Á mí que soy de Madrid!

El sargento se indignó ante jactancia tan tonta; quiso demostrarle prácticamente lo contrario, y sin decir ¡al agua, patos!, le dió un empellón y lo arrojó á la acequia.

Las risotadas de la comitiva duran todavía; y cuando el sastre del Campillo salió, hecho una sopa, de la acequia, emprendió á pedrada limpia y á denuesto pelado al sargento, creciendo con esto la

Digitized by Google

hilaridad de todos, que se reían en sus barbas del listo y jactancioso por excelencia.

El segundo de sus defectos característicos era la cobardía, mejor dicho el miedo cerval, disfrazado de valor palabrero y heróico. Su mujer era la única que sabía experimentalmente á qué atenerse respecto á la nunca vista valentía del sastre del Campillo, su marido; tanto que mandaba en jefe en el hogar doméstico, le llamaba calzonazos á todas horas, le reconvenía por su falta de carácter, y hasta le pegaba descomunales palizas con la vara de medir, persiguiéndole á palo seco por toda la casa y obligándole en ocasiones á esconderse debajo de la cama.

—Sal de ahí (le decía la sastresa garrote en mano una de tantas), que te voy á dejar sin hueso sano.

—No quiero.

—Que salgas te he dicho.

—Pues no me da la gana, caspitina; alguna vez he de tener carácter.

Al verle tan follón, la sastresa convertía en risas sus amenazas y lo dejaba estar, vengándose el sastre entonces de su cara mitad, que era hombruna, hasta el punto de permitirse gastar bigote, diciéndola:

—A mujer bigotuda de lejos se saluda.

Como entre la pareja sastreril no había sobre este particular ficciones ni secretos, era una diver-

Digitized by Google

sión oir al sastre del Campillo contándole á la sastresa sus aventuras valerosas, entre las cuales escojo la siguiente:

Cierto día de verano, al despuntar el alba, regresaba el sastre á pié de un pueblo próximo, adonde había ido á coser, cuando al pasar por imponente y profunda garganta, poco iluminada aún, le dió la gana á un buho de lanzar al aire sus lamentos desde la altura de un peñasco. Al oir aquellos gritos desconocidos, que al sastre le parecieron amenazas, se asustó de manera que echó á correr como alma que lleva el diablo, y en su vergonzosa y precipitada carrera se le enganchó la capa en una zarza. Nuestro valiente se creyó perdido; el buho menudeaba sus gritos, y el sastre, sin atreverse á volver la vista atrás, imploraba compasion diciéndole á la inofensiva zarza:

—Por Dios, señor ladrón, que soy un pobre sastre, cargado de familia y falto de recursos, y no tengo más remedio que ganarme la vida de pueblo en pueblo á fuerza de tijerazos y puntadas.

—¿Y qué contestaba el ladrón?—preguntaba la sastresa.

—Me agarraba cada vez con más fuerza, y haçía como cuando se enfadan los pavos.

—Cobarde, más que cobarde; entonces era un huho que gritaba desde las peñas, y un espino que te agarraba la capa. ¿Y cuánto tiempo estuviste de aquella manera?

Digitized by Google

—Poco, porque en cuanto amaneció del todo, volví lentamente la cabeza, y al ver que el ladrón era una zarza, saqué las tijeras, le aticé un tijerazo, y le dije: «si llegas á ser hombre te saco las tripas.»

—Así me gustan los valientes,—contestó la sastresa soltando el trapo y muerta de risa.

No se divulgó por el pueblo la aventura de la zarza, y el vulgo continuaba teniendo por el hombre más valeroso del mundo al sastre del Campillo. Su mujer estaba ya harta de los inmerecidos elogios que tributaban las gentes al valor de su marido, cuando se presentó éste diciéndola:

—Chica, me han puesto en un verdadero compromiso, y el caso es que he tenido que aceptar.

—¿Qué pasa?

—Nada, que hay que conducir 1.000 duros en billetes á la capital, y se empeñan en que los lleve yo, por ser el hombre más valiente del pueblo.

—No te apures, hombre, siendo en billetes los ocultaremos bien en el forro del chaleco, y aunque tengas un mal encuentro, que adivinen en donde llevas el dinero.

—Que tienes razón de sobra; entonces antes de que se haga de día, para que nadie lo advierta en el pueblo, me marcho.

Todo se hizo, según lo pactado; pero el sastre salía de casa con el alba, y una hora antes ya había partido su mujer, disfrazada de hombre, con la cara tiznada y un trabuco naranjero escondido entre los

Digitized by Google

pliegues de la manta, para esperarle en cierta encrucijada del camino y darle el susto hache.

Reinaban aún las tinieblas, y el sastre, para acallar su miedo que le hormigueaba en el cuerpo, acrecentado con la oscuridad y el silencio, venía camino adelante y cantando:

La sombra de los nogales
es mala para dormir,
y el que se casa con viuda
muy poco puede vivir.

Cuando en un recodo del camino se presentó de repente la disfrazada sastresa, trabuco en mano, y gritando:

—Alto ahí; si das un paso más te abraso los hígados.

El sastre se quedó sin gota de sangre en las venas, y cayó en tierra muerto de susto é implorando clemencia.

—Nada de pamplinas; la bolsa ó la vida.

—Soy un pobre sastre y no llevo un céntimo.

—Con verlo basta; vuélvete de espaldas, y como mires, te abro en canal.

Se volvió inmediatamente.

—Quítate la chaqueta.

Se la quitó.

—Ahora el chaleco, y al suelo con él.

Así lo hizo, apoderándose la mujer en el acto de esta prenda y de su contenido.

Digitized by Google

—Ahora los calzones, los calzoncillos, la camisa, y cuanto lleves puesto; que yo te vea como tu madre te parió.

El sastre no se hizo de rogar; se quedó en cueros vivos, y no se atrevió siquiera á mirar al ladrón ni con el rabillo del ojo. Éste le mandó que permaneciera allí media hora seguida, y escapó entretanto con el chaleco, llegando á su casa con tiempo sobrado para quitarse el disfraz y meterse en la cama. El sastre vino más tarde despavorido, y contó á su mujer que una cuadrilla de bandoleros le había salido al encuentro, robándole los 1.000 duros con el chaleco que los contenía.

No hubo más remedio que participar la desgracia á los interesados, á cuyo efecto los invitó á comerse un cabrito en el pinar. Cuando supieron que habían perdido los 1.000 duros, se quedaron como de piedra, y devoraban con los ojos al sastre.

Con mil angustias y rodeos contó éste lo ocurrido, asegurando que, aunque se había defendido como un león, la cuadrilla de ladrones, compuesta de más de 20, que le sorprendió en un recodo del camino, se apoderó al fin de él, no sin quedar algunos tendidos en el campo de batalla, le desnudó, y se llevó el chaleco con los billetes.

Los dueños del dinero estuvieron á punto de caer sobre el sastre moliéndole á palos; pero los calmó la sastresa, asegurándoles que todo era mentira, que su marido era el cobardón mayor del pue-

Digitized by Google

blo, refiriendo lo ocurrido con pelos y señales, y presentando el chaleco con los 1.000 duros en corroboración de su aserto.

La pena se convirtió en jolgorio, y ya nadie ha vuelto á mentar para nada las valentías del sastre del Campillo, que no solamente trabajaba de balde y ponía el hilo, sino que también se dejaba engañar y moler á palos por la sastresa bigotuda.

Digitized by Google

XXXIII.

LOS POLLUELOS

BERNARDO y Cristina, hermanos cariñosos, corrían y jugueteaban en el corral de su casa de campo, con regocijo de sus padres, extasiados de verles inocentes, alegres y robustos, merced al aire libre y á una educación tan discreta como minuciosa.

Cristina tenía dos años más que Bernardo, y era, por lo tanto, maestra y directora natural de su hermanito que, aunque bueno y dócil en el fondo, pecaba en realidad de voluntarioso y desobediente. Nunca acudía en el acto cuando le llamaban sus padres, y tampoco se apresuraba nunca á ejecutar sus órdenes. Murmuraba en voz baja, inventaba dilaciones y pretextos, y concluía á menudo por hacer las cosas mal y tarde.

Digitized by Google

Una gallina clueca recorría el corral en todas direcciones, seguida de la bandada de sus polluelos, recién salidos del cascarón. Bernardo se extasiaba contemplándolos, y persiguiéndoles por el corral. La gallina, temiendo por sus hijitos, miraba á Bernardo con ojos iracundos, ahuecaba las alas como para que allí se cobijasen, daba incesantes vueltas en torno, y cacareaba sin cesar.

—¡Clo, clo, clo!

Los polluelos iban y venían delante de la gallina unos, detrás otros, piando aquellos, picoteando semillas éstos, y todos desparramados á distancia y en torno de la gallina su madre.

—Bernardo, sube—gritó la dueña, desde una galería existente en el primer piso de la casa.

—Voy, madre, voy—contestó Bernardo sin moverse, y corriendo á más y mejor detrás de los polluelos.

—¡Bernardo, que subas!—gritó de nuevo su madre.

—Es que estoy aquí...

—Te digo que subas ahora mismo.

En aquel momento la gallina que escarbaba sin cesar en el estiércol, descubrió unos granos de trigo, é irguiendo la cabeza cacareó muy de prisa:

—¡Clo, clo, clo!... ¡Clo, clo, clo!...

Los polluelos todos, incluso los más distantes, acudieron presurosos al llamamiento de la clueca, apiñándose en torno de su madre.

Digitized by Google

—Mira, Cristina (dijo Bernardo palmoteando de gusto) ¡mira cómo corren y cómo acuden todos!

—¿Y no te da vergüenza (preguntó Cristina á su hermanito) que los pollos sean más obedientes al llamamiento de su madre la gallina que tú? Hace rato que mamá te está diciendo que subas, y tú, peor, mucho peor que esos polluelos, ni acudes ni haces caso de tu madre.

Aquella oportuna y severa lección quedó tan grabada en la memoria de Bernardo, que ahora se desvive por no ser menos que los pollos recién salidos del cascarón, y es un niño tan bondadoso como obediente.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXIV

UN ALCALDE DE MONTERILLA EN CANUTO

Se llamaba Ramón Martínez, y por mal nombre, como allí dicen, tío Peladillas. Los apodos ó motes todos tienen su origen y fnndamento, más ó menos filológico, en la pintoresca charla del pueblo español en general, y de los montañeses singularmente. Ramón Martinez no tenía sobre qué caerse muerto; pero en cambio era trabajador, vigoroso y económico como el que más, tanto, que poniendo en función las tres virtudes dichas, después de los años mil, pasó de proletario jornalero á propietario cultivador de sus propias haciendas. La primera finca que adquirió, no por herencia ni por donación, ni mucho menos por compra, sino por su personal é ingenioso es-

Digitized by Google

fuerzo, fué un huertecillo á orillas del río Guadalaviar, fecundo en truchas, y de cristalinas aguas. ¿Cómo se hizo el milagro? Convirtiendo en tierra vegetal, á fuerza de fatigas y sudores, una rinconada sin dueño, cubierta de cascajo y de lustrosos cantos rodadizos.

—¿Pero qué haces ahí, Ramón?—le preguntaban.

—Sacar peladillas.

—¿De río?

—Pues no, de *confetura* serán.

Tanto repitió la frasecilla durante la obra, que con tío Peladillas se quedó, y Peladillas fué en su mocedad, Peladillas ya entrado en años, y Peladillas era en el momento de acometerle la nobilísima ambición de aspirar á la Alcaldía de su pueblo.

Al efecto, comenzó por dedicarse á pintar su nombre, ya que era duro y viejo para aprender á escribir. Con este fin el maestro de escuela le dió varias lecciones, á peseta cada una, y era de ver y hasta de admirar la manera cómica cómo Ramón Martínez pintaba su nombre.

Hundía la pluma en el tintero hasta el fondo, la sacudía después cuatro ó cinco veces hacia la derecha, salpicando de borrones el suelo y á los circunstantes, apretaba luego el portaplumas con toda su fuerza, agarrotando los dedos como si fueran tenazas de arrancar clavos, y haciendo mil gestos con el hocico y moviendo la cabeza en la

Digitized by Google

misma dirección que la pluma, al cabo de media hora de arrastrarla sobre el papel, trazando letras desiguales, torcidas y como puños, quedaba terminada aquella magistral obra caligráfica. El tío Peladillas se levantaba agitado y sudoroso, y enjugándose la frente con el pañuelo de hierbas, exclamaba:

—Prefiero cavar un día entero á echar una firma. ¡Recórcholis, miusté que se necesitan pelendengues pa ser alcalde!

La segunda prueba á que se sometió gustoso Peladillas para aprender el oficio de alcalde, fué la personal recaudación de impuestos. Asegurároнle que los alcaldes, no solamente necesitan saber leer y escribir, sino que se exponen igualmente á grandes contratiempos si no saben recaudar bien y pronto las contribuciones. Quiso, pues, hacer este noviciado ó aprendizaje, dirigiéndose al efecto al recaudador de los arbitrios y recargos municipales, rogándole que le facilitara algunos talones para adiestrarse en la recaudación; accedió el recaudador con mucho gusto, y caten ustedes al tío Peladillas de casa en casa y recibos en mano, aguantando pullas y cobrando los *municipales*, como allí dicen.

Redujo á efectivo varios talones, no sin reiteradas visitas y amenazas frecuentes de recurrir al apremio; pero cuando rindió cuentas al recaudador resultaron falsas varias monedas de á dos pesetas, y no tuvo más remedio que aprontarlas de su particular bolsillo.

Digitized by Google

—¡Recórcholis (decía pagando), miusté que se necesitan pelendengues pa ser alcalde!

El tercer ensayo lo hizo en materia de orden público y de cumplimiento del bando de buen gobierno. Prevenía éste que desde las once de la noche en adelante no se molestase al vecindario con músicas, canciones, riñas clamorosas, ni ruídos de ningún género. Pensando en sus patrióticas ambiciones, y por más vueltas y revueltas que daba, no había podido conciliar aún el sueño el tío Peladillas al comenzar el domingo, pues serían ya las dos de la madrugada cuando oyó las guitarras y canciones de la ronda; escandalizándose de que hubiera alcaldes que toleraran semejante desafuero, saltó de la cama, se vistió precipitadamente, empuñó una vara negra y alta que á prevención tenía para cuando fuera alcalde, se plantó en la calle, y con voz estentórea gritó á los mozos;

—¡Alto á la justicia, y á la cárcel todo el mundo!

Asustáronse los mozos, cesó la música, y cuando se disponían á huir corriendo como gamos, exclamó uno:

—Si es el tío Peladillas...

Retrocedieron todos como impulsados por el mismo resorte, y garrote en mano cayeron sobre el alcalde en canuto, moliéndole á palos de manera que costó Dios y ayuda á Peladillas recuperar su casa y lecho.

—¡Recórcholis (decía metiéndose entre sába-

Digitized by Google

nas, dolorido), miusté que se necesitan pelendengues pa ser alcalde!

Pasaron días, se curaron las contusiones, y olvidáronsele los palos recibidos en cumplimiento de su sagrado y futuro deber.

Andando el tiempo, cierto día al oscurecer, venía de labrar, caballero en uno de los dos burros que componen su par de labor, con los aperos de labranza, es decir, el yugo y el arado, sobre la albarda del otro burro, cuando se le ocurrió que tal vez las bestias fuesen más dóciles que las *presonas*, y que impunemente podía ensayar en ellas su soñado oficio. Pensarlo y hacerlo todo fué uno: desmontó del burro, arreó á la pareja asnal unos varazos para que prosiguiesen la marcha, se adelantó á los animales, se escondió en un recodo del camino, y al pasar los burros se presentó de repente y vara en mano á la pacífica pareja, gritando:

—¡Alto á la justicia!

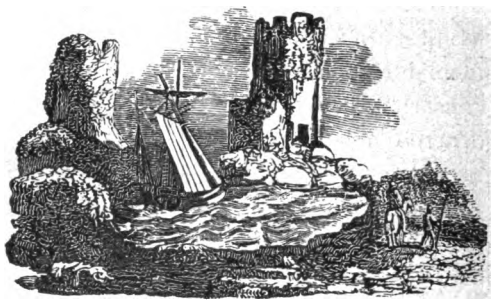
Espantáronse los burros, dió una vuelta rápida y en redondo el que llevaba los aperos, y con el timón del arado descargó palo tan descomunal sobre la cabeza del pobre tío Peladillas, que perdió el sentido y cayó al suelo como cuerpo muerto cae.

Socorrido y trasladado á su casa por los transeuntes el alcalde en canuto, las primeras palabras que al recobrar el sentido pronunció el tío Peladillas fueron éstas:

—¡Recórcholis, miusté que se necesitan pelen-

Digitized by Google

dengues pa ser alcalde! Anda y que revienten otros por la vara, que no será el hijo de mi madre quien la pretenda.



Digitized by Google

XXXV

EL ZAGAL Y EL CAZADOR

L zagal era Miguelillo en persona, ya conocido por mis lectores; es decir, un pastorcete listo como el hambre, malicioso como todos los montañeses, travieso entre sus iguales, pero tímido y encogido al parecer en presencia de personas desconocidas; y el cazador era uno de esos industriales valencianos, que con poca ó ninguna cultura y menos instrucción, han sabido, sin embargo, hacer mucho dinero, retirándose á tiempo de los negocios, y dedicándose exclusivamente á comerse sus caudales y darse el charol que nadie les otorga, pero al cual se consideran con derecho por la suprema razón de que son ricos.

Digitized by Google

Entre los esparcimientos que el cazador susodicho se dispensaba á sí mismo todos los veranos, tanto por considerarlo de buen tono entre personas acaudaladas, cuanto porque ese derrotero habían tomado sus aficiones en el seco cauce del Turia valenciano, dedicándose al tiro de pichón como socio legítimo del Casino de San Humberto, figuraba una cacería en *Aragó*, como él decía, y como si la vasta región aragonesa fuera un villorrio despreciable, al que dispensara insigne honor todo valenciano con su visita.

Mi hombre hasta se había comprado, para cazar exclusivamente, elegante traje de gamuza, profusamente adornado de pespuntes, trencillas, botones y bolsillos para colocar en ellos instrumentos numerosos de campo y caza; y provisto de su arrogante canana, que le daba aires de contrabandista, de su soberbio pavero semejante al de los chulos andaluces, de sus polainas con borlas y colgajos, de sus cuchillos y hachas de monte, y de su escopeta de fuego central, se presentó en uno de los pueblos más miserables de la montaña aragonesa, que ofrecía más que fundados motivos al valenciano para elogiar á su hermosa Valencia, y poner como chupa de dómine al *Aragó* de sus imaginaciones.

Contrató á un cazador de oficio para que le acompañara y enseñase los mejores cazaderos de la sierra, y el arrogante valenciano con el modesto montañés, y la indispensable trahilla de perros que

Digitized by Google

aquél llevaba á todas partes, partieron para el monte en busca de liebres, conejos y perdices.

—*Che*, ¿tú que te figuras? Pues has de saber que donde yo pongo el ojo pongo también la bala.

—Habrá *cazao usté* mucho.

—Dos *veses* todas las semanas tiro al palomo en *Valensia*, y todos los veranos *caso* en una ú otra parte.

—¿Se puede saber en dónde, si no es descortesía?

—Pues unas *veses* voy á la *provinsia* de Cuenca, y allí *casamos* venaditos y *corsos*; otras *veses* á Sierra Morena, y allí *casamos* jabalines y lobos; otras *veses* á Africa, y allí *casamos*... ¡pásmate!... hasta leones; otras *veses* á la Albufera, y allí *casamos* chochas, patos y boixos; y ahora me ha dado la *ocurrensia* de venir á *Aragó*. ¿Tú que opinas, *che*?

—Que ha hecho *usté* rematadamente mal, porque aquí no hay más que cuatro perdices y dos conejos *pa* los que tenemos piernas de acero y conocemos como si lo hubiéramos *parío* este terreno maldito.

—Malo es de veras, *che*; pero si encontramos *casa*...

—Casas no hay aquí más que en el lugar.

—Digo *piesas* que matar, ó reses que cobrar, como les digáis aquí.

—Pues eso podía *usté* hacer, matar una res, un carnero ó una oveja, y vería *usté* que pronto íbamos á la cárcel.

Digitized by Google

—Hombre, no, yo digo reses de *casa* mayor, lobos, zorras, *corsos*, cabras montesas, *etsétera*.

—Sí, sí, deles *usté* expresiones: ahí nos guardan la caza mayor para diversión nuestra. Ya nos contentaremos con algún conejo ó perdiz, si damos con ellos, que son muy ladinos y hay que despernarse *pa encontralos*.

En estas y otras pláticas parecidas se ocupaban ambos cazadores subiendo monte arriba, cuando tropezaron con Miguelillo, que acababa de sacar de su zurrón un torrezno de sólidas gachas de almortas, y con su navajita de cachas de cuerno en la mano almorzaba tranquilamente sobre el verde césped de un ribazo, intercalando en su estómago rebanadas de pan y de gachas. Al ver á aquel señor tan *respetuoso*, como dicen ellos, en aquella catadura y con aquel traje, Miguelillo se ruborizó, bajó los ojos, y sin decir palabra siguió comiendo.

—Verás, *che*, ¡qué susto le doy á ese babieca!—dijo el valenciano.

—Ya, ya, como no se lo dé él á *usté*—contestó el montañés.

—Oye, pastor, ¡qué modos y qué *criansa* es esa! ¿No sabes tú que cuando se come y llega uno, sobre todo si es forastero como yo, se le *dise*: usted gusta?

Dijo el cazador al zagal, y ruborizándose más y entre dientes contestó Miguelillo preguntando:

—¿*Usté* quiere?

—Si, trae aquí—contestó el valenciano cazador

Digitized by Google

extendiendo la mano en actitud de aceptar la invitación.

—¿Pues que no sabe *usté* (replicó el zagal) que se contesta: muchas gracias, que aproveche?

El montañés soltó una carcajada, y el valenciano prosiguió su camino reflexionando en alta voz.

—Vamos, los pastores de esta tierra no son tan tontos como *paresen*.

—Sí, sí, tontos, métales *usté* el dedo en la boca y verá.

Fatigáronse durante todo el día subiendo y bajando cerros; la media docena de perros que el valenciano llevaba, y que no servían más que para comerse diariamente otras tantas hogazas, espantaban la poca caza que en aquel monte había; de repente saltó una banda de perdices de los mismos piés de los cazadores, dispersándose con su ruidoso aleteo en todas direcciones; dispararon á la vez las dos escopetas, mientras los perros armaban el gran escándalo, el valenciano los dos tiros seguidos de la suya de dos cañones, y el montañés el único de su escopeta; mató éste una perdiz y ninguna el gran *casador*; continuaron cazando largas horas sin volver á dar con más caza, y muertos de cansancio y de hambre regresaron al pueblo, sin otras aventuras que contar.

En vista del poco resultado y de la ninguna diversión que le proporcionaba al cazador valenciano la caza al vuelo, como el tiempo no podía estar más

Digitized by Google

hermoso y hacía luna, determinaron salir á espera de liebres pasando la noche en uno de los cebaderos más famosos del contorno, es decir, en una de las parideras ó corrales de ganados, que tienen era ó pajar, y en donde los cazadores suelen echar trigo y paja para cebo de las liebres que de noche acuden á comérselos.

Como en los pueblos pequeños todo se sabe, dos cosas llegaron á oídos del zagal de nuestro cuento, á saber: que el valenciano le había llamado *babieca*, y que aquella noche iría á espera de liebres á la paridera del Ceñajo. Mucho antes que los cazadores se trasladó Miguelillo á las inmediaciones de la paridera dicha, deseoso de demostrarle prácticamente al cazador forastero que los pastores de aquellos montes no son tan tontos como parece, y que no falta quien va por lana y resulta trasquilado.

En el cubierto del corral, y en la pared adosada á la era, hay dos agujeros abiertos *ad hoc* para los cazadores que desde allí esperan y matan á traición á las tímidas liebres, que con todas las precauciones del mundo y á altas horas de la noche acuden á los montones de granzas en busca del necesario sustento. Cada uno de los cazadores ocupó su aspillera correspondiente, descansando el cañon de la escopeta sobre la piedra inferior del agujero, mirando por la parte superior sin quitar ojo al cebadero, y sin permitirse hablar ni aun respirar fuerte para no espantar la caza.

Digitized by Google

Largo rato llevaban en esta postura, cuando el montañés tocó suavemente con el codo al valenciano, como advirtiéndole: ya tenemos una. Efectivamente, era adelante avanzaba una liebre descomunal, dando saltitos, deteniéndose espantadiza, poniéndose en patillas al menor ruído producido por la brisa ó por una piedrecilla, que echa á rodar ella misma, y cayendo en fin sobre el cebadero, en donde se puso á comer incautamente. Sonaron dos tiros simultáneos, dió un salto mortal la liebre, y cayó pared abajo de la era haciendo piruetas. Como movidos por un resorte idéntico, ambos cazadores salieron de la paridera en busca de la pieza, y disputando acerca de quién la había muerto, pues los dos atribuíanse la hazaña.

—Pronto lo veremos (dijo el montañés), porque yo he apuntado á los lomos.

—Y yo á la cabeza—añadió el valenciano.

Pero no se pudo comprobar el acierto de ninguno de los dos, pues se cansaron de buscar la liebre sin encontrarla. Regresaron cariacontecidos á su escondite y se pusieron nuevamente en silencioso acecho. Al poco rato una sombra cruzó rápida por delante de las aspilleras; disparó el valenciano, y salieron, por segunda vez, á cobrar la pieza muerta; pero el resultado fué idéntico, la liebre no pareció por parte alguna. Repitióse la misma escena cuatro ó cinco veces, siempre con disparos del valenciano, al cual los dedos se le antojaban liebres, sin que

Digitized by Google

nunca se cobrase la caza; y amostazado el cazador forastero y hasta desconfiando de su acompañante, regresaron al pueblo antes de que se hiciera de día.

Se disponía ya á marchar con la escopeta á otro pueblo el flamante cazador, cuando se presentó Miguelillo con una liebre como un cabrito en la mano, invitándole á que la comprase.

—Hermosa *piesa*, babieca (dijo el valenciano). ¿En donde la has *casado*?

—En ninguna parte, porque la cogió ayer mi podenco en la partida del Ceñajo.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Un duro.

—Tómalo.

El valenciano cazador salió del pueblo, luciendo la hermosa liebre en su elegante morral, como si fuese fruto de su escopeta, y Miguelillo se quedó retorciéndose de risa.

—¿De qué te ries tanto, majadero?—le preguntó el cazador montañés.

—¡Toma! ¿De quién me he de reir más que de ese *pijaito* que se ha ido?

—¿Por qué?

—Porque esa liebre la mató él *mesmo* anoche desde la paridera del Ceñajo, y yo que estaba *escondío* en un chaparro se la pesqué al vuelo.

—Ah, tunante, pues tienes que convidarme, porque yo también le tiré, y por lo menos la mitad es mía.

Digitized by Google

—Ya lo *vide* á *usté* desojándose y buscándola por entre las matas; pero aún me diverti más luego. Até una mata de tomillo á una cuerda y arrojándola por encima de las aspilleras, *pa* que ustedes no la viesen, cobraba luego de prisa tirando de la cuerda, y al pasar el tomillo corriendo por delante de los *augeros*, me lo acribillaban ustedes á tiros.

—Él, yo no, que demasiado conocía que aquello no era liebre ni Cristo que lo fundó.

—Y cuando salían ustedes á recojer la liebre de escoba, ya me había *zambullío* yo en el chaparro. En mi vida me he *reío* tanto como anoche.

—Lo creo, zagal, lo creo, y á costa de un farol que se considera el hombre más avisado del mundo.

—*Pa* que otra vez no me llame babieca.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXVI

DOS VICTORIAS EN UN SOLO COMBATE

MEDIADOS del siglo XIII, centuria gloriosa por sus santos y sabios, vivía en Montcornillón, cerca de Lieja, una religiosa hospitalaria, de nombre Juliana, muy devota del Santísimo Sacramento. Esta piadosa mujer, desde los diez y siete años, vióse precisada á luchar con la imagen de la luna llena, pero aportillada, que se apoderaba de su mente apenas se ponía en oración. Durante algunos años fué víctima de imaginación tan importuna; pero al fin suplicó á Dios, temorosa, que le aclarase aquel misterio, y el Señor se dignó inspirarle que aquel portillo en la luna llena significaba la falta en la Iglesia de una festividad instituída en honor de la Sagrada Euca-

Digitized by Google

ristía, recibiendo á la vez orden y encargo de promover dicha institución.

Fué consultado el extraordinario caso con Santiago Pantaleón, entonces arcediano de Lieja, y otros personajes ilustres en virtud y ciencia, todos los cuales opinaron que se debía acceder á la solicitud de Juliana, y en 1246 el Obispo de Lieja instituyó para su diócesis la fiesta del Santísimo Sacramento.

Seis años después, Hugo de Saint Cher, Provincial de los Dominicos y Legado pontificio en Alemania, hizo extensiva tan solemne festividad al territorio entero de su legación.

Pero como hasta las cosas más santas han tenido y tienen contradictores, sacerdotes hubo que rechazaron la nueva solemnidad religiosa en atención sin duda á su procedencia.

Jesucristo Nuestro Señor Sacramentado, que se ha servido muchas veces de los humildes y pequeños para la realización de cosas soberbias y grandes, quiso, en fin, que el arcediano Santiago Pantaleón subiese á las alturas del trono pontificio con el nombre de Urbano IV; y como no cedía en devoción por el Sacramento de amor á la piadosa Juliana, resolvió extender á la Iglesia Universal la fiesta del Santísimo Corpus Christi.

Al efecto, encargó la composición del indispensable oficio á los dos más grandes Doctores de su tiempo, santos y sabios que brillan hoy en el cielo

Digitized by Google

de la Iglesia triunfante como astros de primera magnitud y eran entonces preciado ornamento y orgullo legítimo de las Ordencs perínclitas de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán y de Menores de San Francisco de Asís.

Los discípulos celebérrimos de Alberto Magno y Alejandro de Hales cumplieron como buenos tan honroso encargo, é introducidos ambos á presencia del Romano Pontífice Urbano IV, dió comienzo el combate literario. Ordenó el Papa al Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino que leyese su trabajo, y aquel buey mudo de Sicilia, cuyos mugidos, según frase profética de su maestro Alberto Magno, resonarían en todo el mundo, desató sus labios y leyó ese admirable *Oficio,* compuesto de prosa, salmos é himnos, que actualmente reza y canta la Iglesia, emporio de los más altos conceptos teológicos, unidos al amor más acendrado y sublime, y expresados unos y otros por medio de severas armonías poéticas.

San Buenaventura, el humildísimo Doctor Seráfico, que era el competidor del Angel de las Escuelas en virtud de terminante mandato pontificio, escuchaba á Santo Tomás lleno de asombro, y movía rápidamente sus dedos debajo del pobre y ceniciento sayal.

Cuando recibió orden de leer su trabajo sacudió modestamente el hábito, y los pedacitos de su triturado *Oficio* cayeron á los piés del Papa, el cual

Digitized by Google

aplaudió tanta humildad, adoptó el *Oficio* de Santo Tomás y en 1264 publicó una Bula instituyendo para toda la cristiandad la fiesta solemnísima del Santísimo Corpus Christi, y ordenando que se celebrase todos los años, el primer jueves después de la octava de la Pascua de Pentecostés.

Uno fué el combate y dos las victorias. La ciencia fué coronada en el Doctor Angélico y la humildad en el Doctor Seráfico.

Digitized by Google

XXXVII

CON PIELES Y ABARCAS A LA GLORIA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

INFINITAS son las heroicidades realizadas en el secreto de las aldeas, y aun de los pueblos crecidos, por el clero en general y por el parroquial especialmente, que por falta de cantor que las encomie pasan inadvertidas, sin poder producir el fruto saludable del eficaz ejemplo. Sobre todo los párrocos celosos y que tienen á sus feligreses diseminados por las montañas, tal vez á largas distancias de la parroquia, sin ellos mismos buscar las ocasiones y como la cosa más natural y corriente del mundo, llevan á cabo hazañas que obligan á morder el polvo á los clerófobos; hazañas de las cuales paso á referir una no publi-

Digitized by Google

cada, con las mismas palabras casi con que me la contó cierta campesina.

—Buen Cura tienen ustedes en tan mala aldea.

—Bueno es Mosen Juan, sí señor, no hay para qué ni por qué morderle; pero si hubiera usté conocido á su antecesor Mosen Miguel, *requiescat*, lo pondría usté sobre los mismos cuernos de la luna.

—¿Tan virtuoso era Mosen Miguel.

—Calle usté por Dios; aquello no puede explicarse con palabras: necesario es haberlo visto, como lo ví yo, para creerlo, porque aquel hombre era para todos menos para sí mesmo, pues él para la iglesia lo mesmo que para el pueblo; él para los sanos lo mesmo que para los enfermos; él para los ricos lo mesmo que para los pobres; con decir á usté que no tenía una peseta suya, ni un momento que no dedicara á los demás, está dicho todo. Pues no vaya usté á figurarse que tenía pereza para nada, ni le importaba un pepino que fuese de noche lo mesmo que de día, tarde lo mesmo que temprano, porque aquel hombre parecía el criado del lugar. Que el señor Cura va, que el señor Cura viene; que señor Cura por arriba, que señor Cura por abajo, el bendito señor no sosegaba un punto, ni tenía momento de reposo, pues como le he dicho á usté, era todo para todos, menos para su propia persona.

—¿Todo caridad, eh?

—Sí, señor; usté lo ha dicho: todo amor para

Digitized by Google

Dios y para el prójimo; pero lo que no se me olvidará nunca, así viva cien años, es lo que pasó con aquel santo bendito, que en medio de la gloria está gozando el premio de sus trabajos y virtudes, en la masada Corneja.

—¿Que sucedió?

—¿De veras no lo sabe usté? Pues hizo mucho ruído en la contornada, y hasta se me figura, si mal no recuerdo, que vino también en los papeles.

—¿Y qué fué, que fué?

—Se lo puedo contar á usté con sus pelos y señales, porque á la sazón era un sobrino mío, que después cantó misa, el sacristán de la parroquia, y mi mesmo sobrino presenció parte y me contó lo ocurrido. Pues, señor, era por las Navidades, y hacía un tiempo de todos los diablos. Ya soy vieja, he conocido inviernos muy crudos; pero, como aquél, no creo que hayan visto otro los nacidos. Nevadas terribles de más de media vara, que se helaban y caían unas encima de otras; cierzos que pelaban y no nos permitian apartar las narices del fuego; ventiscas enormes que obligaban á todo el mundo, aunque tuviera viajes precisos que hacer, á estarse con la pierna quebrada y en casa al amor de la lumbre, esperando días mejores; y escarchas y hielos, no de confitería, sino de los que cuajan el aliento antes de salir de los labios; y, en fin, todas las calamidades propias de los peores inviernos que se han conocido en la Sierra, todo lo teníamos aquel

Digitized by Google

año en el lugar. Porque sí ó porque no, va y le ocurre morirse al masadero de la Corneja, una de aquellas noches á altas horas que le dió un ataque de repente así como de perlesía, pues desde sus comienzos se quedó sin habla. Partió corriendo su hijo en busca del señor Cura, y no del médico porque el enfermo se moría por puntos, y porque ¡tontería llamarle! esos señores se cuidan un poco más que los Curas, aunque no falta quien sostenga lo contrario. Serían las dos de la mañana cuando el masadero joven de la Corneja aporreaba la puerta del curato, llamando acongojado y corriendo á Mosen Miguel, el cual dormía en un cuarto bajo, próximo á la puerta de la calle, precisamente para estos casos repentinos, pues su ama era una vieja achacosa que dormía en el piso alto, y ya he dicho á usté que aquel santo varón se molestaba por todo el mundo y no quería que nadie se molestase por él.

Mosen Miguel, sin temor á la horrible noche, sin que le pasara siquiera por la cabeza que podía helarse en el camino, pues ha de saber usté que la masada Corneja dista cerca de una hora del lugar, se calzó los pellejos y abarcas, que al *respetive* tenía siempre dispuestos debajo de la cama, lo mismo que los pastores de ovejas, pues al fin y al cabo era pastor de almas, y apenas llegó mi sobrino el sacristán tiritando de frío y con un humor de todos los diablos, pasaron á la iglesia, tomaron el copón y los santos óleos en una bolsita de seda, que el se-

Digitized by Google

ñor Cura se colgó al cuello tapándola con el manteo, se echó encima una capa parda de cordellate, se caló bien su gorro de terciopelo, tomó el farol el hijo del moribundo, se embozó hasta los ojos mi sobrino el sacristán en su manta, y salieron rezando en voz baja, sin más luz que los deslumbres de la nieve que lo tapaba todo y la mortecina del farol, y con un cierzo y una ventisca que á cada paso los ponía en peligro de perderse y hasta de helarse. Por fortuna el masadero joven conocía el camino como si lo hubiera parío, y cayendo aquí, levantándose allá, con el farol apagado, y medio helados de frío, al cabo de hora y media de tan penosa marcha, quiso Dios que llegasen los tres sin novedad á la masada Corneja.

El enfermo vivía aún, pero no podía articular palabra, por lo cual Mosen Miguel le exhortó en alta voz á que se arrepintiera de todas las culpas y pecados que había cometido durante su vida, á que perdonase á todos sus enemigos para que Dios le perdonara á él, y á que, ya que no podía con los labios, hiciera de corazón un acto de contrición; le apretó diferentes veces la mano; apretones á que contestaba el enfermo con otros más fuertes y algún que otro gruñido, por lo cual le absolvió con condiciones, y lo pernoleó; espirando al poco rato el venturoso masadero, mientras arreciaba fuera la ventisca y estremecíanse todas las puertas y ventanas de la masada, quejándose, como si tuvieran al-

Digitized by Google

ma, de las furiosas acometidas del huracán. Rezado un responso y una parte de Rosario por el difunto al rededor de una carga de pino y de sabina que ardía en el hogar de la masada, el señor Cura quiso regresar al pueblo, pero mi sobrino y los masoveros se opusieron con razón para evitar una desgracia, hasta que se hiciera de día. Accedió Mosen Miguel y se acurrucaron como pudieron en torno de la lumbre, dormitando un rato, rezando otro, y esperando la luz del alba, que por Navidad se hace la remolona todo cuanto le es posible. Dos franchutes, de esos que andan berreando de pueblo en pueblo para pedir limosna, se habían refugiado también aquella noche en la masada Corneja, y aunque aparentaban no saber el español enteráronse de todo lo que pasaba; y al ver que Mosen Miguel se despedía de los masoveros, sumamente pobres, entregándoles un duro para las apremiantes necesidades del momento, se informaron minuciosamente de la vida del señor Cura y aparentaron que proseguían su camino.

Pero á la noche siguiente, cuando ya en el pueblo no se oía el ladrido de un perro, ni habían comenzado aún á cantar los gallos, llamaron sin gran ruído en la casa rectoral, se arrojó Mosen Miguel en el acto de la cama, y medio desnudo se presentó en la puerta preguntando sin abrirla:

—¿Qué ocurre?

—Que en la masada de Pepillo se está muriendo un hombre.

Digitized by Google

—¡Todo sea por Dios! (contestó el señor Cura), avisadle al sacristán mientras me calzo las abarcas, y volved juntos.

Dejaron pasar unos diez minutos y llamaron otra vez diciendo:

—Ya estamos aquí.

Abrió el benditísimo señor, se arrojaron sobre él aquellos dos bandidos sin darle tiempo para cerrar la puerta, entraron en la casa, le taparon fuertemente la boca con un pañuelo para que no pidiera socorro, lo arrastraron á viva fuerza á su cuarto, y puñal en mano le amenazaron con asesinarle si no entregaba en el acto todo su caudal: abrió el señor Cura un cajón de la mesa en donde estaban unos trescientos reales en plata y calderilla, diciéndoles que no tenía más, como era en efecto, y airados los franchutes, pues no eran otros los salteadores, con cantidad tan escasa, cuando ellos se prometían un buen negocio en casa del Cura español, le asestaron una puñalada para que cantase. Dió un alarido el pobre Mosen Miguel, que despertó á su vieja ama; comenzó ésta á gritar desde las ventanas del primer piso pidiendo socorro; se asustaron los ladrones, recogieron los trescientos reales y salieron de la casa-curato y del lugar como alma que llevan los demonios, dejando al bendito Mosen Miguel encomendándose á Dios, tendido en el suelo, y desangrándose por puntos.

Acudió todo el lugar, se llamó corriendo al

Digitized by Google

Cura y al médico de un pueblo próximo; pero todo fué en vano: Mosen Miguel no tuvo tiempo mas que para contar lo ocurrido, y concentrando su espíritu y recomendándose á sí mismo el alma, espiró rodeado de sus feligreses, que le queríamos y le llorábamos como á un padre, y con pieles y abarcas se nos marchó á la gloria.

—¡Venturoso señor, que murió por cumplir con su deber!

—¿Qué palabras dirá usté que pronunció al morir?

—¡Vaya usted á adivinar!

—Las siguientes: «Los perdono... los perdono... para que Dios me perdone á mí.»

Digitized by Google

XXXVIII

PLUMAS DE LA GALLINA NEGRA

El instinto popular, que es altamente religioso y poético en todos los tiempos y lugares, mira las grandes alturas como puntos más próximos al cielo, y por ende más agradables al Altísimo; de aquí que la mayor parte de los picos de los altos montes se encuentren coronados por algún santuario célebre, adonde por lo menos una vez al año, suben en romería los fieles del contorno. Y es que las almas no pueden arrastarse continuamente por las hondonadas y planicies de este bajo mundo, infestadas de emanaciones palúdicas y de aires mefíticos y pesados; para la vida religiosa y moral, lo mismo que para la vida física, se necesita aire oxigenado y puro, el aire de las alturas

Digitized by Google

religiosas, que sólo se respira abundantemente en los santuarios que al cielo se avecinan.

En España sobre todo, la nación mariana por excelencia, se honra por manera especialísima á María Santísima en las altas cumbres de los más frondosos montes, como lo atestiguan los santuarios y advocaciones de la Virgen de Covadonga, del Moncayo, de Montserrat, del Castillo, de Begoña, del Tremedal, de la Vega, etc., etc., y de la Cabeza en las cumbres de Sierra Morena, no lejos de Andújar, á la cual se refiere la hermosa tradición que de labios episcopales hemos oído recientemente y con gusto recogemos y consignamos en estas páginas.

Grande es la devoción que los andujeños y serranos todos de aquellos alrededores profesan á María Santísima de la Cabeza, de lo que dan testimonio fehaciente y constante los infinitos exvotos que adornan el camarín de la Virgen, los prodigios operados en aquella tierra ante la sola invocación de Nuestra Señora de la Cabeza, y la romería concurridísima, regocijada, ruidosa, frenéticamente entusiasta, colosal, que en el monte de la Cabeza se celebra todos los años el último domingo de Abril, con asistencia de todas las cofradías, clero y fieles del contorno. Cuando protegida por su alambrera y llevada en andas monumentales, con dos sacerdotes sobre las mismas andas que no tienen ni manos ni tiempo bastante para tocar en la sagrada imagen los objetos y niños que la muchedumbre presenta

Digitized by Google

por todos lados, sale procesionalmente la Virgen de la Cabeza de su rico santuario, sube y baja lentamente por ásperas calzadas y hasta por peligrosos despeñaderos, y sobre todo, cuando ya terminada la procesión regresa á su casa, y para entrar en el templo pasa por debajo del lucido arco triunfal que sus admiradores y devotos improvisan ante la puerta de la iglesia cruzando las banderas y estandartes todos que acuden á la romería, el ruidoso regocijo, los vivas, las aclamaciones de aquellos piadosos serranos, las lágrimas que corren por tantas mejillas tostadas y curtidas por el aire y sol de aquellas montañas incomparables, las plegarias fervorosas, las bendiciones por los favores recibidos, las jácaras á lo divino que cual chispas del pedernal brotan espontáneamente de la fe viva é imaginación lozana de los andaluces, todo aquel conjunto deslumbrador compone tan deliciosa música y tan consolador espectáculo, que los forasteros no pueden menos de exclamar regocijados: «¡Verdaderamente aun hay fe en Israel!»

Pero vamos á nuestro caso, y no va de cuento: en las estribaciones del monte de la Cabeza, y en pobre choza por sus mismos dueños labrada, vivía un matrimonio de carboneros, sin hijos, aunque en vías de tenerlos, que se dedicaba á torozar encinas y chabascos para componer de vez en cuando un moncayo y vender después el carbón de carrasca á los herreros de las inmediaciones. La mujer,

Digitized by Google

devotísima de la Virgen, cuyo nombre llevaba con orgullo, estaba embarazada de nueve meses, y hasta como ellas dicen, había salido de cuenta. Pedro, su marido, tenía que bajar lo menos una vez á la semana por el hato, es decir, por los comestibles, á la ciudad de Andújar, que es la más importante de las poblaciones próximas.

Era un sábado por la tarde, y mientras arriba en el santuario tocaban á la Salve y Rosario que todos los días se rezan, Pedro recogió sus bártulos de trabajo y se presentó en su choza en busca de las alforjas para hacer su acostumbrada excursión semanal á Andújar.

—Pero, hombre, por los clavos de Cristo (le dijo su mujer), ¿no ves cómo me encuentro? Y si el parto sobreviniera esta noche, ¿qué iba yo á hacer, infeliz de mí, aquí abandonada y sola?

—Pero, mujer (contestó Pedro), sin pan, vino ni aceite, no podemos pasar, y tú misma me has dicho que todo se ha concluído.

—Es verdad; pero puedes bajar mañana que es domingo.

—Y tendremos la misma canción ó peor que hoy, porque si no da la casualidad que desocupes esta noche, mañana te parecerá el parto aun más próximo.

—Tienes razón; pero además está lloviendo allá abajo: mira.

—En cambio aquí arriba hace sol, y cuando llueve y hace sol se ríe Nuestro Señor; con que no temas y

Digitized by Google

al avío, que al romper el día me tienes aquí de vuelta.

Pedro tomó unos dineros, y con las alforjas vacías al hombro emprendió el descenso de la Sierra y se dirigió á Andújar.

La pobre María se metió en su choza, atrancó bien la puerta, pues hasta las mujeres que viven en lugares solitarios y en el desierto mismo temen cuando se quedan solas, encendió la lumbre, y se acurrucó á orillas del fuego.

Momentos después se nubló su semblante de repente, pues ligeros dolorcillos presagiaban la realización de sus temores. La infeliz se levantó como pudo, arregló la cama y se volvió al hogar. Los dolores fueron en aumento, el terrible trance se la venía encima, y la desdichada no tuvo alientos más que para clamar diciendo:

—¡Virgen Santísima de la Cabeza, socorredme! ¡Madre mía, amparadme! ¡Qué va á ser de mí, Dios mío, qué va á ser de mí!

La pobre se encomendaba á todos los Santos del cielo, pero de una manera especialísima á la Virgen de la Cabeza, y se retorcía sobre su asiento con ansias de muerte, cuando llamaron á la puerta. Por de pronto se asustó y hasta se quedó sin gota de sangre en las venas, cuando al ir á preguntar quién llamaba resonó un trueno horrísono y seco sobre su cabeza. La tempestad fraguada en el hondo se había extendido por toda la Sierra y se cernía en aquellos momentos sobre los picos más altos.

Digitized by Google

—Por caridad, por el amor de Dios, abran ustedes la puerta.

La voz que pronunciaba en la calle estas palabras era tan dulce, voz como de mujer que suplica, tan consolador su acento, sobre todo para una parturienta solitaria, que María se decidió á abrir, se levantó y acercó á la puerta como pudo, la abrió y entró una mujer como del pueblo, vestida con pobreza, pero á la vez con pulcritud grande, de aspecto tan bondadoso, que la esposa del carbonero la confió en el acto sus cuitas y temores.

—Vaya, hija, no se apure usted, que no hay mal que por bien no venga. Se me ha hecho más tarde de lo que yo quería en el santuario, me ha cogido después la tormenta, y gracias á Dios que he tropezado con este cristiano albergue, porque si no ¿quién sabe lo que hubiera sido de mí esta noche, perdida por esos montes?

—Lo que yo siento es que no puedo darle á usted de cenar; no tengo ni siquiera un mendrugo de pan seco.

—No importa, hija, no importa; usted á la cama y venga lo que Dios quiera, que si el parto apura ya nos arreglaremos como podamos.

María se acostó, en efectó, continuaron los dolores, y á su tiempo se presentó un parto natural y tan bonancible, que entre las dos mujeres se las arreglaron mejor que lo hubiera hecho una coma-

Digitized by Google

drona de oficio. Antes de amanecer ya estaba vestidito y limpio como el sol el hermoso y robusto niño dado á luz por la carbonera, y madre é hijo seguian perfectamente.

—Usted ahora necesita alimento—dijo la desconocida á la dueña de la choza.

—Tiene usted razón que le sobra, pero me faltan recursos. Hasta que no suba mi marido no podremos disponer nada.

—¿No tiene usted carne, ni pichones, ni gallinas?

—Gallinas, sí, señora; media docena hay en el corral.

—Pues, hija, ahora que estarán durmiendo se puede coger una, se mata y con parte de ella se la pone á usted un pucherito.

—¡Bendita sea María Santísima de la Cabeza que ha enviado á usted esta noche á mi casa!

—¿Quiere usted que matemos una?

—Si usted me hace esa caridad se lo agradeceré en el alma; mire usted, por ahí se va al gallinero; coja usted la gallina negra, que es la que menos pone, la mata usted, y echa lo que le parezca en el puchero para que se vaya cociendo, y mañana pueda yo tomar caldo.

Dicho y hecho; todo salió á las mil maravillas. Se desvaneció la tormenta que no le permitió á Pedro regresar tan pronto como proyectaba, y al romper el día quiso continuar su marcha la viajera, y salió de la choza de los carboneros entre las bendi-

Digitized by Google

ciones y gracias de María, que no sabía cómo elogiar bastante ni en dónde poner á su incógnita protectora.

Salir ésta de la casa y entrar Pedro el carbonero todo fué uno.

—Pero hombre (preguntaba María á su marido), ¿y de veras no has tropezado con una mujer que acaba de marcharse, después de haberme asistido toda la noche?

—De veras, mujer, de veras; no he visto alma viviente en todo el camino.

—Pues mira, Pedro, esto parece así como cosa de encantamiento ó de milagro, porque apenas tú te fuiste ayer tarde y me cogieron los dolores del parto, me encomendé tan de veras á María Santísima de la Cabeza, que la Virgen me oyó sin duda y me ha enviado esa asistenta, que no se ha movido de aquí en toda la noche, atendiéndome y cuidándome como si yo fuera alguna hija suya.

María contó entonces á su marido los detalles de todo lo ocurrido, incluso lo de la gallina negra, y éste, que aunque no tanto como su mujer también era devoto de la Virgen de la Cabeza, decidió subir inmediatamente al Santuario á dar las gracias á María Santísima. Acarició á su hermoso primogénito y emprendió la marcha monte arriba, por entre bosques y florestas de alcornoques, pinos, jaras, madroños y lentiscos, que con la reciente lluvia olían á gloria.

Digitized by Google

Llegado á la iglesia se presentó al rector, rogándole que le dejara subir al camarín de la Virgen para darle las gracias por lo acaecido aquella noche en su casa; obtuvo lo que solicitaba en el acto, pero ¡cuál no sería su asombro al arrodillarse en el camarín ante la veneranda imagen y ver á sus piés las plumas de su gallina negra!

Ya no le cupo la menor duda: María Santísima en persona fué quien asistió á su mujer la pasada noche en tan feliz parto, y aquel primer hijo suyo y pedazo de su corazón había venido al mundo en brazos de la Virgen. Loco de agradecimiento y de entusiasmo recogió las plumas de la gallina negra, contó al rector del santuario el prodigio, y voló á referir á su mujer la dicha de que había sido objeto.

Las plumas negras, que habían sido arrancadas de una en una por las mismas manos purísimas de la Virgen, se colocaron en un modesto relicario que la familia de los carboneros guardó siempre como su más preciada joya, y á Nuestra Señora de la Cabeza invocan las mujeres todas de aquella serranía, en el duro trance de sus angustias maternales, desde entonces.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXXIX

SALUS INFIRMORUM

Señorito, una limosnita por la Virgen Santísima, que estoy enferma, y no me lo puedo ganar.

Así postulaba, en la bajada que desde el puente del Real conduce á la Alameda, una niña como de siete años, pálida, flacucha, desgreñada, descalza de pié y pierna, vestida con harapos pringosos, y tambaleándose á la vez que correteaba y se interponía delante y detrás de los transeuntes, la mayor parte de los cuales pasaba de largo y alejábase de la pordiosera con asco y sin oir aquellos lamentos, encarnados en vocecilla atiplada y semejante á luz que se dispone á extinguirse.

—Quita de ahí, muchacha, que no me dejas an-

Digitized by Google

dar—díjola garrido y elegante joven que tarareando un aire de *Cavalleria Rusticana* se dirigía á la Alameda.

—Por Dios y por todos los Santos, señorito, que estoy muy malita, y no me lo puedo ganar.

—Anda, anda; rapaza; déjame seguir y no mientas, que todo eso son pamplinas y embustes que os enseñan para vivir sin trabajar.

—¡Ah, si yo fuera mayor y pudiese trabajar...!

Diego estaba alegre aquella tarde por haber tenido la dicha, momentos antes, de cruzar sus ojos con la señora de sus pensamientos, y el alma regocijada y satisfecha es naturalmente compasiva, diga cuanto guste en contrario la necia petulancia, que considera incapaces de acciones naturalmente honradas á los jóvenes alegres y mundanos, y que sueña con la inmoralidad y el escándalo ajeno por no tomarse la molestia de contemplarse á sí propia.

Quiso, pues, Diego proseguir su camino, vaciló, se impuso por fin aquella su natural tendencia hacia el bien, detúvose, y preguntó á la rapaza:

—¿Y tus padres?

—No tengo padre ni madre ni pariente alguno en el mundo.

—Pues ¿y aquel hombrazo que te espera en el puente con el garrote en la mano, un ojo saltón y otro vendado?

—¿El ciego?

—¿Es ciego de veras?

Digitized by Google

La muchacha vaciló, miró en todas direcciones medrosica, bajó aún más la voz, y dijo:

—No, señor, no es ciego, lo finge para recojer más limosnas; él se me llevó á su casa cuando me quedé sin padre ni madre, yo pido para él, y vivimos juntos.

—Pero ¿es pariente tuyo?

—No, señor; yo no tengo á nadie en el mundo... ¡Virgen Santísima, si él supiera que le estoy contando á usted esto...!

—¿Qué haría?

—Me desollaba viva; pero déme usted una limosnita, señorito, porque si después de tanta cháchara vuelvo sin un céntimo, me mata.

—¿En dónde vives?

—En la calle de Recaredo, número 20, 4.° piso, desván; pero no vaya usted por allí, que si sabe el ciego que se lo he dicho yo, hará alguna barbaridad con usted y conmigo.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Dolores.

—Verdaderamente los representas.

—¡Ah, si yo no estuviera enferma...!

—Pero ¿qué tienes?

—No lo sé, me caigo toda[1], y se me vá la cabeza.

—Eso es debilidad; ¿qué no comes?

—Los cuartos se los guarda el ciego, y á mí me

1 Frase castiza y popular, equivalente á la latina: *Subitó procidere, procumbere.*

Digitized by Google

suele dar algún mendrugo de pan del que recojemos, y cebollas de las que me hace robar en el Mercado.

—Toma, calla, y vete.

—La Virgen Santísima se lo pague.

—¿Qué has hecho, bribona, ahí bajo de tanto palique y tanto rato con ese caballero?—preguntó indignado el fingido ciego, enarbolando el garrote sobre la cabeza de Amparo.

—Sacarle con zalamerias esta moneda.

—Esa es harina de otro costal—dijo el bribón del pordiosero de oficio, apoderándose de la peseta, y bajando el garrote que levantado tenía sobre la infeliz criatura.

Pasaron días y el hambre y los palos dieron en tierra con Dolores la huérfana; pero como el ciego tenía que pordiosear, y la rapaza infeliz no podía seguirle, la dejó completamente abandonada y tendida sobre un montón de paja, existente en uno de los rincones del desván (pues la cama única que allí había era para el *amo*), sin más almohada que un lío de trapos sucios y viejos, ni más abrigo que unos girones de manta de algodón, vieja y sucia. Allí luchaba con las ansias de la muerte la desventurada Amparo, ásperos los incoloros labios, secas las fauces, hundidos los ojos, con palidez cadavérica las mejillas, y víctima de la calenturilla de la inanición, sin que hubiese alma alguna caritativa que acercase una gota de agua á sus labios, cuando al

Digitized by Google

oir pasos en la escalera hizo un supremo esfuerzo, y dijo gritando cuanto pudo:

—¡Virgen Santísima de los Desamparados, socorredme!

Diego, que no había vuelto á ver la muchacha en el puente del Real, impulsado por su compasión ingénita, se dirigió en su busca á la calle de Recaredo, penetró precisamente en momento tan oportuno en la buhardilla, una mirada le bastó para hacerse inmediatamente cargo de la situación, salió del desván, bajó de dos en dos los escalones, estuvo Dolores á punto de morirse de pena al verle huir, regresó al poco rato Diego con un hombre, entre los dos bajaron á la huérfana, la metieron en una tartana, llevároнla al hospital próximo, y entre los médicos y las Hermanas de la Caridad, con la ayuda sobrenatural, decidida y visible de la que es SALUD DE LOS ENFERMOS, Dolores recobró la salud y las fuerzas, y encontró en el elegante Diego un protector que la libró para siempre de las garras de aquella bestia feroz y sin entrañas el fingido ciego y titulado padre de la huérfana de mi cuento.

¡Cuántos niños desamparados, cuántos ciegos con ojos y sin corazón, cuántos explotadores criminales de la infancia, y cuántos enfermos sin salud en su alma, ni en su cuerpo, encontrarían socorro inesperado si dirigiesen como Dolores deprecación humilde á la que por antonomasia llama la Iglesia, nuestra madre, SALUS INFIRMORUM!

Digitized by Google

Digitized by Google

XL

LECCION MERECIDA

IERTO mozo albañil que hacía un remiendo en el sótano de una casa, descubrió en el rincón más obscuro un hueco tapado con pesada losa de piedra, sobre la que se veía grabada la palabra HIC. Como no entendía latines sospechó, con fundamento, que aquella misteriosa lápida ocultaba algo importante, algún tesoro quizás.

Terminada la obra, el joven albañil contó á su padre el hallazgo, y éste recordó en seguida que había vivido en aquella casa un hombre inmensamente rico, sin herederos directos, el cual probablemente enterraría sus caudales en el sótano dicho. Padre é hijo consultaron lo que la palabra HIC

Digitized by Google

significaba, y al saber que vale tanto como «aquí, este es el sitio» la avaricia nubló el entendimiento de nuestros albañiles, comenzaron á hacer castillos en el aire, y á calcular los miles de pesos que contendría el sótano.

Acordaron por de pronto guardar el secreto, para comprar luego á toda costa la casa, que por fortuna no era de gran precio, aunque superior siempre á los recursos ordinarios de los albañiles.

A fuerza de privaciones y de sacrificios ahorraron cuanto pudieron, entraron después en tratos con el dueño de la finca, y éste la vendió, al fin, á los albañiles por el triplo de su justo precio, aprovechando el empeño que los compradores mostraban por adquirirla.

Una vez dueños de la codiciada vivienda, padre é hijo pusieron manos á la obra que había de proporcionarles la felicidad y la opulencia.

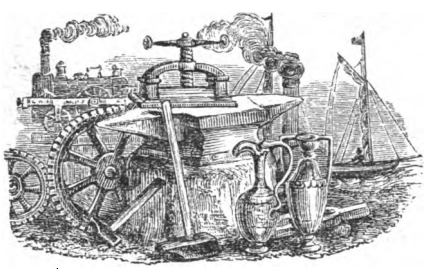
Después de varios días de trabajos ímprobos lograron remover y levantar la lápida, y se hallaron en un subterráneo estrecho, por el cual apenas podía arrastrarse un hombre: al final de la excavación dieron con otra losa igual á la anterior, y arrancada que fué tropezaron con grande arca de madera, reforzada con chapas de hierro.

La emocion embargó la voz de los albañiles y las palpitaciones de su corazón hubieran podido contarse desde fuera; pero la avaricia no les dió tiempo para desclavar la caja, que quedó rota en el acto á

Digitized by Google

martillazo seco. Dentro encontraron dos bultos cuidadosamente empaquetados, que contenian: el uno un par de herraduras viejas, envueltas en un papel que decia: «Esto merece todo aquel que cifra su felicidad en el dinero»; y el otro una gruesa cadena con la inscripción siguiente: «Para cuantos anhelan enriquecerse sin trabajar.»

La lección fué dura, pero merecida.



Digitized by Google

Digitized by Google

XLI

CONSOLATRIX AFLICTORUM

Los poderosos, los ricos y los felices de la tierra ¿qué entienden de aflicciones, sufrimientos, desventuras y miserias? Comen, beben, corónanse de rosas, y triunfan sin cuidarse para nada de los que padecen y lloran, como si para ellos, lo mismo que para todos, no fuera valle de lágrimas este mundo. Pero no todas las personas de buena posición social, ó simplemente acomodadas, observan conducta tan egoísta; antes bien, los verdaderos discípulos de Cristo, que pasó por el mundo derramando bienes, procuran imitarle, aunque sea de lejos, se desprenden de lo supérfluo para repartirlo entre los pobres, y no contentos con practicar la limosna, visitan

Digitized by Google

personalmente el tugurio del pobre, se ponen en contacto directo con la miseria que tanto abunda en las grandes capitales, y presencian cuadros que desgarran el alma y la predisponen para la resignación y la paciencia cristianas.

La pobre viuda se llamaba Desamparados, y nunca nombre más apropiado á las circunstancias, porque el desamparo más desgarrador reinaba en aquella mísera buhardilla, habitación obligada de la madre y de sus dos hijos. La pareja que nos contó esta historia, para subir al piso último de la casa y ponerse casi en contacto con las tejas, tuvo, que ladear el cuerpo, y aun así robó contra su gusto á las paredes parte del baño de cal que las embadurnaba. Un jergón en el suelo, cuatro sucios trapos y jirones de manta por aquellos rincones, media docena de cacharros roñosos y desportillados, y un par de sillas cojas y desvencijadas, componían todo el menaje de la buhardilla, cuarto tan reducido que se abarcaba desde la puerta, sin que quedara por escudriñar detalle ni rincón alguno. Más que pobre, todo era allí mísero, andrajoso, y sin que la estancia estuviera sucia, repugnante. Sobre la cabecera del jergón resplandecía, sin embargo, un objeto impropio de aquel lugar: era una pilita de plata con agua bendita y la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados en bajo-relieve.

Al penetrar en el cuarto, vieron en tierra á la pobre vieja, pugnando inútilmente por incorporar-

Digitized by Google

se, temblando como una azogada, mirando hacia la puerta con ojos espantadizos, y pronunciando entre dientes y á manera de lamento el nombre de su hija. Esta, moza de unos veintidós años, de regocijado aspecto, y aunque pobre, pulcra y hasta pretenciosamente vestida, en vez de volar al socorro de su madre, que inútilmente la llamaba, tenía un irregular trozo de luna de espejo en la mano izquierda, se contemplaba con coquetería en aquel pedazo de cristal, canturreaba alegremente, y componía con la mano derecha los bucles de su negra y luciente cabellera. Vestido, y medio embozado en mugrientos harapos de manta, permanecía el otro hijo sobre el jergón, ocultando entre sus manchadas manos su monstruosa cara virulenta. ¡Qué olor, qué contrastes, y qué cuadro!

Corrieron sin decir palabra hacia la pobre vieja, la incorporaron fácilmente porque no tenía más que piel y huesos, la sentaron en una de las dos sillas, permaneciendo la pareja en pié y á su lado; no habiendo allí nada que darle, la tranquilizaron con palabras de consuelo, atendiendo en seguida á las más perentorias necesidades de aquella familia desventurada; llamaron á un médico para que asistiera inmediatamente al virulento, proporcionaron alimentación conveniente á la madre y á la hija, y aquellos entusiastas socios de las Conferencias de San Vicente de Paúl provisionalmente se convirtieron en hermanos de la caridad, asistentes á domi-

Digitized by Google

cilio de los tres enfermos, pues la moza, al parecer tan risueña y sana, estaba loca y tenía la monomanía de maltratar á su madre, temblorosa y semiparalítica de resultas de tantos disgustos y desgracias tantas que le habían producido una enfermedad nerviosa terrible.

La pobre Desamparados, con los ojos arrasados en lágrimas, miraba sin cesar su pilita de plata, y murmurando plegarias entre dientes dirigidas *á la* Patrona de Valencia, repetia á menudo:

—*Consolatrix aflictorum, ora pro nobis.*

Nuestros amigos, en nombre de las Conferencias de San Vicente de Paúl, continuaron visitando y socorriendo durante algunos meses á tan desgraciada familia, curó el mozo virulento, se le proporcionó trabajo de albañil, pues tal era entonces su oficio, y en el taller de una modista se colocó á la loca que tenía manos primorosas para toda clase de labores femeniles.

Andando el tiempo y cuando la infeliz Amparo tenía ya confianza bastante en sus bienhechores, los nervios le imponían á lo mejor la necesidad de expansionarse con almas tan caritativas, y dialogaban en éstos ó parecidos términos:

—Pero díganos usted, Desamparados, ¿con tantas desgracias y miseria, cómo no ha ido á parar la pilita de plata á una casa de préstamos?

—Por la sencilla razón de que, desde que me casé, para mí no ha habido más consuelo en el

Digitized by Google

mundo que las miradas de esa sagrada imagen. Fué un regalo de boda, y si no hubiera sido por la Virgen, que me ha consolado siempre en todas mis tribulaciones, cincuenta veces hubiera caído yo en la desesperación, y ya no estaría en el mundo.

—¿Se portó mal con usted su marido?

—Lo primero que hizo fué derrochar en comilonas y borracheras mi dote, pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, no acordándose de su mujer mas que para deshonrarla y para exigirle que lo tratara á cuerpo de rey, por supuesto sin proporcionarme para ello un céntimo, y pueden ustedes suponer los días, meses y años de purgatorio en vida que he pasado yo con semejante hombrazo y con estas dos criaturas, sin más amparo en el mundo que su madre. Cuando ya no podia más y pensaba con regocijo en la muerte, miraba á mi Virgencita de plata, sonreíame la imagen y una gota de bálsamo consolador penetraba en mi corazón como por arte mágico.

—Vamos, ya: ahora comprendo por qué á todas horas la invoca usted diciendo: *consolatrix aflictorum.*

—De resultas de las malas leches con que la crié, se me antoja que mi hija se volvió loca, y lo más terrible para mí es que, mientras yo la idolatraba sin medida, ella me fué cogiendo horror y su única delicia consiste en maltratarme. Cuando yo estaba buena era su enfermera y me complacía en

Digitized by Google

asistirla y medicinarla por ver si curaba; pero cuando se apoderaron de mí los ataques nerviosos y quedé medio paralítica y temblona, como ustedes me ven, si se empeña en no vestirme permanezco medio desnuda y temblando de frío hasta que viene mi hijo de ganar su jornal, ó entra alguna persona caritativa en este cuartucho. Si por hacer las faenas domésticas, ó para preparar la comida me arrastro por el suelo y caigo, en vez de levantarme, viene y me pega con toda su alma, llenándome de improperios. Mi única defensa entonces consiste en mirar á la Virgen, que me sonríe siempre y siempre me saca del apuro.

—¿Quiére usted que pongamos á la moza en un manicomio?

—¡Pobrecita de mi alma, no señores, de ninguna manera!

—Pues así el mejor día la mata á usted, dejándola en el sitio.

—No lo consentirá la Madre de los afligidos.

—Al menos si el mozo pudiera trabajar en casa, permaneciendo al cuidado de su madre y de su hermana.....

—Sí, sí, en casa: al romper el día sale ya para el Grao en donde tiene ahora jornal y ya no vuelve hasta las ocho de la noche.

—¿Quiere usted ir á las Hermanitas de los pobres desamparados?

—¡No lo permita Dios! ¿Y mis hijos?

Digitized by Google

—Entonces no sabemos qué hacer con ustedes.

—Pues visitarnos y socorrernos, nada más.

—¿Y el peligro que usted corre en manos de una loca que la detesta á usted, sin poder usted valerse?

—Mientras yo tenga ahí mi pilita no me apuro. ¡Cuántas veces no hemos tenido un bocado de pan que llevarnos á la boca, y María Santísima se ha compadecido de nosotros, enviando á deshora y cuando menos podíamos esperarlo personas caritativas que nos han sacado del apuro! ¡Cuántas otras hemos estado los tres enfermos, pues la enfermedad de mi hija no tiene cura, la mía me imposibilita para todo, y mi pobre albañil, mal comido, peor vestido, y hasta sin tiempo para dormir lo necesario, ha caído rendido de fatiga y falto de salud y de fuerzas!

—Como el día que por primera vez vinimos nosotros.

—Justamente: pues la Virgen de los Desamparados no nos ha olvidado nunca y continuará protegiéndonos.

—Verdaderamente es *consolatrix aflictorum*, y el que no se refugia en este puerto de salvación, durante los naufragios de la vida, es un mentecato.

Desamparados miraba su pilita temblándole los labios y llorando; repetía entre dientes su predilecta oración diciendo: *consolatrix aflictorum, ora pro*

Digitized by Google

nobis; y por manera tan sencilla como práctica resolvía el insoluble, para los incrédulos y mundanos, problema del dolor.

Digitized by Google

ÍNDICE

	Págs.
Al que leyere	III
I.—La fuentecilla ambiciosa	7
II.—El predicador y el dulzainero	13
III.—Mariquita la vanidosa	19
IV.—El Ceñajo	25
V.—El ratoncito blanco	31
VI.—Don Comino	37
VII.—La reina de las madres	45
VIII.—El fondo del placer	49
IX.—Impenitencia de un loro	51
X.—Los dos mancos	55
XI.—¿Qué es la guerra?	59
XII.—Tic-tac	61
XIII.—Cabecita de ajo	69
XIV.—La venganza de un perro	75
XV.—El pájaro y la gota de rocío	77
XVI.—El doblón de cinco duros	79
XVII.—El santo molinero	83
XVIII.—Mi primero y último cigarro	89
XIX.—Palitroques	93
XX.—Muerto de..... miedo	101
XXI —Un estilista de alto vuelo	107
XXII.—El suspiro del huérfano	113
XXIII.—El perro Capitán	117
XXIV.—La camisa del hombre feliz	121
XXV.—La Bruja	125
XXVI.—Pérdida segura	135

Digitized by Google

Págs.

XXVII.—El viejo de la montaña. 141
XXVIII.—El canario y el vino. 145
XXIX.—La ninfa más graciosa. 149
XXX.—El herrero de Pancrudo. 153
XXXI.—Beso oportuno. 161
XXXII.—El sastre del Campillo. 163
XXXIII.—Los polluelos. 171
XXXIV.—Un alcalde de monterilla en canuto. . . . 175
XXXV.—El zagal y el cazador. 181
XXXVI.—Dos victorias en un solo combate. . . . 190
XXXVII.—Con pieles y abarcas á la gloria. 195
XXXVIII.—Plumas de la gallina negra 203
XXXIX.—Salus infirmorum. 212
XL.—Lección merecida. 217
XLI.—Consolatrix aflictorum. 222

ERRATA NOTABLE

En las páginas 41 y 42 donde dice «al 584 por 100», léase: al 730 por 100.

Digitized by Google

Digitized by Google

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS

WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

OCT 27 1936

OCT 18 1940 M

LD 21–100*m*-8,'34

Digitized by Google

YB 43675

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C024197931

452447

Polo

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Digitized by Google

Google